

Autora:
Niria Rosa Suárez Arroyo. (Niria Arroyo, seud)

Título

Vestida de verano

Contactos.

Teléfono: 1954-4839218

niriasuarezcorrecciones@gmail.com

Dirección postal:

Gardens at Driftwood apartaments, 7350.

Davie Road ext. Apto 415

Hollywood, FL. 33024

USA

Nota biográfica:

Niria Suárez Arroyo nació en La Concepción, estado Zulia, Venezuela, el 15 de agosto de 1953.

Una vez graduada CUM LAUDE en Historia, con un Master en Desarrollo Agrario ejerció carrera como docente e investigadora en la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes desde el año de 1980 hasta el 2010, fecha en la que decide dedicarse a tiempo completo a la escritura literaria. La primera mitad de su ejercicio docente se orientó al área de las metodologías cualitativas, para luego dedicarse a la investigación y estudios culturales de América Latina.

Durante su labor docente publicó varios libros y artículos en revistas especializadas en Venezuela y América Latina. Destacan sus libros “La investigación documental paso paso”, que lleva tres ediciones por el Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes; también “El Problema de la tesis o la tesis como problema”, con tres ediciones por el mismo Consejo de Publicaciones y el libro “Tesis de grado e investigación cualitativa”, coedición de la Fundación Archivo Arquidiocesano de Mérida y la UNICA.

Las publicaciones en el área de los estudios culturales pueden leerse en la página web del Museo de Memoria y la Cultura Oral, fundado por la autora en el año 2004: www.saber.ula.ve/mumcoa/.

En literatura tiene escritos tres libros de relatos y una novela inéditos.

Trama

Es una novela basada en la memoria ficcionada, en el atesorado recuerdo de una infancia escindida entre el mundo complejo de los adultos venidos en seres extraños, estoicos y conformes y una incesante imaginación que la lleva a vislumbrar un mundo futuro cargado de pasión y emociones intensas; por lo tanto está dirigido a todo tipo de público. Es de lectura ágil y amena que puede interesar a grupos amplios de lectores, especialistas o aficionados.

Los grupos e instituciones que podrían interesarse serían los orientados los estudios de la memoria y las culturas locales, y círculos literarios amantes del relato y la novela corta.

Indice

Primera Parte

Capítulo I

La dulce idea de morir

Capítulo II

Sensibilidad en jaque

Capítulo III

La belleza en asedio

Segunda Parte

Capítulo IV

Un hallazgo afortunado

Capítulo V

Memorias prestadas

Capítulo VI

Espejo

Tercera Parte

Capítulo VII

La guinda

Capítulo VIII

Renacimiento

Capítulo IX

Tributo

VESTIDA DE VERANO

NIRIA ARROYO



2012

De Rosa a Mariana, a la saga femenina de las Suárez

A Natalia, hoy y siempre

A Magali Burguera

Cuando una novela te persigue tienes que escribirla, al fin y al cabo, ni todo es verdad, ni todo es mentira. Es una armoniosa combinación de memoria e imaginación.

Un tributo a Rosa Montero

PRIMERA PARTE

Capítulo I

La dulce idea de morir

De niña el pasatiempo favorito de Celia Aurora fue leer una y otra vez sus listas secretas, imbuida en monólogos internos inconclusos. Llegó a reunir libretas que ella misma elaboraba con cartones de cajas de zapatos y hojas de sus cuadernos de tareas, encuadernadas con esmero, decoradas con escarcha y lentejuelas que con sigilo recogía en las fiestas escolares; no es que le gustara mucho la brillantina, pero era lo que tenía a mano. Otras veces sombreaba la superficie con creyones de colores que luego esparcía con un algodón, tratando de hacer aparecer en la hoja nubes bajas y soles al atardecer. Las guardaba celosamente, atesoradas en cajitas de madera que de vez en cuando le regalaba Don Antonio, el dueño del abasto cercano a su casa, una vez vendidos los tabacos. Años después, se recordaría a sí misma *danzando*, como diría su madre, con su cajita abrazada cual Rebeca, cargando el talego con los huesos de su padre el día en que llegó a la casa de los Buendía. Las guardaba en lugares secretos, con emoción y temor se ocultaba en los rincones para releerlas y reescribirlas, pues no quería ser descubierta. Era tal su turbación e inquietud que del bozo emanaban gotas frías y saladas de sudor y enseguida su madre o su abuela se percataban que andaba en una

de sus rarezas. Corría a esconderse para evitar preguntas y recriminaciones, ya tenía suficiente con la turbulencia que movía su mundo interior, temía que su mirada delatara pensamientos íntimos, eternos cómplices de la ansiedad y desazón que le acompañaron durante su niñez y adolescencia. Esas miradas hacia su ser interior, ese encuentro diario con su intimidad tan expuesta por sus propios registros, eran las señas de un presente vacío y desolado, que no hacían más que atornillar una sensación de compromiso y desesperanza con el futuro, de una vida plena por venir, y que paradójicamente empobrecía el día a día generando un acechante desarraigo. Esa era su mayor angustia, a medida que esas listas crecían y se fortalecían con los años, ahondaba el desarraigo, el desamor, el sinsentido de una cotidianidad prestada, artificial, distante; un sinvivir, una en espera, tan silenciosa como la soledad brutal y flamígera que surge cuando solo se comparten recuerdos consigo mismo, y tan acechante a la vez.

Un cebado desarraigo, conocido, familiar, atrapado en un rumor suave y ondulante como tela astracana resbalando por el cuerpo, más bien una percepción que no provenía tanto de la extrañeza de un lugar añorado, como de un sentimiento profundo y agudo, sólo comparable a la amargura estabuli, esa bella y apasionada imagen descrita por Orhan Pamuk, cuya relectura la transportaba a los rostros de su infancia, rígidos, impenetrables; a esas miradas serenas que escondían un fondo de tristeza, rostros de mandíbulas apretadas como reteniendo respuestas, una pulsión que jamás inquiría un

llamado a la conversación. Manos callosas y diestras que no conocían el gesto amable y suave de la cortesía, de la caricia. Cuando recordaba a su abuelos venían a su presencia imágenes nimbadas de cuerpos ágiles y silentes, como figuras de tearo negro, invisibles a sí mismos, a quienes tuvo tan cerca y tan lejos a la vez en aquellos solitarios caseríos donde transcurrió parte de su niñez, dejándole memorias recurrentes de aromas a hierbas, a humo y sayales percudidos, y de ausencias y silencios, de vidas carentes de confort y ambiciones de las que tuvo conciencia mucho tiempo después, cuando encontró las palabras para entenderlas, cuando se sintió imbuida por la estética de la intimidad sin asedios, sin la estridencia de las modas y los estilos que imponían los tiempos modernos.

En casa de la abuela se pasaba la vida, se cumplía el rito de la vida predestinada, ya dispuesta desde el nacimiento. Recordó esa casita de ventanas pequeñas y desiguales, paredes sin espejos, sin fotografías, ambientes sin música, y rememoró aquellas frases constantemente pronunciadas por sus abuelos y tíos que dejaban implícito un convenimiento, un recordatorio de lo que “eres” y “seguirás” siendo, *hay que ser conformes, qué más se hace, conformidad, conformidad*; frases que llevó a su lista ya no con propósito de realización futura, sino como el registro del mundo no comprendido. Más tarde confirmaría, entre sus 10 y 13 años, que muchas los gestos y prácticas que había observado desde muy niña, la atención desmendida a lo incomprensible, era el deseo inconsciente de alcanzar la reflexión y la cordura. En esa etapa de su vida el *por*

qué se instaló en su mente y en su espíritu y se preguntaba, recurrentemente, por qué las cosas eran así o por qué ELLA no las comprendía. Era una inquietud que la subyugaba, la sumía en un estado casi sublime que la elevaba, la substraía de la realidad. Entonces empezaba a ver extraños a los seres más reales y más cercanos, a sus hermanos que inventaban juegos en los que raramente participaba, sus compañeras de curso que se paseaban agarradas de la mano en las horas del recreo, la bedel de la escuela barriendo los pies de las niñas con una escoba decrepita y de la cual sólo ella se daba cuenta de su lamentable estado, y mientras las observaba, se preguntaba *por qué* no era una de ellas, y volvía el desarraigo, volvía la extrañeza, volvía el sinsentido como un presente hollado por el silencio.

Celia Aurora se preguntó cuánto tiempo permaneció acostada boca arriba en la cama sin hacer. Recordó que no había tomado su desayuno, pero no tenía hambre. Fue hasta la ventana buscando la colina, dejándose llevar por el miedo de perder el hilo de sus recuerdos. De pronto le vino un pensamiento que le dibujó una sonrisa divertida, cómo podían parecerse tanto los daneses a los aldeanos caroreños con quienes compartió la mayor parte de su infancia.

Si bien no había leído a Karen Blixen, en aquellos años de los ochenta, la década perdida para algunos analistas sociológicos, paradójicamente fue la más rica en la vida de Celia Aurora, época en que retomó con frenesí la ya antigua costumbre de relacionar inconformidades presentes con frustraciones pasadas en sus listas memorables, pero en esta ocasión con una creatividad inusitada ante la urgencia de enfrentar leviatanes que parecían perseguirla. Cuando vio la película *La Fiesta de Babette* experimentó esa recurrente revelación: aquellos lejanos puritanos pobladores de la Jutlandia que enternecieron hasta el escalofrío a Babette Harsant el día en que les preparó su banquete. Esos viejecitos descubriendo el placer de la mesa exquisitamente servida, de nuevos sabores y aromas, de la música, de la luna, se le parecieron tanto a sus abuelos, a sus tíos abuelos, a esos seres eternamente arrugaditos que tuvo tan cerca cuando niña, esos rostros de la conformidad, aparentemente tristes, alabastrados, pero apacibles y sosegados por la serenidad que da vivir en paz con lo que hay. Esos ojos hundidos que conservaba tatuados en su mente, recriminándole sus preguntas, sus solicitudes de explicaciones, su reiterada curiosidad por todo lo que escuchaba y veía. Quería saberlo todo, siempre quiso

saberlo todo, hasta que al fin lo entendió nítidamente: no conocían el placer, eran ellos la otra cara de la felicidad, el dulce encanto de la creencia, de la fe, una vida devota y demasiado larga para vivirla sin pecados. Se exigían mucho a sí mismos, un guardar deberes que terminaba por deshumanizarlos, sin futuros terrenales, un vivir restando los días que se van pasando y nunca sumando los vividos.

De pronto le quedó claro de dónde venían los pensamientos que eternizaba en sus listas....del mundo de los adultos. Era su gran pasión, una fascinación desmesurada, los espiaba, los observaba, les escuchaba. Nunca fue una niña entre niños, su infancia giraba en torno a la idealización del ambiente hogareño, de la evocación de vidas imaginadas, de una inquebrantable ensoñación. Haber nacido en una familia numerosa tenía sus ventajas. Podía escabullirse a los rincones más insospechados, escurrirse a la sombra de los frondosos árboles de cerezos y guayabos que perfumaban los solares urbanos. Aprovechaba cualquier espacio para recordar sus imágenes: debajo de la máquina de coser, en los poyos de las ventanas, en los grandes escaparates, de donde salía en un estado casi levitativo producto del ofuscamiento que le provocaba la oscuridad y el olor de las popelinas guardadas entre naftalinas, y el del añil y el almidón de las blancas guayaberas de su padre; detrás de los cántaros en los que traían la leche de la hacienda para vender al detal en la casa de la ciudad, entre las dos puertas del zaguán de la casa, en cualquier lugar en el que entrara su extrema delgadez.

En cierta ocasión logró acurrucarse entre el enrejado y la celosía de una de las ventanas exteriores, y permaneció allí largas horas sin que nadie notara su ausencia, imaginando a su madre en un trasiego entre el fogón, lanzando al caldero la ramita de cilantro y la máquina de coser, con el eterno ceño contraído, los labios apretados como frenando a toda costa la palabra y el gesto de la eterna inconformidad disfrazada de aceptación; y ella se quedaba allí, con la mirada puesta en la nada, escuchando el ritmo de la casa, el ruido de la piedra de moler ajos, el chirrido de la silla de coser, los pelotazos que lanzaban sus hermanos y la reprimenda que seguía desde el rincón de la costura, aspirando los aromas que anunciaban que el almuerzo estaba cerca. Sólo allí, escondida en el rincón más insospechado escuchando su respiración, siguiendo los latidos de su corazón, se sentía segura, tomaba conciencia de su individualidad, de su propio yo cada vez más interrogado ante las rarezas del mundo que le había tocado vivir. Entonces volvía la ensoñación que la trasladaba al mundo imaginado, suave, sereno, apacible, en claroscuro, un lugar que no conocía pero que tenía que existir en alguna parte. Amaba esos resquicios que la hacía invisible, agradecida de que nadie notara su ausencia, feliz de constatar su desarraigo y esquivar la vigilancia materna durante las horas que dedicaba a sus hermanos menores.

La abuela de Celia Aurora fue longeva, vivió más de 100 años. Fue quién la familiarizó con la idea de la muerte, por eso se acostumbró a pensar en ella sin temores, sin angustias. Era lo más natural de la vida, lo inevitable. Si bien es cierto que nunca la escuchó decir que la muerte se le hubiese anunciado como lo hizo con Amaranta Buendía, ordenándole tejer su propia mortaja, su abuela siempre estuvo preparada para recibirla, escogiendo y apartando los vestidos más nuevos para cuando llegara el momento. Lo que más le sorprendía es que no se trataba de una fatalidad ni un miedo permanente. Al contrario, su abuela celebraba la vida, era emprendedora, manejaba su corral de chivos con destreza, era una trabajadora infatigable, una zagala que no dejaba de vigilar su rebaño.

Los recuerdos más atesorados de Cecilia Aurora son las frecuentes temporadas que pasaba con su abuela. Tenía predilección por esos lugares agrestes, de tierras cuarteadas, caminos eternamente polvorientos que se quedaban marcados en cejas, orejas, cuellos y cabelleras que llegaban reseca a su destino; senderos bordeados de promontorios xerófilos que no se cansaba de mirar a través de la ventana de la camioneta de su padre. Durante el viaje a la aldea de sus abuelos, dibujaba mentalmente diferentes formas imaginadas que le iba sugiriendo el paisaje, desde cuevas, altares, figuras humanas, verdaderas alegorías que distraían el duro viaje por caminos tortuosos en los que se debía atravesar quebradas, baches y hondonadas, sólo transitables en sequía, pues una sola lluvia los convertía en pantano. En más de una ocasión la camioneta quedaba atascada. Se imponía

atravesar la quebrada a pie, y tenía que ser transportada en los brazos de su padre, o de alguno de sus tíos, cuando no venía el abuelo a su encuentro con su arrenquín vieja, agotada, que le acompañó durante su larga época de arriero de recuas.

Pero todo ese temor cedía al pasar la quebrada, cuando divisaba, desde el alto de la montañita que ocultaba el poblado, un pintoresco valle en el que relucían los techos de latón las cinco casas de sus moradores, contrastando con la de tejas artesanales y antiguas de su abuela, separadas por altos cujíes y trojas en los que brillaba el verde de los almácigos de los herbarios caseros y, al fondo, la pequeña casa de su abuela con el corral de chivos al lado, y adosado a la pared trasera, el cobertizo de los cueros listos para la venta. Más allá, sólo alcanzaba a divisar escasos puntos rojos del cercado natural de cardonales espinados.

A medida que se acercaban a Tierra Santa, el caserío de sus abuelos, una vez pasado el puente sobre el río Morere hacia La Otra Banda, Celia Aurora se sentía exultante. Una alegría contenida al imaginar las tardes en que se sentaría con su abuela sobre un banco de madera tosco y a medio tallar, a la sombra de un viejo y desparramado cují o un frondoso árbol del que nunca supo su nombre, pero al que todo el mundo llamaba taparo, tan aparentemente inútil por no dar nada comestible, pero importantísimo

en la vida cotidiana, pues de su fruto se fabricaban las totumas para tomar el agua reposada de las tinajas y los cuencos curados semejando peras, en los que fermentaba la leche para elaborar el indispensable *suero*, que acompañaba todas las comidas de todos los días y que, mucho tiempo después, concluyó que se trataba de una extraordinaria crema agria.

- todavía no narizona, tengo que cuajar el queso

Era la única persona a quien le permitía el sobrenombre, mitigaba la ansiosa espera de la conversación con su abuela, observando, maravillada, cómo introducía sus arrugadísimas y pequeñas manos en la leche que ella misma había ordeñando. Era una leche muy espesa y blanca. Viene a su mente su rostro abriendo desmesuradamente los ojos y la boca ante el asombro y repulsión que le causaba ver el cuajo extraído del chivo cuando se sacrificaba. Con movimientos lentos y circulares iba retirando, poco a poco, esa extravagancia, parecido a un chorizo delgado y blancuzco. Después sacaba los cuajos de leche, que iba depositando en moldes de madera de diferentes formas y tamaños, y venían las preguntas recurrentes:

-dónde compran esas cajas, mamabuela

- no son cajas, son molduras

-pero dónde las venden

-no las venden, nos las trae el viajero que le compra los cueros a tu abuelo Rafel

-y cuánto cuestan, yo quiero uno

-no sabemos, nosotros le damos los cueros y él nos da eso más el aceite en el que te frío los huevitos en la mañana.

-y qué más trae, no trae dulces

-no, el de las chucherías es Pablo Torcate

-y el viajero, cómo se llama

-no sé porque es colombiano, eso se lo preguntas a tu abuelo

Justo en ese punto, el tono de voz de Lázara iba perdiendo musicalidad e iba dando paso a la impaciencia. Entonces, antes de hacerla enojar, cosa muy rara en su abuela, se retiraba a mirar el único detalle que adornaba las terrosas y desnudas paredes, un inmenso almanaque de papel que tenía en letras grandes ALMANAQUE MUNDIAL de los HNOS Rojas. Estaba aprendiendo a leer, pero sí lo que decía a excepción de HNOS; entonces comenzaba una nueva batería de preguntas y, de nuevo, el *eso sí es con tu abuelo Rafael*

- papabuelo, qué es ser colombiano

-que no es de por aquí

-pero de dónde viene

-de más lejos que Maracaibo

Y de nuevo venía su asombro, ¡más lejos que Maracaibo!, allá donde se llega en barco, aquel llamativo lugar a donde se había ido su padre por años, antes de su nacimiento, dejando a sus padres sin noticias y sin tener el más mínimo contacto con ellos! Pero antes de que su imaginación la transportara, ya su abuelo había vuelto a concentrarse en su tarea de extender en el patio los cueros que había salado en la mañana y que fijaba en el patio de tierra pisada, con horquetas que él mismo moldeaba y afilaba cada tarde, entonces la niña se volvía sobre sus pasos y, con los brazos en jarra, seguía poniendo a prueba la paciencia del abuelo:

-qué quiere decir HNOS

-no sé leer, no sé qué quiere decir

-entonces para qué lo tienes

-para saber las lunas

-las lunas, cuáles lunas

-la nueva, la llena, el cuarto menguante y el cuarto creciente

-qué son esas

-que cuando esté en menguante podemos rastrojar

-rastrojar?

-sí, limpiar la huerta, en creciente no, porque se ponen paludas

-y la llena qué es

-es muy delicada, es cuando a los locos les da la ventolera

-y entonces?

-entonces qué

-qué pasa

-que vienen y se llevan a las narizonas, ja, ja, ja, ja, anda ver si le ablandaron las caraotas a tu abuela. Y no sigas queriendo saber de los misterios.

El mundo de los misterios de sus abuelos era realmente movido, tan insólito como variopinto, pero profundamente protegido y respetado. En la memoria de Celia Aurora quedó plasmada la mirada fría y acerada, que le dirigió su abuela apretando sus labios y presionándolos con su índice derecho, aquel día en que coincidió con ella en casa de sus padres durante unas cortas vacaciones intersemestrales, cuando, imbuida por las febriles y recientes ideas marxistas que empezaban a entusiasmarla, estimuladas por sus lecturas universitarias e incitada por la filosofía pragmática que dominaba el pensamiento del momento, le expresó retadoramente, materialismo histórico de por medio, que todo en la vida tenía una explicación científica, que todo tenía una causa, un por qué y que los hechos históricos lo explicaban, ya fuese una epidemia, un declive económico y hasta un desamor, que su mundo era dominado por la fe ciega y no por la razón.

Su comentario no pudo ser más infeliz y equivocado, no había terminado su elocuente y apasionado discurso, cuando ya se daba cuenta de lo descontextualizado que estaba y lo absurdo que se escuchaba, incluso para ella misma, más aún cuando la anciana le espetó por primera y única en su vida: ¿eso es lo que estás aprendiendo en la universidad? ¡Virgen purísima!....para saber eso no tengo que ir a la universidad, eso es acabo de mundo.

-pero por qué abuela, al contrario, el mundo está cambiando...

-preciso, se está acabando, será para ti que está cambiando, yo vivo en conformidad, con temor a Dios por delante, evito provocar su ira y....

-ajá, vio?, insistió inútilmente, por qué si Dios es bondadoso, piadoso, justo, compasivo, no tiene que sentir ira...por qué tiene que dar miedo?

-es que la ira del Todopoderoso no es hacia una persona buena, él perdona al que se arrepiente y castiga cuando la gente se revela y provoca las guerras queriendo cambiar el mundo como él lo dispuso, con gente alejada de la maldad, misericordiosa, que perdona a los que nos ofenden; cómo va a ser malo eso, muchacha, ya se te olvidó el Padre Nuestro, vení conmigo, vamos a rezarlo para que se te quiten esas ideas...

Y sin más, ya estaban de rodillas en el altarcito de su mamá, frente a la Virgen de la Chiquinquirá de Aregüe, la más milagrosa, San Onofre, el más generoso (Celia Aurora lo llamaba el economista), la Coromoto, la más respetada, aunque la abuela nunca tuvo muy claro por qué, San Miguel Arcángel, el príncipe soldado y sobre todo el defensor de Dios contra el demonio, y, como desentonando por su indumentaria, José Gregorio Hernández, el siervo, el milagroso, el sabio y generoso: *rézale tú a San Miguel para que te vaya sacando ese demonio...* y ahí se quedó quieta, al lado de su abuela, sintiendo su eterno olor a Marazul, y ella, impertérrita, ante en una imagen muy

deteriorada de su tocayo San Lázaro, y mientras la observaba, se preguntaba qué estaría pasando por esa cabecita atravesada por dos crinejas muy finas le atravesaban la frente a modo de cintillo, elevando su mirada al altar con la devoción reflejada en su rostro cetrino, susurrando con toda solemnidad: Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal.

Arrobada y envuelta en un mareo escalofriante, pensó: *Dios mío, escuchado de sus labios es diferente*, y cómo si Lázaro reprodujera el mandato divino, la abuela la bendijo persignándola y de inmediato, recordó su infancia cercana, renacida, movida por la ternura y, más que nunca, una fuerza renovadora y demoledora a la vez, la prístina convicción con que su abuela comprendía sin miedos *el acabo del mundo*. Era el suyo un mundo frágil, puro, hecho de memorias de olvido, de pasados guardados y poco escrutados y de futuros tan inciertos como amenazados, y si algo cabía esperar eran los milagros, únicas respuestas a ese misterio de la vida para la que tenía muy pocas respuestas.

Durante años Celia Aurora trató infructuosamente de que sus abuelos le revelaran de qué trataban tantos misterios. Para su abuela, todo lo que no formara parte de sus representaciones, de sus devociones, lo que estaba fuera de su mundo, o, todo lo que por convicción de vida debía permanecer guardado era un misterio y punto. No había derecho humano con facultades para escrutar y cuestionar el mandato divino: *hay que ser conformes hija...* se lo repetía una y otra vez. El pasado y el presente eran parte del misterio. El futuro era cuestión de Dios.

Con pertinaz afán por colarse en el mundo adulto, en recorrer ese truculento camino, se dedicó a la tarea de descifrar los misterios de la abuela, atando cabos, repreguntando, imaginando, asociando, hasta que llegaba al fondo y desvelaba el misterio. De tanto cavilar sobre el asunto, llegó a descifrar dos tipos de misterios. Los que correspondían a eventos naturales e incontrolables, la mayoría de ellos relativos a enfermedades y muertes repentinas. Ante estos sucesos sólo cabía esperar el milagro y no dar muchas vueltas al asunto. Luego, estaban los misterios hacia fuera, aquéllos que aun teniendo la respuesta o conociendo el origen del hecho eran asumidos como un misterio. No tardó mucho en concluir que estaba ante el mundo de los secretos. Allí entraban las temidas enfermedades inconfesables, adquiridas por contagio, de parientes lejanos, los que habían ido a la cárcel, como el famoso caso de un compadre del abuelo, que en una parranda le había volado los sesos con una escopeta a un rival pringoso y envalentonado; los defectos físicos como el de la prima Chena, quien

toda la vida mantuvo su defectuosa mano izquierda cubierta con bellos pañuelos que ella misma bordaba primorosamente; los padres desconocidos de sus primos, los amancebamientos entre primos, y hasta las oblaciones, pequeños y grandes sacrificios que a modo de ofrenda, legitimaban promesas que serían cumplidas en las fiestas patronales de la Virgen de Chiquinquirá.

En alguna ocasión su abuela le comentó, no sin antes hacerla jurar que no iba a decirle nada a su mamá Inés, que ella recordaba la cruda expiación a la que se sometió cuando nacieron sus hijos, elevando promesas a la virgen para que no se le murieran, y a los sacrificios que obligó a cumplir a su madre, la única de sus once hijos en salvarse de la muerte prematura, y quien tuvo que seguir pagando por años la promesa por estar vivades: ayunos frecuentes, caminar largos trayectos descalza por los tunales, ponerse zapatos apretados como silicio, no tomar agua hasta no llegar a la pila de agua bendita de la iglesia, y lo que más la perturbó fue saber que su capacidad de sacrificio llegó tan lejos que era capaz de pasar la noche entera, con los párpados prensados con ganchos, para no entregarse al placer de dormir.

Ese empeño suyo de auscultar hasta el último recoveco, de deslizarse por los meandros de esas memorias empeñadas en mantenerse atajadas en la oscuridad, en la conformidad, la llevó en

más de una ocasión a enfrentar situaciones muy serias y graves para su edad. Era el precio que tenía que pagar por empeñarse en vivir el mundo de los adultos. Una de ellos, la dejó atontada por varias semanas, imaginando cómo pudo ocurrir: el viajero colombiano, el visitante a quien nunca se le ofreció agua fresca, ni el taburete de las visitas, ni se mencionaba su nombre, había traicionado la confianza del abuelo al que había distinguido haciéndolo compadre de papel; no lograba descifrar cómo y en qué circunstancias era el padre de su primo favorito, el hijo de su tía Minena, una mujer de rostro inexpresivo y mirada perdida a quien nunca se le conoció marido.

Por fin Lázara se sentó. Llegaba el momento anhelado. Cuando se sentaba a su lado tenía por costumbre jugar con las arruguitas de los brazos de su abuela mientras hablaba, las abría, las cerraba y estiraba, simulando bocas que sonreían o lloraban, o caminos, rodaderos, que se le antojaban ríos o acequias y, mientras tanto, escuchaba ya sin asombro, esas historias de vida que, años más tarde, la estremecerían y le apretarían el corazón preguntándose cómo pudieron vivir sin el más mínimo gesto de inconformidad.

La curiosidad insaciable de Celia Aurora la llevaba reincidente al tema de las tías chiquitas. *¿Por qué no tuvo más hijos mamabuela? No te acordás que tuve 13 hijos, 11 se me murieron antes de cumplir los 5 años -10 de ellas, niñas que morían por las fiebres, calenturas que eran un misterio, daban de repente- de pronto, como acudiendo a un llamado silencioso, se levantaba, atravesaba el patio de tierra pisada haciendo curvas para no pisar los cueros de chivo del abuelo, y se iba directo al viejo baúl. De una pequeña caja forrada en terciopelo dorado, con pasmosa lentitud sacaba 10 mechones rubios que guardaba como un valioso patrimonio; los colocaba uno a uno sobre el zagalejo que usaba para sus quehaceres y comenzaba a rememorar sus nombres: éste es de Sabrina, éste de Justiniana, Minerva, Inés, Eudocia, Camila, Catalina, Josefa y Felipa, Chiquinquirá. Inés fue la mayor, por eso le puse de nuevo el nombre a tu mamá, que fue la última. Luego la tomaba del brazo y se la llevaba a su habitación para que viera las cruces y fechas marcadas en la pared que el abuelo había hecho con su navaja,,allí están todas,*

nunca las fuimos a presentar, para qué si cuando ya había que hacerlo se morían....

Era muy difícil olvidar la ternura con la que su abuela acariciaba esos mechones, mientras los iba colocando, uno a uno, en su cofrecito que cerraba con un suspiro profundo sin lágrimas ni amargura. Era sólo un ritual, un gesto, una conformidad con el destino, en la certeza de que nacemos con el camino demarcado. Lo único que había que hacer era ir descontado los días, todos idénticos, sin novedades ni sobresaltos, convencidos de que el mundo era uno solo, el de la palabra no dicha, el de los misterios que, mientras más velados, más significaciones derramaban sobre sus existencias tan dignas como estoicas, sin otra pasión que saber vivir para un bien morir.

A ninguno de los cuatro hermanos que Celia Aurora tenía en esos años les gustaba quedarse a dormir en la casa de la abuela. Les aterrizzaba la noche. A ella, por el contrario, la emocionaba y, de alguna manera, disfrutaba ese temor que le causaban las figuras que dibujaban en las paredes, los percheros y los pocos enseres en medio de la oscuridad alumbrada con velas de cebo. Se quedaba horas enteras en el rincón de la única habitación de la casa y en el único catre que se lo dejaban a ella y, desde allí, envuelta en el oloroso camisón blanco que le prestaba la abuela, se quedaba mirando el movimiento de esas figuras, escuchando a su abuelo que se destapaba a hablar justo al caer la

noche, mientras apenas se le escuchaba una que otra palabra en el día. Sólo entonces extrañaba a su mamá, pero un instante. De inmediato se ponía en movimiento su infatigable imaginación y se preguntaba qué hacía allí, en esa soledad desnuda, por qué la maravillaba tanta carencia; comparaba la casa de sus padres y pensaba cómo sus abuelos podían vivir sin nada, o para qué su mamá necesitaba todo lo que a su abuela parecía faltarle: jardines con malabares, cayenas, jazmines, berberías, tan apreciadas por ella pues las usaba para perfumar y teñir algunos de sus vestidos; el maquillaje, los perfumes, las prendas, los vestidos de moda, la nevera, el televisor, el aparato de radio y el tocadiscos y, luego, viendo la desnudez de la casa y la ausencia de una despensa en la cocina, se preguntaba de dónde salían los alimentos que preparaba y, entonces, como si de una asignatura pendiente se tratara, registraba ese pensamiento para reincidir al amanecer con renovados bríos en su empeño inquisitorial.

En la mañana se levantaba más temprano con el único objetivo de buscar a su abuela, de sorprenderla en la minúscula y escueta cocina y, desde la entrada sin puertas, recorría con la mirada el lugar, aspirando olores le sobrecogían y al fondo la diminuta figura de la abuela paradita frente al fogón, arrimando las cenizas, soplando las brasas con su cabecita metida casi hasta el fondo, entonces se le quedaba viendo con fascinación el equilibrio de la olla del café puestas sobre tres piedras de cuyo centro irradiaban cascajos ardientes y chispeantes que subían a cada soplo. Permanecía ahí,

quieta, viendo salir el humo por la rendija de la pared. Entonces, las preguntas se le atropellaban

-¿por qué esta cocina no tiene ventanas mamabuela?...,

-porque se arrebató la candela, por eso, en su lugar abrimos esa rendija allá arriba, ves, y nos sirve de ahumador...,

-¿y qué son esas varillas?...,

-son para ahumar el queso y la asadura...,

-y ¿eso que cuelga?...,

-esta de la izquierda es la zaranda, ahí te guardamos el pan dulce de anís y la otra no es una varilla, es la ristra de ajos que nos trajo el viajero

- ah, ¿el pan que trae Pablo Torcate?...,

-no, el que amasa la tía Felipa, lo hornea en ese horno de barro que se ve desde aquí, asómate, mira alláaa, detrás del corral, lo ves?, lástima que hoy no toque hornear sino te llevaba para que veas cómo se hacen las paledonias que tanto te gustan...,

.ay siiiii, pero más me gustan como huelen...,

-uhmmmm, mentirosa jajaja

Entonces venía de nuevo el asombro, lo único que vio en el fogón fue la olla donde reposaba el café, comprado en grano sin tostar- cuando los recursos aumentaban se deban el lujo de comprarlo tostado- que les proveía Pablo Torcate, el viajero que lo traía quién sabe de dónde, y el budare puesto directamente sobre las brasas y que iba moviendo e inclinando con sus manos insensibles al calor, apenas agarrado con un pedacito del papel del envoltorio del papelón, a medida que se cocinaba la arepa de maíz pelado, cuyo aspecto la impelía a preguntar de nuevo...

-¿por qué tus arepas son distintas a las de mi mamá?...,

-porque tu mamá las hace con maíz que ya viene pilado...,

-pilado???...,

-si narizona, pilado en un pilón como el que está afuera, en el corredor...eh, venga para acá, ni se le ocurra agarrar ese mazo, es muy pesada para usted.....

-¿y éstas otras más tostadas?...,

-éstas son de maíz pelado, pero lo pelamos con cal antes de cocinarlo...

Luego la veía salir de la cocina con el dorso de la mano derecha a modo de visera por la luz brillante que se abría ante sus ojos:

-¿a dónde vas mamabuela?...,

-a buscarte el desayuno.

Salía detrás de ella. La veía subirse en unas piedras grandes para alcanzar el cilantro y el cebollín que crecían frescos y verdísimos en la troja. Arrancaba unos tallitos, se los metía en el bolsillo y se dirigía al gallinero. Metía la mano en el ponedero y sacaba los dos únicos huevos que habían amanecido y se los daba a ella para que los llevara a la cocina, todavía estaban calentitos...

-¿los quieres bañaditos verdad?

-sííí...

Volvía la mirada al pequeño patio y encontraba las respuestas con asombro, ¡de allí salía todo!, desde la temida pringamosa utilizada por el abuelo para fabricar las escobas de barrer el patio, una vez retirados los cueros, los terrones que desprendía de las paredes para despercudir las ollas; hasta los árboles de cují, proveedores de las horquetas que usaba como percheros en toda la casa.

Despachado el desayuno, iba de nuevo al patio. Esta vez para azuzar el fogón que permanecía prendido en una esquina donde montaba la olla de las caraotas, en más de una ocasión jugando al hula hula, a la cuerda o al avión, le encestó piedras, que luego, pacientemente, su abuela retiraba, dejándole un sabor terroso y áspero a los porotos que el abuelo, al comerlos, advertía y desaprobaba con una mirada

reriminatoria, pero fugaz, y de seguidas le advertía: *si le vuelves a tirar piedras a las caraotas no te hacemos el camotillo...ah...pero esta advertencia, lejos de disipar su curiosidad, lo que hacía era avivarla y emprendía de nuevo el afán, dónde están las batatas, quiero ir a la huerta a buscarlas, ...pero qué muchacha entrépita...*Entonces se quedaba quieta mirando cómo se alejaba el papabuelo renqueando, directo a las vigas de madera de la casa y de un resquicio sacaba un afilado y delgado palillo que utilizaba para limpiarse su dentadura, increíblemente completa y blanca y, luego, se volvía emitiendo un sorpresivo bramido que la hacía correr a los tunales dejando al abuelo doblado de la risa, y al mismo tiempo preocupado, al ver las piernas de la niña...*aguaita narizona, ya te las vamos a sacar...Lázara, la tripona se espinoooó.*



Al atardecer volvían al mundo claro y diáfano de los muertos y a los misterios de los vivos. Volvían al tema de las hijas muertas, le refería lo avispadas que eran, sus ojos claros como los del abuelo, y cómo se parecían a ella, sobre todo Sabrina, *era tu viva imagen* le decía; era un conversación fluida y tranquila, le describía el ritual del entierro de los angelitos. Cada vez que escuchaba esas historias mil veces repetidas, el mundo le comenzaba a dar vueltas, entraba en un estado hipnótico, la embargaba una sensación extraña, que no sabía definir. No era

miedo, ni escándalo, a pesar de lo impactante que le resultaba la imagen. Era otra cosa, un no sé qué, como si se bilocara y entrara en otra dimensión del tiempo, en un Kairos en el que el desconcierto cobraba sentido y se imaginaba esos bebés colgados de la pared, atados por el abdomen a enormes manojos de plumas de gallinas blancas, rodeados de flores blancas, vestidos con batas también blancas, en medio de un coro de salves más bien eufórico, para no entorpecer con el llanto la subida al cielo del angelito.

Haciendo un esfuerzo para borrar esa escena que le nublaba el pensamiento, Celia Aurora volvía al mundo de los vivos, todavía más denso e impenetrable que el de los muertos, y no se le ocurría otra cosa que preguntar por el resto de pobladores del caserío, casi todos emparentados.

-mamabuela, ¿quién es el papá de Josejuan?

-quien sabe quien será, es que él es criaio

-¿criao?

-sí, un cosa son los hijos paríos y otra los criaos

-pero ¿él sabe?

-nooo, cómo va a saber....

-¿qué es eso que carga puesto

-pobrecito, le ponen un sambenito, es un promesero de la virgen

-¿un qué?

-promesero, está cumpliendo una promesa que la tía Felipa le hizo a la virgen para que le quite la tontera

-¿y se le quita?

-pues ahí va con el paso de la luna, tu abuelo dice que eso se le quita cuando vaya a la meretriz. Lo bueno es que no ha terminado siendo un bandolero.

Celia Aurora se quedaba pensativa, no lograba elaborar las imágenes que le permitieran entender lo que estaba escuchando. En ese momento la anciana se dio cuenta de lo lejos que había llegado con su nieta que no llegaba a los 6 años y se levantó con premura, ya iba ser la hora de rezarle al Siervo y acordar su visita. Él la visitaría esa noche porque la iba operar de los ojos!. Eso terminó de desconcertarla aún más y, corriendo tras ella:

-pero mamabuela, el Siervo es José Gregorio Hernández

-sí

-pero él es un santo y está muerto

-por eso mismo le rezo

-pero ¿cómo que viene esta noche?

-porque él es milagroso y si uno le pide con fervor viene y le hace las curas. La Niña Juana me dijo que me bañara temprano y me lavara el pelo con jabón de la tierra, y que lo esperara acostada con el pelo seco.

-pero.....mamabuelaaaaa.

Su abuela no creía en los médicos vivos, no les tenía fe; sólo al Siervo de Dios¹ y a los medicamentos que le prescribía a través de la Niña Juana: *atroveran*, *sulfatiasol*, que ella completaba con su aporte personal: cataplasmas de llantén y hojas de mango para todas las eruptivas conocidas, infusiones de comino, muy bueno para los espasmos de la menstruación, fletas mentol Davis, infaltable, aceite de ricino para el estómago y de tártago para el pecho, sin olvidar la fresca Jean Marie Farinas para esos dolorcitos de cabeza. Fue ella la de la idea de ponerle a Celia Aurora periódicos doblados en el pecho, debajo del vestido, para evitar los mareos en los viajes por carretera. Porque eso sí, no era creyente de los espiritistas así como así, y si bien a cada uno de sus nietos les puso al nacer su pulserita con una manito de azabache, no vaya ser..., le tenía una fe inmensa a los poderes milagrosos del médico santo. Muchas veces acompañó a su abuela a las consultas que el Siervo ofrecía a través de la Niña Juana. Esa noche, antes de que la abuela se acostara a esperar la vista del

¹ El Dr José Gregorio Hernández fue médico, muy famoso en Venezuela por su bondad y dedicación. Nació el 26 de octubre de 1864, en Isnotú en el estado Trujillo, y murió en Caracas el 29 de junio de 1919.

santo, le pidió una vez más que le relatara su historia y ella la repetía encantada:

La Niña Juana nació arriba en las montañas de Agua Linda. Dicen que de chiquita tenía poderes curativos, alentaba a la gente con sólo tocarlos; ya de muchacha era muy piadosa y misericordiosa. Un día en que buscaba agua en el pozo se le apareció una la figura del Siervo y le dijo que se dedicara a sanar enfermos a través de él, que le hiciera un altar y que recibiera a los enfermos que sólo a ella le transmitirían la dolencia que tuvieran y escucharía en susurro, al oído, el tratamiento que le iba a poner a los enfermos. Y así lo hizo se vino a Carora, y es tan milagroso que la Niña no sabe leer ni escribir y, sin embargo, receta remedios de los que se venden en las boticas...la niña Juana es una santa...tanto así que no ve regla ni le bajan humores y tiene ese don de escuchar voces

Esa noche no iba a poder dormir, tenía que quedarse despierta para ver en qué momento se aparecería el siervo vestido de blanco a posar su mano en los ojos de la mamabuela.

Capítulo II

Sensibilidad en jaque

Cuando regresaba a casa de sus padres, llegaba agotada, ansiosa, y temerosa de que su cara reflejara sus cuitas; su madre la miraba con extrañeza, *qué le pasará a esa muchacha, seguro que comió muchas brevas, son pesadas, y si llevó sereno, seguro que mañana amanece con el pecho tapado....*

Después de esa última temporada en el caserío de su abuela, Celia Aurora entraría al segundo grado de la escuela primaria. Sorpresivamente para ella, la emoción que en su momento le causó saber que por fin iba a la escuela de verdad, daba paso a una tristeza lánguida, que la transportaba de nuevo a Tierra Santa, y por mucho que se esforzara y tratara de evitarlo, la cara de Josejuan había penetrado en su cabeza con su dulce sonrisa, con su blanquísima dentadura, pasando sus días marcado con su sambenito, sin poder contarle a nadie quién era, qué sentía, qué lo alegraba, qué le gustaba de la vida; en ese momento la invadía una ternura indescriptible, unas ganas

inmensas de llevarlo a conocer un mundo que ni ella conocía, pero sospechaba su existencia. Ese rostro mustio, macilento, se apoderó de su pensamiento por semanas, tratando de comprender por qué no le importaba a nadie, por qué esa conformidad llegaba al extremo de la desidia y se prometía que lo salvaría.....

Nunca pensó que a su llegada a la escuela estuviera envuelta en tan raros pensamientos. Como era de esperarse siguió sumergida en ensoñaciones, en imágenes recurrentes, extrañando el mundo de los adultos, pero no tardó en encontrar nuevos objetivos de observación. En los corredores de la escuela se le veía solitaria, provocando las entremiradas de sus maestras que siempre la vieron diferente a las demás niñas. Desde un primer momento se sintieron impelidas a vigilarla, preocupadas por la fragilidad y extrema delgadez, luego, por su comportamiento, mirándolo todo y buscando rincones para evitar unirse a los grupos de juego. No pasó mucho tiempo para que tanto maestras como condiscípulas comenzaran a observarla como caso raro.

Desde el primer día experimentó esa ya conocida sensación de desarraigo, ése no se qué que la aislaba y la llevaba a sentirse extraña, ausente, sin pares. Durante las clases, mientras la señorita Berta llenaba el pizarrón de vocales y sílabas que cortaban las palabras *mi ma-má me a-ma..mi- ma-má-me-mi-ma...¿mi-ma?...no*

podía evitar transportarse a la casa de su abuela y se imaginaba allí, rebuscando en el viejo baúl los mechones de sus tías chiquitas, desdoblado y volviendo a doblar los vestidos impecablemente planchados y olorosos a lociones mentoladas que tenía guardados para su mortaja. Con la mirada fija en el pizarrón, que a sus ojos estaba en blanco, se imaginaba sacando los vestidos del baúl, recordaba una de sus travesuras favoritas que consistía en probárselos; todos iguales, camiseros cortados a la cintura, faldas largas, abotonados al frente con primorosos botones de nácar, en popelina estampada o tafetán marrón, a veces llegaba a ponérselos y cuando caía en cuenta de que se trataban de la mortaja de su abuela, corría a guardarlos, preguntándose cómo enfrentaría el encargo que en varias ocasiones le había asignado su abuela de que le escogiera uno de esos camisones cuando llegara el momento de su partida. De nuevo se trasladaba a aquellas tardes en el patio en medio de una suave brisa, cuando la abuela le hacía prometer que sería ella quien elegiría su mortaja cuando estuviera cerca su muerte; y volvía aquella imagen, la de su abuela en el catre desvanecida quien sabe si por tanto trabajo y se vio buscando afanosamente el vestido, pero Lázara la tranquilizó: *todavía no me voy narizona, no ves que está muy oscuro y así no puedo conseguir el camino al cielo.*

A pesar de su aparente soledad y aislamiento, a Celia Aurora le gustaba mucho su escuela. Disfrutaba el recorrido de ida que hacía sola o a veces con su hermana por una calle angosta, sembrada de chaguaramos, de altas aceras para preservar las casas de los

constantes desbordamientos del río Morere que provocaba inundaciones atemorizando a los pobladores, que siempre se sorprendían. Pasaban por el frente de casas con zaguanes y puertas de romanilla, ventanas de postigos abiertos y poyos. Era la zona colonial de la ciudad y más que el distrito histórico, en el imaginario de la gente era el barrio de los ricos y de cuyas cocinas se escapaban olores que sólo se sentían en su casa en fechas festivas. Pero lo que más le emocionaba durante el trayecto era la posibilidad de comprar unas empanadillas rellenas de mermelada de guayaba que hacía una extraña señora, quien nunca dejaba ver su cara y cual monja de clausura, vendía su delicado dulce a través de una ventanita que sólo dejaba ver medio cuerpo, del busto a la cintura, y unas manos muy blancas de uñas muy cortas, en nada parecidas a las de las amigas de su mamá que siempre las llevaban largas y pintadas.

Muchas veces escuchó a su hermana decir que Doña Carlota no se dejaba ver porque tenía bigote y barba, las amigas decían que era calva, más allá que era virola. En fin, año tras año crecía su curiosidad que no cesó hasta que, estando ya en quinto grado, logró verla de cuerpo entero y? sorpresa, descubrió a una señora enorme, de tez aterciopelada, unos ojos muy azules clarísimos, una papada prominente y de andar pausado. Sólo entonces supo que le decían la *musiua*², era alemana, y después se enteró de que su inmensa y larga soledad se debía a que no le gustaba dejarse ver para no

² Musiua o musiu, neologismo que en el lenguaje coloquial del venezolano se refiere a extranjeros, en un principio a los franceses, derivación de monsieur, luego se extendió a todos los inmigrantes.

demostrar su tristeza, y evitar las preguntas indiscretas de los vecinos acerca del destino de su familia, a quienes tuvo que abandonar huyendo de los horrores de una guerra que todos habían oído mencionar pero sin prestar la menor atención. A partir de ese momento, se juró a sí misma que cada moneda que le dejara su tío Chamón, iba a ser para comprar esos deliciosos pastelitos, más por el placer de comérselos, por la seguridad de que estaba haciendo algo bueno por esa señora, cuya soledad le causaba una gran ternura, un estremecimiento; todavía recuerda aquella mañana cuando se dirigía rauda a comprar su pastelillo. La ventanilla cerrada y un cartelito anunciaba: DUELO. Quedó impactada, preguntándose quién habría escogido su mortaja. Durante semanas, el rostro de Doña Carlota no se le quitaba de la cabeza y no cesaba de preguntarse cómo y en qué circunstancias había llegado tan sola a esa pequeña ciudad en la que el tiempo parecía detenerse. Un mundo aparte, lento, de gente conforme, en eterno reposo, donde las miradas decían más que las palabras y el viento resecaaban la boca hasta la aspereza, quizás sea ese el motivo de tanto silencio.

Celia Aurora llegó a amar su escuela, siempre la recordó espaciosa, nunca olvidó el pequeño salón que hacía antesala a la dirección porque desde allí, sentada en un mueble de paleta, se quedaba absorta durante todo el recreo admirando los árboles de granada, los cerezos y, sobre todo, un esplendoroso árbol de grandes hojas oscuras plantado en el centro del patio, que daba un fruto duro como una nuez y del que nadie conocía su nombre. Le decían almendro, pero era tan distinto a los demás que se le grabó en su memoria. Muchos años después, caminando por el paseo del Prado, lo vio en la entrada de un museo, era el Thisen Bornemisa, cuya historia la cautivó cuando se enteró de que había sido creado a partir de la colección privada de un noble, enamorado profundamente de la mujer a quien le dedicaría y legaría su patrimonio; ese día de otoño madrileño, de nuevo se transportó a su infancia, y tal como le sucedió con la señora alemana, volvió a preguntarse, cómo llegó y quién plantó aquel Magnolio Grandiflora, siempre tan verde en el pequeño patio de la escuela.

A medida que avanzaba la educación primaria, Celia Aurora sentía que se apretaba su pecho ante la impotencia, la eterna angustia que le invadía estar plenamente consciente de que todo lo que observaba en la naturaleza y en su entorno era imperceptible para los demás. No sólo para sus condiscípulas, sino para los adultos, quienes no podían disimular su disgusto cuando inquiría de ellos respuestas a su constante asombro, los nombres, eran su obsesión, quién lo asignaba,

de dónde provenían: el arco iris, los nombres de los árboles, de las aves, de los colores, la nacimiento de los ríos, los nombres de las imágenes que llenaban estantes de las oficinas de la Directora, representaciones marianas, esculturas y pinturas cuyos nombres, aún conociéndolos, no lograban transmitirle significación alguna. Entonces su memoria evocaba al abuelo, segura de que él sí tendría respuestas a su mundo sin nombres, sin datas.

A los adultos encargados de su educación no les interesaba ver el otro lado de las cosas. No sentían la premura ni la ansiedad de saber y conocer el origen de los corotos, como solían expresar, objetos que ornaban la oficina de la Directora, un David por acá, una torre Eiffel por allá, más al fondo un vieja edición del Quijote, todavía sin abrir y forrada en un celofán amarillento, una figura humana de muchos brazos y piernas como si diera vueltas que le llamó la atención y que en toda su primaria no logró enterarse de su nombre, hasta que por casualidad, un día en que la llevaron castigada a la dirección por una confusión que ni ella misma lograba entender, parada frente a imagen, se le acercó un representante de alguna de sus compañeras y, como una declaración, dijo, entonando la voz: *el Vitrubio*. Y con el índice de la mano derecha señaló una reproducción, media borrosa, que apenas lograba mostraba su título. Luego, mirando hacia otro lado, dijo con la misma entonación grave: *Juan de Juanes. Martirio y más abajo San Esteban. Detalle. Museo del Prado...* y se quedaba entonces desorientada, de dónde salía todo eso, por qué razones eran tan apreciadas como desconocidas.

Pensativa regresó con sus compañeras que jugaban en el recreo, libres, desenfadadas, queriendo ser una de ellas, vivir sin preguntas y se juró que, de ahora en adelante, su vida no iba a tener sentido, si no conocía el significado de las cosas. Y salió de esa oficina cabizbaja, *martirio, martirio...* pero si ésa era una palabra recurrente en boca de las mujeres con quien se relacionaba cotidianamente! Como siempre, tuvo ante sí una nueva revelación: las mismas palabras podían decir varias cosas..., y con una sonrisa en los labios, pensó que esa palabra le sabía a comino y que algunos olores le causaban mareos, como los que sentía cada vez que visitaba a su única amiguita de la escuela, Alcira, pues el padre era talabartero y la mamá fabricaba melcochas, ¡Dios santo! ¡Qué olores tan extraños resultaba de esa mezcla tan perturbadora!, pero no dejaba de visitarlas, le fascinaba sentarse en los caballetes del taller de Don Safriano, degustando la rica melcocha, a riesgo de perder sus dientes.

La vida cotidiana de la escuela y el mundo urbano pusieron en jaque la sensibilidad de Celia Aurora. Aprender a leer y escribir la llevó a una lectura paralela del mundo que no le trajo sino nuevas angustias y ansiedades. Una cosa decían las palabras y otra, su significado, casi siempre oculto, ignorado, desconocido para las personas con las que convivía, en su casa, en el vecindario, en la escuela. Fue cuando empezó a llevar sus listas de palabras y frases como si quisiera dejar establecido la firme voluntad de no perder la cordura o al menos lograr

el entendimiento del mundo, queriendo fijar en ellas el sentido de la vida y convertirlas su tabla de salvación y que no abandonó nunca; descubrir las primeras letras significó la posibilidad de hacer perdurar en el tiempo la memoria de lo no vivido pero también la desmemoria de lo vivido. Entonces aparecían frases escritas azarosamente, que años después intentaba descifrar....*la gente.....qué hago aquí....qué extraña es la gente*

Esa pasión por el mundo de los adultos no pasaba desapercibida para las personas de su entorno, y en más de una ocasión atravesó la línea que separaba su mundo interior, su resguardado, su imaginario siempre protegido del sinsentido, del absurdo que la llevó a conocer tempranamente la estupidez humana; revelación que hasta el presente no deja de sorprenderla, porque no deja expandirse como la mala hierba, haciéndose cada vez más notoria por el mayor grado de exposición de la intimidad y contactos por la apertura medios de comunicación abiertos e interactivos, y no sólo visibles actitudes individuales, también colectivas y hasta como política de estado.

Pues bien, casi sin darse cuenta se dejaba llevar a mundos paralelos, desprovista de la imaginación y el lenguaje para entenderlos. Sólo sabía que cada acto, gesto o frase de ese mundo rural dentro de lo urbano le removía fibras hasta el estremecimiento, como cuando su maestra de quinto grado, a falta de un esqueleto humano dibujado o

esculpido, echaba mano de uno viviente, y siempre era ella la escogida. Entonces, sin solicitar permiso, se iba hasta directo a su pupitre y, levantándola con un apretón de su antebrazo, la conducía hasta el escritorio y ante la mirada atenta, curiosa y burlona de sus compañeras, la desvestía, y dejándola con su fondito de gasa, se dirigía al curso y sentenciaba, modulando su voz... *éste que ven aquí es el omoplato, ésta la clavícula, las costillas y, levantándole la faldita, ...este hueso largo es el fémur* y se quedaba ahí, quieta, frenando el llanto y tratando de entender qué pasaba. Intuitivamente, algo le decía que eso no estaba bien, aunque fuera su maestra la que lo hiciera, convencida además de que no tenía a quien acudir, pues si se lo comentaba a sus padres, lo verían como algo normal, porque en ese contexto y época efectivamente lo era; ellos también estaba imbuidos en el conformismo que siempre observó en su abuela, en el vacío, la inmensidad... *deje así muchacha, deje así....*

Antes de llegar a sus 13 años Celia Aurora conoció un grupo de personas que si bien no marcarían su existencia, el contacto con ellas perturbo su vida hasta el punto de llegar a conocer la tristeza infinita. Por esa época su mamá recibía frecuentemente la visita de una señora que le llamaba mucho la atención por tener un imagen diferente al de las amigas de Inés, siempre muy arregladas con altos moños a lo Amy Winehouse, cejas rapadas y pintadas, lunares estratégica y perfectamente ubicados cerca de los labios delineados, llevando estampados vestidos de faldas bombachas y escotes insinuantes. En cambio, esta señora llevaba su pelo muy corto que le daba un aspecto masculino muy pronunciado, pantalones de algodón con pliegues, poco usados por las señoras de entonces, y camisa blanca de mangas largas y abotonadas hasta el cuello. Pero lo que más le inquietaba era el disimulado recelo que la mujer le causaba a su madre. Al principio se negaba a recibirla, pero ante la insistencia pertinaz y agobiante, terminaba cediendo, haciéndola pasar al recibo de la casa y sometiéndola a un interrogatorio que Celia Aurora escuchaba con atención escondida detrás de las cortinas.

Un buen día, la extraña señora notó su presencia y con un repentino cambio en la expresión adusta de su rostro, la observó con cariño y llamándola con la mano, la arrimó a su lado con ternura, *¿ Cómo te llamas nena?, pareces muy interesada en la vida piadosa, verdad....*A partir de ese momento y durante meses, Celia Aurora no se separó de

Hortensia y, sin saber cómo, se sintió como Josef K, llevada por un camino de incomprendiones que terminó siendo una iniciación a una especie de apostolado, del cual se enteró cuando Hortensia llegó a su casa y le comunicó a su mamá: *señora Inés, Celia Aurora fue como aceptada en la Hijas de María, en el grupo de adultos....*

-pero Hortensia, esta muchacha no ha cumplido los 13 años

-Sí, señora Inés, pero es que ella tiene vocación y para su edad entiende mucho

-y en qué actividades va a estar

-bueno, esperemos que nos diga el padre Teodosio, pero creemos que ya puede ir en el grupo de visitas de hogares en concubinato y en los encarrilamientos de la fe.

Concubinato....¿qué será eso? Fue lo primero que Celia Aurora pensó. Llegada la fecha señalada ingresó a la asociación. Al día siguiente fue llevada al hospital de la ciudad, que era administrado por la congregación de las Hermanas de los Pobres. Allí, después de un Ave María, pasaron a un largo salón de altas ventanas, en el que reinaba un silencio tan frío como las sillas de metal dispuestas a su alrededor. Sentados frente una mesa de madera muy pulida estaban reunidos los miembros del grupo de adultos. Hortensia la hizo pasar y sentarse en una esquina, a su lado, y dándole palmaditas en el muslo, trataba de calmar el evidente nerviosismo que la embargaba. El orden

del día, *visita a hogares en pecado*, lo anunció el padre Teodocio, alto y delgado, con una mirada por encima de los lentes y una sonrisa forzada, papel en mano, comenzó a pasar lista hasta que pronunció su nombre y enseguida: *qué edad tienes muchacha*, se quedó muda, entonces Hortensia se apresuró a decir:

-ya está por cumplir 13 y entrar a los 14 padre, pero tiene mucha vocación y entendimiento....,

-ajá, ¿pero usted va a ser su guía?....,

-sí padre, yo la preparo en la catequesis.

Nuevamente la invadió esa sensación recurrente *qué hago aquí...* y su asombro ya no conocía límites, sobre todo después del horror que le causó un descubrimiento que presenció en la primera visita, cuando después de caminar casi tres horas por una carretera empinada, llegaron a una casa muy descuidada, de pequeñas ventanas y entrada sin puertas, media docena de niños mocosos y medio desnudos salieron a esconderse, un hombre joven, de espaldas y en cuclillas le sacaba filo a un machete en una piedra grande al final del patio de tierra pisada. Ante la insistencia de Hortensia, apareció en la entrada una señora con aspecto cansado y deteriorado, revelador de su infortunada vida, a quien comenzó a interrogar y fue tal la incomodidad que la visitante causaba a la atribulada mujer, que le aceptó la invitación a conversar en privado, pues quería confirmar algo muy grave que había logrado descifrar de la charla que habían

tenido. A los pocos minutos sale Hortensia del cuartucho con el rostro mudado por el estupor y, agarrándola por el brazo, se apresuró a salir:

-vamos, esto es tarea para el padre Teodosio...

-¿qué pasó?...

-aquí no hay sólo amancebamiento, hay más, ¿has oído hablar del incesto?

Después de aquel impactante suceso, fue asignada como dama de compañía de sor Flavia, una adorable monja que tejía y bordaba delicados tapetes y hacía las galletas más sabrosas que había probado en su vida. Pasaba tardes completas acompañándola, le leía revistas de la congregación, le ponía los discos música y que a ella que la inspiraba, la seducía y la entregaba a la placidez y la sensación de paz interior que tan celosamente cuidó toda su vida.

-¿Qué música es esa hermana?...,

-es música clásica, lo que estamos escuchando son Las Cuatro Estaciones, es de un conocido compositor italiano que se llama Vivaldi; aquí tengo otro lopley³ que me gusta mucho. Es la Novena Sinfonía de Beethoven, me gusta mucho, pero la Victoria de Wellington no tanto, esos redobles me dan golpes en el pecho, pero tengo que reconocer que es el más grande de todos, con decirte que

³ Neologismo muy usado en las décadas de los 60 y los 70 para referirse a los discos de acetato de larga duración (LP).

se quedó sordo y siguió componiendo, sin ir más lejos, la Novena la compuso ya cuando su sentido de la audición lo había perdido, pero también era tremendo, muuuy enamorado, sus biógrafos dicen que obras tan brillantes como Claro de Luna y la Pathetica, fueron inspiradas y dedicadas a una amada inmortal que buscó toda la vida y que parece que no la encontró, porque siempre terminaba enamorándose de mujeres de la realeza o nobles, quienes terminaban dejándolo por algún aristócrata.....

- pobrecito hermana, pero ¿él no estaba muy relacionado con esa gente?

- sí, pero acuérdate que ellos trabajaban para la realeza, al fin y al cabo no eran nobles, eran protegidos y trabajaban para ellos, eso le pasó a casi todos, incluso a los pintores más famosos, claro, los que tenían su ideología retrataban a los reyes, pero de cuando en cuando hacían sus obras críticas, hacían sus travesuras. Un caso es el pintor español Goya, que siendo el retratista de la Corona, no dejaba de mirar críticamente a la gente de poder y los abusos que se cometían contra la pobre gente de a pie. Eso lo plasmó en unas obras que llamó Los Caprichos, creo que eran unos grabados, pero no me preguntes mucho porque no soy especialista, sólo una aficionada y admiradora del arte...Ahh mira, aquí tengo otros, mira, Bach, Mozart, Chopin, claro no sabría decirte cómo son los movimientos, pero me conformo con disfrutarlo, y tú, no los has escuchado?...

-no, en mi casa dicen que esa es música de muertos...

-ja ja, eso lo dicen porque la única vez que la ponen en la radio es por duelo, cuando muere alguien conocido, ja ja esta muchacha...

Reía plácidamente la hermana, mientras daba vueltas acompasadas a su denario. Mientras tanto, se dejaba transportar por la música y, sin darse cuenta, su imaginación remontaba hasta su casa, a ese ambiente ruidoso por el trajín de sus hermanos y agradecía estar allí, en ese corredor bordeado por caminos de isoras y cayenas, de macetas de violetas y geranios, de hermosos y gigantes helechos colgantes y pensó que deseaba vivir así, que no quería seguir presenciando las extravagancias del mundo adulto. Rememoraba los acontecimientos que había presenciado durante su corta vida pero, y aunque se esforzara, no podía quitar de su mente imágenes recurrentes que alejaban de su infancia y la colocaban en situaciones más bien inextricables, como las que le tocó vivir en los alumbramientos de su madre, en pleno proceso de parto en el cuarto matrimonial, las idas y venidas de la abuela que la sacaba de la puerta, desde donde, curiosa, observaba más por tratar de ser útil que movida por cualquier sentimiento morboso, pero que en medio del barullo se les olvidaba su presencia. Se queda ahí, paralizada, con la mirada fija en su madre, acostada boca arriba con las piernas levantadas en anclas al pie de la cama, desde donde la abuela, sentada en un banco bajito, rodeada de poncheras de peltre rebosantes de agua caliente y con la cabeza amarrada con un pañuelo blanco, que siempre se ponía en las situaciones difíciles, esperaba con los brazos extendidos, animándola, consolándola; le sobaba el abdomen que bajaba y subía en lentas y pesadas

ondulaciones, y gemían las dos. Curiosamente su madre no gritaba, esperaba estoicamente una nueva contracción que se le reflejaba en el rostro sudoroso y demacrado. Al final de tanto sufrimiento, si el resultado era feliz, Inés la invitaba a sentarse a su lado para que viera la carita de su nuevo hermanito. Pero en tres ocasiones no lo hizo. Se llevaron a urgencias a Inés y estuvo fuera de casa por varios días para internarla en el hospital y hacerle las curas que su abuela no podía realizar. *Tu mamá tuvo una pérdida, iba a ser niña...*

Pero en la feliz circunstancia de que el bebé naciera sano, comenzaba el seguimiento de la evolución del infante. Durante la cuarentena, la abuela no solamente cuidaba y atendía a Inés, sino que se dedicaba a escudriñar el cambio que el bebé iba mostrando, para tranquilidad o la angustia de sus padres, según el caso. Lázara la acercaba la cuna para que le acompañara a ver cómo iba la moñera. Si era muy puntiaguda y no daba señales de rebajarse provocaba una expresión de desesperanza pues, según su abuela, una moñera puntiaguda era signo de mal carácter y quién sabe si de cortedad del entendimiento, en cambio, una moñera hundida que se iba cerrando de manera uniforme era motivo de alegría pues además de que prometía una cabeza bonita, daba buenos augurios sobre el nivel de inteligencia, aunque recuerda mayor preocupación de su abuela por las moñeras de las niñas.

Otra revisión exhaustiva era la del ombligo, que una vez cortado se guardaba en la cajita de los recuerdos. El ombligo no podía quedar puntiagudo, era muy mal visto. Por lo tanto era imperioso el uso del fajín asegurado con unos peligrosísimos ganchos y, sobre todo, no dejar llorar por largo rato al bebé; ese esfuerzo lo hacía brotar y, además, con toda seguridad, le venía un hipo que sólo se quitaba si se le ponía un pedacito de algodón húmedo en la frente. Celia Aurora era especialista en ponerlo y asumía su labor con dedicación, ya que al secarse el algodón había que correr a ponerle otro.

En cuanto al análisis del órgano sexual del infante, las señales y alertas no podían ser más estafalarias. Si los labios de la vulva eran gorditos y rosaditos, provocaban la sonrisa de satisfacción, por lo poco que iban a sufrir sus padres, pues indicaba un uso recatado y ponderado de la vida adulta, pero si eran delgaditos y tumbados hacia delante, las expresiones mostraban cierta inconformidad y preocupación. Entonces venía la sentencia emitida generalmente por la tía Minena...*¡ésa es una cuchara!!!...o en caso contrario...como que se va a quedar como breva.* Cuestión que no dejaba de ser inquietante, pues presagiaba esplendidez y un uso dispendioso del órgano, a sabiendas de que sufriría menos la futura y alegre mujer. Es esos casos a los progenitores les quedaba como única salida, enfrentar tan negativa premonición, atacar el mal presagio con una buena educación, que para los efectos era sinónimo de mano dura, por lo tanto, había que impartir la enseñanza a tiempo completo y sistemático, de recato, obediencia y del temor a los hombres, antes de

que llegara la hora *de dar la vuelta*, es decir, la metamorfosis del embellecimiento que se producía con el desarrollo después de la primera menstruación. De tal manera que la espera de ese acontecimiento resultaba una pesadilla, una angustia, un palpito, no solamente para la niña, ya de por sí ansiosa por el cambio tan radical de su vida, sino para esas mujeres que ya querían ver el resultado de su trabajo.

Pero lo que sí era verdaderamente alucinante eran las famosas lecturas testiculares que madre, abuela y tía realizaban a los pequeños. Día por medio, se paraban frente al bebé a la obligada inspección. Si las cholitas eran redonditas y firmes era una señal prometedora y de buen desempeño en sus futuras responsabilidades propias de su género. Y si de paso, eran claritas pues mejor que mejor, un primor *entalcado*. Si además elevaba el chorrillo de orina con fuerza mojando los rostros de las mironas, entonces las carcajadas eran sonoras, expresaban la inmensa alegría ante lo que el potranco prometía. En situaciones como éstas, Celia Aurora prefería distanciarse y observarlas en perspectiva. Retrocedía hasta el fondo de la habitación rectangular y mal iluminada, como casi todas las que conoció en su infancia, y desde allí, abrumada, se quedaba quieta, detrás de las tres mujeres menudas, desgarradas, con sus cabecitas pequeñas cubiertas por una escasa cabellera muy lisa, de espaldas anchas visiblemente en desproporción a sus caderas y nalgas más bien planas, poco favorecidas por sus vestidos camiseros cortados en la cintura y faldones plisados; y las miraba solazarse con ese

muchachito, quien recibía entre regurgiteo y regurgiteo, los besos que la tía Minena depositaba en los testículos, con sus largos dedos apurruñados, y con expresión de gusto y regusto, afición que su madre reprobaba con su mirada y sacando al niño de la cuna con la excusa que ya era la hora del baño.

La revisión no terminaba sin ver cómo iba *el morado*. Si esa mancha a la altura del coxis tardaba en desaparecer, entonces se desvanecían las esperanzas de tener en casa un blanco, aunque fuera sucio, pues si llegaba a los seis meses con ese morado, irremediablemente el muchachito había salido medio *mojino*.⁴ Era en momentos como éstos, cuando Celia Aurora se preguntaba ¿en qué mundo vivían esas mujeres?, pues estaba claro que para ellas nacer blanquito o morenito, era un resultado absolutamente aleatorio y no genético. Las recuerda sentadas en la mesa del comedor, a media tarde, frente al pan piñita, el queso de cabra y el café con leche de las tres de la tarde, observando la barriga de su madre y, entre sorbo y sorbo, vaticinaban: *éste va ser catirrucio, éste va a tumbar al nepe que se nos quedó mojino...y, luego, cuando se producía el alumbramiento, el acongojado nepe recibía la noticia...ya te tumbaron...nació niña ojos rayaos...*

⁴ Expresión local de mohíno, común en la zona caprina, referida al mulo, hijo de caballo con burra, caracterizado por su hocico negro. Por extensión sinónimo de oscuro.

Pero lo que la catirruca⁵ no se imaginaba era el suplicio que le esperaba para enderezarle los posibles entuertos. El conjuro y su posterior ritual de embellecimiento podía durar más de un año, según la gravedad del asunto, y había que trabajar con tesón antes de que él o la infanta caminaran... *Menos mal que los hijos de Inés vienen parejos, no vamos a tener que lidiar tanto...*, decía por debajito la abuela, santiguándose, sellando con ello la perpetuidad de esa gracia divina. Que si las piernas se asomaban *gambetas*, no había mejor ortopedia que ponerle unas tablillitas de un empaste de ruda y arcilla, liadas con tiras cortadas de los pañales en las piernitas, para que se formaran derechitas. Tarea que ameritaba vigilar el sueño para que no se las quitara con el movimiento, vigilia que exigía paciencia y entrega porque, de paso, se dedicaban a untarse las yemas del pulgar y el índice con aceite de comer para presionar y sobar la punta de la nariz y lograr que perfilara, *no vaya ser que se nos quede cachapón...*

El ritual no terminaba allí. Unas tres veces al año, se aparecía la tíamadrina- 20 años después Celia Aurora descubrió que se llamaba Feliciano- tijera en mano, para cortar *las primeras mechas* a la muchachada de turno. Se trataba del primer corte de pelo, no antes de los dos o tres años, acción que la tía, encargada de la misión por su buena mano, hacía de un solo tirón, certera y limpiamente a nivel de la nuca. Una vez cortado, el mechón era guardado en una cajita forrada en terciopelo, junto a los ombligos desprendidos de los recién

⁵ catira o blanca sucia

nacidos que nunca supo a dónde fueron a parar. Y, de cuando en cuando, se hacían las comparaciones con la nueva cabellera que se esperaba creciera abundantemente. Este ritual se completaba con la revisión de los dientes de leche. La tiamadrina colocaba a los niños en formación, adosados a una pared les indicaba que bajaran y abrieran los brazos y se agarraran de las manos, los paraba erguidos, muy derechos, con los ojos cerrados y los hombros hacia atrás y procedía, sin aviso, a levantar el labio superior con sus dedos e iba tocando y moviendo las piezas flojas y, si le parecía que estaba listo para sacarlo, buscaba en el bolsillo de su vestido un pedazo de hilo de coser, ataba el diente en la línea de la encía y daba un tirón. Se lo entregaba al niño como trofeo y con una suave nalgadita lo mandaba a esconderlo debajo de la almohada en espera del ratón, que se lo llevaría esa noche y dejaría a cambio unas monedas que hacían la felicidad del infante, a pesar de haber terminado con la cabeza trasquilada y con la boca adolorida y sangrante.

Cuando ya el nepe estaba durito, y se podía mantener sentado, era hora de la fotografía para la posteridad. Celia Aurora recuerda la visita anual del único fotógrafo que había en la ciudad. Un gallego con barba de tres días y ropas muy arrugadas, que llegaba cargado con un trípode y una vieja cámara Kodak, cubierta con una tela negra, y quien autoritariamente los sentaba en el sofá, uno al lado del otro, con las manitas posadas sobre las rodillas, erguidos sobre el espaldar del pequeño sofá, les arreglaba las falditas a las niñas, esplendorosas con el vestido del bautizo que ya les quedaba pequeño, y las más

grandecitas con el vestido de la Primera Comunión, cortado a la rodilla; y acomodado entre los más grandes, el nepe, el más pequeño, desnudito, a quien ponía en sus manos una maraquita y lo inmortalizaba con el centellazo que desprendía la cámara, mostrando lo bien dotado con que la naturaleza lo trajo al mundo.

Pero lo más asombroso para Celia Aurora era ver el resultado que semanas después les llevaba el fotógrafo. Ese asunto de la fotografía era uno más de su lista de misterios personales, además de los heredados de su abuela. No lo podía creer, no se explicaba cómo era que terminaban tan distintos a la realidad, en fotografías que los mostraba por separado, de medio cuerpo envueltos entre nubes flotando en un cielo azul intenso, mirando hacia arriba, con otro peinado, con adornos que no tenían puestos el día de la fotografía, preguntándose de dónde habían salido esos zarcillos, esa cadena, esos labios rojos, ese rubor de muñequita...

-mamá esa soy yo?...

-quién más va ser muchacha...

-pero ¡ese señor nos cambió!!!..

-él sabrá...

Las visitas de la abuela y la tía Minena eran frecuentes y largas. Llegaban antes de cada parto, cargadas de huevos criollos envueltos en el papel del bulto de papelón, amarrados con cabuyas; encurtidos de bicuyes (que de niña no le gustaban, pero que en su vida adulta los apreció como una fina botana, hecha con la flor del cocuy, el agabe larense), de pepinos de monte, potes de conservas de leche cortada o cajeta-que Celia Aurora devoraba hasta sentir un dolor en la frente-queso de cabra para toda la temporada y manojos de hierbas y aceites para cualquier imprevisto que se presentara en el alumbramiento. Los dos o tres primeros días de la llegada eran un torbellino emocionante que no se perdía por nada del mundo. Las sorprendía en la cocina bien tempranito...

-mirá la alcamunera ésta, andá dormir con tus hermanos...,

-no quiero...quiero oír los cuentos...jajaja.

-que te vayas muchacha...

Pero ella seguía allí...

-esta muchacha es muy arrequintá, cuando se afinca no hay poder humano que pueda con ella.

Derrotadas, terminaban sentándola en el taburetito de la cocina, le daban un café con leche, convencidas de que era más fácil desatar el nudo gordiano que sacarla de la cocina. Empezaba el murmullo y las

risitas entre escandalizadas y divertidas de la descarnada tía Minena...

-¡antenoche se fue Serafina!!!,

-la hija de mi compadre...sí?,

-sí, se la llevó el Negro....

-pero ¿con qué la va a mantener si hasta antier no más estaba concertao con don Pedro?...

-ah, pero tú sabes que esa mujer es brava pal trabajo, dicen que éste mes vendió más de cien chinchorros y no fue pendeja, se tejió para ella una hamaca grande, matrimonial, ¡blanca!...

-blanca pa' qué, si ya se iría preñá?...

-¿vas a creer que no?...

-entonces ¿ese tripón lo va a mantené ella?...

-qué más le queda, si ya el mandao estaba hecho...

-pobre...se le van a engarrotá esas manos de tanto tejé ...y la pobre comadre se quedó sola con ese rebaño de muchachos sin ayuda pa' moler esa piloná de maíz pa' esa truya...

-y no es nada, sino que si se llegan a casar, tendrá que asegurarse bien esa corona en la cabeza, porque mujer que se case sin ser señorita, seguro que se cae el velo en la misa...

Inés terminaba con un suspiro de decepción y con gesto de querer alejar esas imágenes que ya no sentía como suyas. Se apresuraba a montar el almuerzo cotidiano y recurrente: hervido de costilla de res, arepa y si repicaban duro, aparecía una fuente de remolacha papas, huevo y zanahoria, todo rebanado en círculos, eterna y única ensalada conocida en ese mundo.

A partir de aquel episodio de los besos lascivos que la tía Minena depositaba en los testículos de los niños, Celia Aurora intuyó la vida escindida de su madre. La observaba en un ir y venir del herrumbrado, tosco y pasmosamente mágico mundo de su hermana Minena, y aquel novedoso imaginario que estaba construyendo en su rol de esposa- no la querida, ni la amancebada- de un hacendado y ganadero exitoso, madre citadina de niños- no de tripones- a quienes debía educar en medio de una modernidad tan nueva como inconsistente, de mírame y no me toques.

Era su casa un punto de encuentro de esos dos mundos. Poco a poco iba percibiendo los cambios que ocurrían en su hogar. No pasaba desapercibido el nuevo estilo de vida de su madre, del que ya traía un cierto entrenamiento, obtenido durante su residencia en la zona petrolera, que para esa época, década de los años 50, era poco menos que vivir en un condominio cinco estrellas. Eran los campos petroleros hermosas urbanizaciones, cerradas, privadas, vigiladas, rodeadas de zonas verdes, un paraíso en el que sus ocupantes no tenían que preocuparse por el mantenimiento, ni de sus casas ni de sus parques. La asignación de esas viviendas incluía todos los servicios de electricidad, agua, gas, recolección diaria de basura y con sólo una llamada telefónica, se resolvía desde el cambio de una

bombilla, plomería, hasta refacción de paredes y techos, equipos de aires acondicionados, amén del mantenimiento de áreas comunes.

A punto de entrar en la década de los años 60, Diógenes Camacaro fijó residencia en la región de sus ancestros. Se inició una nueva etapa en la vida de la familia que comienza a crecer velozmente. No tardó mucho Celia Aurora tomar conciencia de los cambios que se suscitaban en su hogar. El impacto de la televisión fue inocultable. Poco a poco, sobre todo la tía Minena, se fueron apropiando del discurso de las telenovelas. Su madre se mostraba atenta a la educación de sus hijos. Aprendió a fijar horarios en la vida cotidiana. Hablaba de la hora del baño, de la siesta, de la merienda, de hacer tareas, la hora de acostarse y cepillarse los dientes. Los niños más pequeños eran atendidos por niñeras, las permanentes *ayeras*, un ejército de muchachas altas, rubias, fuertes, las sobrinas de su padre, que se turnaban para pasar temporadas en casa de su tío a cargo de los nepes. Los bañaban, les daban de comer, los dormían en la hamaca, arrullándolos con canciones rancheras de Javier Solís y boleros de Julio Jaramillo y Felipe Pirela. Los mantenían arregladitos desde la mañana, cuando les cambiaban sus pijamas por ropitas de *entrecasa*, y a las 4 de la tarde los vestían con ropa *de salir*, aunque permanecían dentro de la casa, asomados a la ventana, agarrados a las rejas, olorosos y bien peinados, con el copete de medio lado, los varones, y maticas de coco, en mitad de la cabeza, las hembras.

Los cumpleaños comenzaron a celebrarse con tortas, piñatas y gelatinas. Las visitas al pediatra se hicieron una costumbre y no solo en emergencias. La señora Inés se informaba de las últimas modas y tendencias. Se hizo asidua de revistas de variedades, tanto, que los nombres de los niños ya no salían del santoral, ni de las raras combinaciones influenciadas por la cultura petrolera, ahora eran tomados de las novelas de Corín Tellado.

Influenciada por figurines de corte y costura, Inés cambió su apariencia, modernizó su vestuario, se maquillaba, se depilaba las cejas, elevó su peinado. La decoración de la casa cambió. Ahora las plantas ya no estuvieron en el solar, sino que adornaban la sala en grandes materos de granito; los retratos de los abuelos y los niños fueron cediendo espacio a reproducciones dudosas de pinturas expresionistas y naturalezas muertas que, enmarcadas en dorado, decoraban el comedor de la casa, que se hizo más grande y formal con la adquisición de un monumental juego de mesa y ceibo. Una espectacular vitrina, que ahora protegía cosas que de pronto comenzaron a ser valiosas, como las copas de cristal, las dulceras y las jarras de porcelana, que nunca se usaban, sino en fechas señaladas, o en ocasión de visitas importantes, como las que recibían anualmente los compadres y sus familias, que habían dejado en la zona petrolera, a pasarse *una semanita* con los ahijados. Atónita, sabiendo lo que le esperaba, Inés veía bajarse de las camionetas rancheras, una chorrera de tripones que entraban corriendo, lo que resultaba en un desmadre de muchachos por toda la casa, haciendo

fila para el baño, durmiendo amorochados, el piso alfombrado de colchonetas por doquier, haciendo turnos para la comida, mientras la abnegada Inés en la cocina, metiendo al horno 20 plátanos maduros, y un colosal arroz con pollo que terminaba regado en la mesa del comedor, como resultado del empeño que ponían tan *distinguidos* visitantes en sacarle los vegetales.

La modernidad lo cambiaba todo. De pronto, la penca de sábila, cubierta de telaraña que estuvo durante años a la entrada de la cocina, desapareció, al igual que la estampita enmarcada de la Virgen del Carmen, que permaneció por tantos años encima de la puerta de la casa, que ahora mostraba un moderno crucifijo de madera. Igual suerte corrió la antihigiénica e insegura cocina de kerosene, que fue reemplazada por una moderna a gas con horno y plancha para asar arepas! Y como si de un verdadero milagro se tratase, la familia no salía de su asombro con el maravilloso invento de la licuadora. Todos en la casa se hicieron tan adictos a las merengadas de cambur, y por lo tanto rápidamente comenzaron a verse gorditos. Y qué decir de la octava maravilla, *el ayudante de cocina*. Así se llamaba un equipo mágico que era capaz de moler cualquier cosa que se le metiera y que, por supuesto, fue la felicidad colectiva, porque ya no tendrían necesidad de madrugar para moler el maíz en el molinillo manual.

Con la llegada de un moderno tocadiscos, hubo música en la casa. Desde la mañana empezaban a sonar bandas de jazz, que eran las preferidas de Diógenes su padre. Todavía suena en su memoria el eco de *In the Mood*, que una y otra vez escuchaba hasta caer la noche. Su madre prefería cantantes locales. Le encantaba Chelique Saravia, quien tenía de moda una canción que Celia Aurora no se cansaba de tararear, como no podía ser de otro modo pues se llamaba *Ansiedad*, muy acorde con su temperamento. Cambió hasta el sabor de la comida. Llegó la salsa inglesa y se quedó para siempre, la mostaza, la salsa 57, los encurtidos en vinagre; y, más adelante, llegaron las bebidas gaseosas, los cereales y los flanes de cajita. Sin embargo, no todas las innovaciones convencían a Inés. Pasó mucho tiempo para que aceptara la harina de maíz precocida, no le gustaba, le parecía pegajosa y sin sabor. A Celia Aurora siempre le llamó la atención que su madre se plegara a los nuevos inventos pero sin creer mucho en el asunto. Se negaba a leer las instrucciones de las latas y los componentes de los productos. Para ella, todo lo que dijera *enriquecido con vitaminas y minerales* era mentira. Se asomaba a los cambios, pero con cierta desconfianza. Ejemplo de ello era que Inés no terminó creer en la ciencia, en los psicólogos, en ningún tipo de publicidad, en las soluciones rápidas, en las combinaciones de lo dulce con lo salado, como el de las galletas Club Social, en los platos fríos, sobre todo después de los calientes. Si llevaba los niños al pediatra, miraba con desconfianza el récipe, administraba los medicamentos con desazón, cuestión que le causaba a Celia Aurora una cierta curiosidad e inquietud.

Ese entrar y salir de la modernidad le parecía una inversión del mundo de los misterios de sus abuelos. Lo que para ella era y sigue siendo hasta hoy día un verdadero misterio, representado en el milagro de la televisión, del teléfono y aun más los celulares, el vuelo de los aviones; para su madre los artilugios que no entraban en su mundo no le causaban asombro aunque los llegara a utilizar, era como si, bueno, *ya que están aquí...* , como si el progreso de la ciencia no le generara mayor curiosidad, ni le resolviera más problemas de los que ella podía controlar desde su mundo anterior, primario, en el que tenía más fuerza de curación un guarapo de papelón caliente con limón para sudar una fiebre, que un antibiótico.

A partir de ese momento y hasta muchos años después, cuando ya dejó la casa materna para ir a la universidad, Celia Aurora vivió en ese mundo escindido, entre una modernidad agarrada con agujas y una mentalidad arraigada en el cerrado mundo de las pocas palabras, de lo no conversado, de lo no discutido, de lo no expresado ni acordado. Y como siempre, terminaba preguntándose por qué ella tuvo que presenciar tantos acontecimientos incomprensibles, como aquel episodio en el que su padre reclamaba a su madre pasión en la relación marital, y en los muchos en los que Inés, roja hasta las orejas por los celos, reclamaba respeto a su condición de esposa legítima y bendita por el sacramento del matrimonio.

Celia Aurora se culpaba, al considerarse una espía, pero no, años después lo vio claro, esa memoria abigarrada y no compartida con sus hermanos muy cercanos a ella por sus edades, la había adquirido porque fue muy enfermiza desde niña, debido a una propensión a la inflamación de sus amígdalas, por lo cual su madre la trasladaba a su cuarto, a su cama, al centro de la intimidad conyugal, para prodigarle tratamientos caseros, lo que significaba una oportunidad privilegiada de tener a su madre cerca de ella, de sentir su cariño y que una vez restablecida llegaba a anhelarlos, porque muy pocas veces su madre tenía tiempo para atenciones mimosas.

Por eso, la escuela primaria llegó a ser un refugio, una forma de huir del sinsentido del mundo adulto. Tratando de tomar distancia, volvía su atención al difuso y almibarado mundo de sus compañeras de estudio, pero enseguida se convertía en la convidada de piedra, se limitaba a observar esa visión bobalicona de un mundo dual, muy cerrado, con una mentalidad estamental, una sociedad escindida, aparentemente tranquila pero, como comprobaría años más tarde, con la procesión por dentro. Un colectivo que gravitaba entre el recelo que producía ser uno más de la masa y la desconfianza que irradiaba pertenecer a esa nunca bien ponderada, denostada y fementida élite ganadera, aunque finalmente no fueran tan diferentes, porque como alguna vez le oyó decir a su padre, *al final todos comemos suero con carotas y a pie o en carro, Carora llega hasta la Palmita...* y como

quien agarra impulso, con denuedo se preparaba para rechazar cualquier intento de intromisión en su lógica íntima del mundo, en sus memorias de olvido, en sus legados involuntarios. Entonces se quedaba ahí, escuchando entre divertida y encocorada, la charla de sus amigas sobre las últimas noticias de la crónica social, publicada diariamente en el único periódico de la ciudad y que nadie dejaba de leer y comentar, como lo hacían su madre y su tía Minena en la cocina, mientras preparaban el café con leche con pan piñita que merendaban todas las tardes del mundo....

...ayer llegó a Carora Doña Margarita H. procedente de Barquisimeto. Don Atanasio R. será intervenido quirúrgicamente y acaba de ser internado en una Sala Especial del Hospital General San Antonio....la niña Mirna O. será bautizada este viernes, en la Iglesia de San Juan a las 11 am. Son sus padrinos D. Eusebia C. y Don Carlos H., tíos de la primogénita...



Capítulo III

La belleza en asedio

Todavía a sus cincuenta años, mientras remolca su mirada hacia el pasado impelida por su propia novela, Celia Aurora se pregunta qué es la belleza. Arrojada, abre su memoria a ese lugar y tiempo en el que la belleza simplemente estaba ahí, una presencia mimetizada, una expresión natural del paisaje sin referentes extraños que la hicieran objeto de perfección, simplemente estaba ahí, real en cuanto se posaran la mirada sobre ella.

De regreso a su ciudad, después del año sabático, sentada en su pequeño estudio, moviendo con lentitud un carmenere al caer la tarde, absorta ante una imagen de Frida Khalo que adquirió mucho antes de que fuera convertida en marketing, observando en ese rostro duro, la templanza y severidad que ocultaba el gesto dulce que enamoró hasta la locura a su pintor; no tuvo que esforzarse por retomar las imágenes del pasado que la asediaban desde sus últimos días en Santiago. Volvía la urgencia, la risa que lleva al llanto. Ahora estaba allí, dispuesta a escuchar el tono de su propia voz, desde el susurro hasta el grito, descubriendo y descubriéndose, recreando sus propios ademanes, sus gestos, sus miradas, hasta que la conmovió la certidumbre de que la belleza es transfiguración que transita entre el acercamiento y el alejamiento y se estabiliza, sólo cuando se logra

reposar la mirada en en lo placentero, en la armonía. Es sentirse vestida sólo con un perfume o con un vestido de verano.

Desde ese sillón, como quien elabora acrósticos, fue desprendiendo una a una las alegorías que en algún momento comenzaron a desdibujarse, las imágenes de la nueva y perfecta belleza que asediaban su entorno presente para ir tras las de su adolescencia. Qué diferencia. En aquellos tiempos, la belleza corporal no buscaba la perfección, no estaba negada de antemano. Estaba incorporada de manera natural al movimiento, a la expresión y a la actitud; era un embellecimiento por etapas, un aire, como la pensaba Cousin, o como la percibía Schelling. Por muy poco agraciada que se fuera en la niñez, al alcanzar las primaveras era como si te remiraras y te remiraran, era el momento mágico *dar la vuelta*. Las quinceañeras tenía plena conciencia de esa feliz metamorfosis y, ella no fue la excepción, la nueva imagen fue celebrada, no sólo con el cambio en su guardarropa.

Como si se tratara de un ritual de iniciación, la madre le mostraba, orgullosa de su destreza como costurera, los nuevos modelitos que le eran permitidos lucir a partir de ese momento. Un discretísimo escote, corte entallado que podía llevar sin medias cortas, un ligero polvo facial, un suave labial, daban la apertura a los pretendientes ya explorados y evaluados por los ojos experimentados de su abuela. Pero, en el caso de Celia Aurora, ya ganada y difundida su fama de sus buenas migas con los adultos, el camino de la seducción no se dejó al azar y, antes de que se viniera a dar cuenta, ya estaba oficializado que recibiría la visita de 6 de la tarde a 8 de la noche en el sofá del salón, tal como lo había hecho su hermana mayor, de un joven, elegido por los ojos escrutadores y al mismo tiempo conformes de su madre y su abuela. El afortunado, que bastaba con ser de buena familia, venía arrastrando la sonambulidad de sus carencias y lo más lamentable era que ni siquiera tenía conciencia de ello.

De manera que el consabido y añejo desarraigo que apretaba el pecho de Celia Aurora desde sus primeras memorias, dio paso a otra dimensión: la inmensidad acechante, el compromiso y la culpa por mantener una apariencia de conformidad que, para la época venía siendo la felicidad. Sin atreverse a exponer su rebeldía, se acurrucaba cada noche en su cama, ahogando el llanto para no despertar a sus numerosos hermanos con quienes compartía la larga habitación, que en otro tiempo había sido un gran corredor, el cual tuvieron que acondicionar para dar espacio a la numerosa prole.

No era para menos, Celia Aurora no llegaba a cumplir sus trece años y el novio asignado pasaba los veintidós. Pedro Luís no era un mal hombre, al contrario, se desvivía por complacer sus antojos de adolescente, imbuida en la misma precariedad que él, pero quizás con la mirada más larga. Una vez Celia Aurora le comentó que le gustaría leer novelas y, sin esperar que terminara la frase, ya venía con un paquete de las tan populares fotonovelas por las que morían todas las jóvenes enamoradas de la época, que leían ávidas y las intercambiaban con la esperanza de emular esas vidas, de ser protagonistas de las mismas aventuras y llegar a vivir la misma pasión que esas historias transmitían: *camino a la felicidad, todo por ti, juramento de amor, amor eterno*. Cada jueves, títulos como éstos eran esperados ansiosamente por las novias delirantes y ¡ay del novio que no cumpliera religiosamente con regalárselas! no había joven que se preciara de su abnegación y fidelidad, que pasara por alto tan tierno detalle. Llegaron a convertirse en una obsesión, y las protagonistas en íconos de la moda que se empeñaban en seguir, aún a riesgo de su propia salud.

En una ocasión, su madre sorprendió a su hermana mayor poniéndose una correa muy ancha en la cintura directo sobre la piel, y cuál no sería su asombro, cuando le confesó que llevaba más de dos meses usándola para moldear su talle. Incredula, quiso indagar más sobre tan brutales secretos de belleza, y la amiga le confesó que eso

no era nada, que ella llevaba varias semanas tomándose unas gotitas de kerosene en las mañanas para eliminar grasa, que era magnífico; perpleja, Inés tuvo que sentarse en la cama, tratando de dar sentido a lo que estaba escuchando, pero cada confesión aumentaba su tribulación: que se embadurnaban la planta de los pies con limón para que cortar la menstruación, que ponerse orina de bebés era excelente para tratar para el acné; adquirieron la costumbre de dormir sentadas para no estropearse el peinado enlacado, cuidando de que no se les saliera la pelota de anime que se colaban para darle altura al moño, el martirio que sufrían para que no se les *fuera* las medias de nylon, rezándole a la virgen y buscando brillo de uñas para detener la fuga, ¡ay mi madre! ¡cuánto sufrimiento!, y encima tener que llegar al baile todas descompuestas, trasnochadas, ojeras por el rimel corrido y las piernas como picadas por sietecueros por las marcas del esmalte, y por fin, vino a saber Inés por qué desaparecían de su despensa el aceite, los aguacates y los huevos, todos iban a parar en sus cabezas porque resultaba una mezcla extraordinaria para la sedosidad del cabello. Por último, quedó tan turbada que no se había dado cuenta de que tenía en su falda una gallina a la que estaba retorciendo el pescuezo para la sopa que serviría de almuerzo ...*espérenme aquí, tenemos que hablar....*

Era solo cuestión de tiempo. Desde lo más profundo de su ser afloraba la idea de que en algún lugar del mundo debía existir otra vida, más real, más auténtica y libre, sin atajos, ni apariencias, sin la futilidad del mundo semiurbano, reciente y promiscuo. Estaba segura que entre ese mundo y el diáfano y carente de sus abuelos, tenía que mediar la Arcadia imaginada y que sólo ella tendría que construir. Pero estaba claro que había que esperar. No era el momento de entender y aceptar el mundo. Entonces, volvía sobre sus pasos y como impulsada por la impotencia, retomaba su lista para dejar sentada la curiosidad imperecedera por ese mundo bizarro que no la abandonó nunca, pero esta vez, revestida de una inquietud atropelladora, demoledora, anuladora...mirar a la gente, meterse en su mente y en su espíritu, mirarlos hacia adentro, *en qué estaba pensando esa gente...compromiso y culpa, culpa y compromiso*, cómo la desgarraba ese binomio. Afortunadamente podía ir en búsqueda de la belleza, como una salvación tanto para ella como para los otros. Empezó la tarea como un llamado, como una vocación, como un apostolado. Percibir la belleza, descubrir lo bello, le pareció el camino de la salvación. Esa búsqueda que hasta el día de hoy, mientras aspira el aroma de su carmenere, tiene como el objetivo de vida más claro y contundente, la búsqueda de la armonía emocional, afectiva, intelectual. Esa y no aquélla que le inculcó su abuela en las interminables procesiones de semana santa, en el rezo de cada noche del ángel de la guarda, en la bendición solicitada cada mañana, cada noche, cada saludo, cada despedida, a su madre, a su padre, a sus tíos y abuelos, en las confesiones semanales de sus pecados veniales, en las innecesarias promesas de buen comportamiento

frente a la imagen de la virgen de Coromoto, con la esperanza de obtener tanto el permiso para un baile o unos zapatos de tacones, como la salvación que acerca el cielo y aleja del infierno. Tenía que conocer el amor.

No obstante, a pesar de la claridad prístina de su mundo interior, el sentimiento de culpa no la abandonó; el compromiso se convirtió en su norte, en portador de disciplina, en el reemplazo del maestro. Y como quien cae al fondo de un precipicio, terminó sintiendo que la inmensidad, antes etérea, ahora tenía peso y, en ocasiones, hasta identidad. El rostro de Pedro Luís se le confundía con el de Josejuan, quería salvarlos aunque de manera distinta. Para ella, la salvación de Josejuan era proveerle un mundo más allá de la inocencia originaria, si es que somos capaces de imaginar una preinocencia, a la vez que aprendía de él a leer las nubes. A Pedro Luís quería depurárselo, librarlo de esa terrible ignorancia que crece como la hierba inserta en las profundidades de la tierra, en la ingenuidad del creyente. ¡Oh, qué difícil ha sido para Celia Aurora enfrentar las creencias! Por supuesto, tuvo más suerte con el primero. Para Josejuan todo era nuevo, pero además limpio, y aunque sus palabras no lo expresaran, posaba su mirada sobre la poesía, ésa que lee el mundo a partir de la sensibilidad. Con Pedro Luís la cosa era más complicada. El gran obstáculo no era que tenía que enseñarlo a posarse sobre la poesía sino, sobre cualquier cosa. Era incapaz de observar su entorno, de ver entradas si no había puertas. Sus pequeñísimos ojos iban y venían en un nervioso pendular que no se detenía en nada, mucho menos en lo

que su imaginario registrara como absurdo, verbigracia, la poesía, el paisaje, la pintura que para él venían siendo *zoquetadas*, cosas de *maricos*. De hecho así se expresaba cuando se refería al dulce Josejuan.

La última noche que pasó en su saloncito austral, los recuerdos irrumpieron y se instalaron en una demanda frenética de atención. Alcanzando la aurora, con una sonrisa dibujada en su cara, entre las capas de su memoria viajera, tuvo que aceptar que no había escapatoria, que si no abría la puerta al pasado seguiría rondándola, tenía que dejarlo entrar para hacerlo libre.

Serían las últimas vacaciones que Celia Aurora pasaría en el caserío de su abuela. A su regreso ya estaba dispuesto que no entraría ese año a la secundaria porque las condiciones económicas de la familia estaban en estado crítico y, por lo tanto, debían mudarse a la casa de la hacienda para reducir gastos. Sólo se quedaría su hermana mayor hospedada en casa de unas primas de su mamá porque ya había entrado al segundo año de bachillerato.

Mientras avanzaba el trayecto a casa de sus abuelos, sus pensamientos no se detenían. Pensaba en los secretos y misterios que le sonsacaría a su abuela y en el olor del dulce de leche de su cocina. Por mucho que intentara quedarse con esas imágenes, tercamente su pensamiento se iba a hasta la figura de Josejuan. Lo veía allí, sentadito en la cima de una montañita cercana al corral de su abuela, de espaldas a la casa y frente a un valle ocupado por las tres o cuatro casas que formaba el poblado; se emocionaba tanto cuando ya estaban cerca que al bajar de la camioneta de su padre, corría a buscarlo, *Joosejuan, Joooosejuan, Josejuaaan*, hasta que aparecía tímido, ruborizado, sonriente en el umbral de la casa, vestido con ropas de desecho, pantalones anchos remendados por su mamá Lencha, camisas hechas con recortes que les regalaba la costurera del pueblo, con el rodete en la mano, en señal de que ya había cargado agua para el tinajero, y en la otra, una vara muy delgada, es *un garabato*, le decía. Viene a su memoria el olor de Josejuan, olía a limpio, a fresco, a él....

-¿vino con su taita?

- sí

- ¿y mi madrina?

- se quedó en Carora

-¿sí está alentaita de la pérdida?

- sí, se siente mejor

- ¿y el paso?, ¿estaba bueno el paso del Patillal?

Entonces callaba y como por pura casualidad...

-le dije a la mamabuela Lázara, que su cabra ya va a parir, piense en nombrar a la cría...,

-vamos a verla...,

-ya está apartá del rebaño, cuando amanezca...-y como arrepentido por su negativa-

-pero si quiere la llevo para que la aguaita desde la cerca...

-sí, sí vamos.

Caminado a su lado le iba retirando con su garabato todos los obstáculos que se presentaban: tunas, troncos, unos gusanitos negros que se enrollaban formando una rosca que se abría a su paso. Le

enterneecía el gesto amable sin pretensiones. Trasmitía la seguridad de quien conoce y se comunica con su mundo y, de repente, caminaba más rápido para alcanzar la cerca antes que ella y, con una sonrisa amplia y desinhibida, le señalaba, emocionado, la cabra echada en medio de balidos que retumbaban en su cabeza...

- ¿cuál es Josejuan?...,

- aquélla, la lamparozza aquélla

- ¿la lámparo qué?...

-la del pescuezo más largo, mírela la marrona, manchada...; entonces la veía, ¿cómo podía distinguirlas? eran todas iguales, y de pronto,

-yo creo que su mamabuela ya le cocinó el atol, hace rato que le lleve la totuma de leche...

-mire pa' rriba, en lo que dejemos de aguaitar el humo que sale de la cocina hay que ir buscando las velas.

En momentos como éstos cuando Celia Aurora conocía y experimentaba la belleza, una conversación sin consecuencias, sin segundas partes. Fue mucho después cuando vino a recordar que Josejuan nunca se interesó por el mundo de ella, nunca tuvo curiosidad por saber qué había detrás de aquellas montañas...

-vamos a tomar atol Josejuan y luego subimos la mantaña...,

-vaya uste, voy a terminar de remendar el chinchorro antes de que caiga la noche y apúrese, no vaya ser que tengamos que ponerle un sonajero...

Entonces volvía a mostrar esa sonrisa que era toda su verdad, todo su patrimonio, y haciendo un esfuerzo por traer a su mente la imagen de su predecible y fatuo novio, vino a caer en cuenta de que no había tenido una conversación parecida con él y en el intento de descubrir una luz en su mirada, lo único que alcanzaba a sentir era el mareante aroma del Pino Silvestre y a oír una voz adulterada que le preguntaba *¿le gustó la novela, mamita y el Jean Naté que le dejé con su mamá?* entonces volvía a sentir el ya inveterado escalofrío *¿qué hago aquí?*

El regreso a su casa no pudo ser más desconsolador. Sabía que no volvería en mucho tiempo y temía perder la amistad de Josejuan. Quería permanecer cerca de él para protegerlo de la concupiscencia. Esa larga temporada que pasaría en la hacienda de su padre podía significar no sólo la separación de su abuela, sino el resquebrajamiento del encanto sutil de la belleza desarmada, sin arrogancias. Pero al mismo tiempo ¡era la oportunidad perfecta para terminar con Pedro Luís! Sí, terminar con ese absurdo, con esa culpa que no la dejaba vivir y con el terror que le causaba imaginarse una vida con él, sobre todo después de una conversación que alcanzó a escuchar entre su madre y su abuela en la última temporada que ésta vino a cuidar la cuarentena de su madre...

...en el camino de venida Pedro Luís me dijo que quería cruzar aros..., ¿ya?, tan pronto..., si dice que para qué esperar más, ya los tiene comprados, dice que le está yendo muy bien con los puercos..., humm, yo veo que está manejando muchos billetes de a cien, a lo mejor necesita una mujer que se los atase y como Celia es tan fundamentosa...ay Dios, habrá que apurarse a enseñarla a planchar bien los cuellos y los pliegues de los pantalones, imagínese, si todavía no se aplica a estar pendiente de meter la ropa almidoná cuando viene el aguacero...

Un escalofrío agudo corrió por sus venas, no por primera vez, pero éste era diferente. Era el propio escalofrío del terror. Nunca antes había pensado en lo bueno que resultaba estar avizorando las conversaciones de los adultos. En esa oportunidad, estar al acecho le salvó la vida, aunque una vez más no pudo contener la frustración ni dejar de ofuscarse al escuchar que la gran preocupación de su madre no era lo delicado, inhumano y cruel que podía resultar matrimoniarse a una niña, sino que había que apurarse a prepararla para atender la ropa de su futuro marido, porque imagínese ¡no estaba pendiente de meter la ropa almidonada! Situaciones como esas eran recurrentes y no dejaban de defraudarla y, al mismo tiempo, de entristecerla porque en el fondo era simplemente otra manifestación de conformidad. Por eso, más allá de la rabia que la embargaba, no podía dejar de pensar que también tendría que salvar a su madre.

Durante las siguientes dos semanas, Celia Aurora se dedicó a pensar en la mejor manera de terminar con su noviazgo. Sola, sin atreverse a contárselo a su hermana, planificaba la estrategia: se lo diría en un parque como en las fotonovelas, no, en un parque no, además de que no había uno cerca de su casa, tendría que pedir permiso para salir y no se lo darían sin ningún pretexto. Aprovecharía la salida de misa, pero él no iba con regularidad y, cuando lo hacía, se dedicaba a contarle a su abuela los últimos acontecimientos del pueblo, como aquel día en que se quedó atorado en mitad de la quebrada El Patillal, la más temida de todas, y cómo logró sacar la camioneta arrastrando un mecate con sus dientes, toda una proeza.

Luego pensó en esperarlo en el puente que llevaba a la otra banda, que obligatoriamente pasaba todos los días. Pero se imaginaba allí, en medio de un montón de camioneros, pasajeros, vendedores ambulantes, tiendas de productos agrícolas, una abigarrada calle que con toda legitimidad llamaban la calle Comercio. No, tampoco era el sitio ideal. Entonces lo tuvo claro, le escribiría una carta, pero redactada de manera que entendiera que estaba terminando el compromiso aunque con tal suavidad metafórica y candor que le doliera lo menos posible, cosa nada fácil, una tarea como para encomendársela a Joseph Conrad, sin embargo se atrevió. Años después, contándole en medio de risas el episodio a una amiga, se preguntó de dónde había sacado semejante frase, entonces se imaginó que había sido legado del discurso que Hortensia le daba todos los viernes en la reunión de las Hijas de María:

Pedro Luis, te voy a contar la historia de una muchacha ingenua y tímida que nunca se atrevió a desilusionar a su enamorado diciéndole a tiempo la confusión que sentía, pero algo pasó en su mente, algún aviso debió sentir que se dio cuenta de que tenía que hacerle saber que no podía seguir así. Sé que eres un buen hombre y sé que conseguirás una gran mujer, yo todavía no lo soy, espero me sepas comprender y perdonar...lo que hoy vemos con el corazón abatido, mañana lo entenderemos con el espíritu sano. Con mucho aprecio, Celia Aurora.

No había pasado una semana cuando Pedro Luís, furioso, se presentó en casa blandiendo la carta y, trémulo, llegó hasta la cocina donde Inés amasaba las arepas...

-¿qué es esto, Inés?, alguien tiene que cumplir su palabra...si ella es tan histórica, como dice esa carta, tendrá que saber que eso no se le hace a un hombre...

-yo no sé nada Pedro Luis, ella nunca me dijo que te iba a escribir esa carta. Voy a buscarla...

Se había escondido en un rincón del gran escaparate. Aterrorizada, escuchó con sorpresa y agradecimiento cómo su hermana, quien siempre tuvo una gran influencia sobre sus padres, rogaba...*dejé así mamá, lo que hizo Celia Aurora es lo mejor, ése no es hombre para ella...*y de ahí en adelante sólo escuchó pasos que entraban y salían, y permaneció allí, acurrucada, hasta quedarse dormida en la oscuridad del escaparate. Nadie vino a sacarla. Nadie le preguntó cómo se sentía. Y, durante casi una semana, su madre no le cruzó palabra, ¿asunto olvidado?

A partir de ese momento se entregó, rabiosa, a su lista de vida, como buscando el olvido en la memoria. Como si quisiera proteger su identidad, tratando de enfatizar *quién soy*, iba anotando lo que quería

sentir, convenciéndose de que el único olvido efectivo es el que se hace lentamente, pues quien olvida rápido le echa tierra a la culpa, pero aviva el compromiso. Pero ¿a quién le comentaba esos pensamientos? Sus contadas amigas estaban entretenidas leyendo fotonovelas, y los adultos y ancianos de su casa estaban muy cansados para escuchar y muy *conformes* para actuar. Afortunadamente en cuestión de días estaría en La Tablonada, allí al lado de su padre, se entregaría a la nada, al goce del paisaje que recorrería en el caballo que Daniel, el fiel capataz, le ensillaría cada mañana.

Volvería a descubrir la belleza, ésa que perdura en una mirada, en la cadencia del habla, en la singularidad de la imagen corporal, tan escasa y, al mismo tiempo, tan deseada en este presente globalizado y estandarizado en el que rememora estos episodios. Entre idas y venidas de memorias fragmentadas y acuciantes, recordó que en aquella juventud prematura, o adultez adelantada, con sus días de incertidumbre y desasosiegos, fue recurrente el rostro de su abuela que se le presentaba de pronto, como acudiendo a un llamado, tan nítidamente como ahora, en esta especie de lagar en el que se ha empeñado en separar los hollejos de las pulpas y que el paso de los años no ha logrado despejar. Dejó de ver a Lázara con asiduidad cuando entró a sus estudios universitarios. Después, sólo en muy pocas ocasiones pudo acercarse hasta la casa de la tía Minena, quien la cuidaba en su larga agonía. Cuando murió, ya Celia Aurora había tenido su primer hijo, a quien no conoció. Llegó justo en el momento

en que cerraban la urna y pudo ver, de nuevo, la efigie de facciones muy finas, y comprobó su belleza aborígen, primitiva, cuya serenidad parecía agradecer su tan esperado viaje al reino de los cielos, que sabía lo tenía bien ganado. En ese instante se le encogió el pecho con un dolor profundo por no haber estado allí a tiempo para escogerle el vestido para la partida, quedando con la frustración del compromiso no cumplido.

Ir a vivir en la finca de su padre significaba para Celia Aurora una oportunidad de acercamiento, le emocionaba la idea de conocerlo más de cerca. En la trilogía del mundo femenino -madre, abuela, tía-, la figura de su padre estuvo en una dimensión desconocida, solo conocía lo que le dejaban ver. Siempre la mantuvieron alejada de él como era normal en familias signadas por la autoridad inveterada de la figura paterna. Lo veía desayunar solo muy temprano- llegó a pensar que el queso amarillo importado y las aceitunas sólo las comían los hombres-. Muchas veces tuvo que contener el impulso de acompañarlo, pero la mirada a tiempo de las mujeres indicaba una negativa pues no estaba presentable para sentarse a su lado. El complejo signo del pudor imponía la norma de no llegar a la mesa en pijama o *trajes menores*, por mucho que el hombre fuera su propio padre.

Cuando hacía la siesta, le gustaba mirarlo. Siempre le pareció muy atractivo, alto, fornido, con unos profundos ojos verdes. La dejaban observarlo con la advertencia de mantener silencio absoluto para no despertarlo. Si a eso se suman sus constantes viajes a la hacienda, terminaba por ser un desconocido. Aun así, no dejaba de seguirlo. Tenía un carácter alegre que perdía con frecuencia cuando tenía *dificultades*. Se le veía preocupado, caminando nervioso y fumando compulsivamente. Años después, cuando salió de casa a estudiar a la universidad, se enteró de cuáles eran esas *dificultades*.

Le gustaban sus formas suaves de comunicarse. No recuerda gritos ni estridencias. Sólo en una ocasión la trató con acritud, recriminándole que le había dado prestada a una vecina su máquina de afeitar...*pero muchacha alcalmunera, no ves que ella la va a usar para pasársela por sus partes...termina uno mariquiao...*Aunque carecía de una formal educación, escasamente había terminado la primaria, mostraba buenos modales. Tenía sentido de la prudencia. Completaba esta imagen, una inteligencia ágil para los cálculos y las máquinas. De allí la reputación que adquirió en las petroleras como excelente operador. Celia Aurora recuerda a su padre como un perseguidor de sueños, pero, al mismo tiempo, como un luchador incansable. Si se le cerraba una puerta, abría otra. No cejó en la búsqueda de su gran sueño: ser millonario. No se cansaba de repetirlo...*cuando sea millonario...* Sólo que no siempre tuvo la disciplina necesaria para lograrlo, ni la mentalidad calculadora y avara para el enriquecimiento rápido, sobre todo por las esperanzas que toda su vida puso en el juego de lotería y en las carreras de caballo, su gran pasión. Sin embargo, tenía motivos para admirarlo.

Fue el primero de su caserío y el único de su familia que tomó la decisión de irse a *buscar el mundo* más allá de las montañas, cuando el boom petrolero atrajo brazos y aspiraciones, ya no de superación, sino de sobrevivencia. El mozalbete de pantalones cortos, que a caballo rondaba el caserío vecino buscando conquistar las miradas que le escamoteaba una jovencita de primorosa y delicada estampa, logró, no solo remontar el cerco y la férrea vigilancia del papabuelo

Rafael, sino los favores de la propia niña Inés, con quien partió, unidos por el santo sacramento del matrimonio -como bien probaba la fotografía expuesta en lugar preferencial del salón- a fundar la familia en la bonanza que el brillo de la riqueza negra recién descubierta ofrecía.

Pero la vida de asalariado petrolero no era la que aspiraba a su padre, quien haciendo honor a su nombre, Diógenes, no dejó de perseguir un sueño. Nunca apagó su linterna para intentarlo una y otra vez. Esa búsqueda incesante de la prosperidad lo llevó a renunciar a su trabajo en las petroleras y a enrumbar su vida hacia sus orígenes. Volvió a la región de dónde había salido para convertirse en hacendado, al adquirir una linda finca en la que depositó, no sólo sus ahorros, sino todas sus ilusiones y expectativas.

Volvieron. Decisión que les cambió sus vidas, sobre todo la de su madre quien nunca se repuso de la pérdida de la comodidad de los campos petroleros, nunca se adaptó al cambio brusco y, sobre todo, a las libertades que se permitía Diógenes, el nuevo hacendado fortalecido y crecido antes de los cuarenta años, feliz, holgado, poderoso. Fue el regreso al mundo carente, apartado, incomunicado. Esa vuelta truncó sus ilusiones de darles estudios a sus hijos en un medio moderno y progresista. Pero sobre todo fue la certeza de que volvía a la conformidad, a la sequía, al esfuerzo no recompensado. El

martirio que quiso olvidar y desterrar de su memoria cuando hubo que salir de allí, derrotados, años más tarde y por segunda vez. Pero la realidad presente era estar nuevamente allí, en el mismo lugar, percibiendo el olor a humo y arcilla que avisaba que ya se estaban acercando al caserío de la familia paterna, vecino al de la abuela Lázara, en la primera visita que hacían desde su regreso.

Se llamaba El Cardonal y, a diferencia de Tierra Santa, éste era más poblado. La familia de su padre era mucho más numerosa. Nueve hermanas con numerosa prole, niños alegres, rubios y sucios, y esbeltísimas muchachas de ojos verdes, que salían a su encuentro porque sabían que su querido tío Diógenes llegaba cargado de regalos para todos. La generosidad de su padre quedó perpetuada en una capilla que hizo construir en el centro del caserío, amén de la ayuda constante que daba a su hermano mayor para que mantuviera surtida la única bodega de la localidad.

Celia Aurora, a diferencia de su madre, los recuerda alegres y muy laboriosos, francos y emprendedores dentro de sus limitaciones. Combinaban la cría de caprinos con la elaboración de hamacas de cabuya, tarea que era encomendada a las jóvenes, a quienes admiraba por su fortaleza y dedicación. Nunca se le borró esa imagen de estas muchachas caminando en fila por la angosta y agreste carretera, con la carga de dispopo en sus espaldas y la tinaja llena de

agua en las cabezas protegidas por un rodete, con el rostro enrojecido por el sol pero alegres y bulliciosas.

Pasó mucho tiempo para que Celia Aurora lograra precisar el sentimiento que su papá le inspiraba en sus febriles años de niñez y adolescencia prematura. De pronto, la embargaba un enrarecimiento al pensar que no era fácil traer a su memoria una imagen luminosa. Sin embargo, tenía muchos recuerdos, aunque dispersos. Quizás los más precisos eran los de su temporada en La Tablonada. No recuerda haber tenido conversaciones con él, ni en esa lejana juventud ni en su madurez. Pero, en cambio recordaba nítidamente que no lo vio conversar con Pedro Luís. Nunca le preguntó por él, qué sentía, y jamás se interesó por saber cómo y por qué había terminado el noviazgo. Pero, más adelante, lo entendió. No era desamor o egoísmo. Era confianza en su buen tino, que si bien no se lo reconoció directamente, sí lo comentaba con frecuencia a sus hermanos. Nunca la felicitó en sus cumpleaños, ni recibió regalos directos de su parte, pero cuando ganó el concurso de oposición para ocupar una cátedra en la universidad, en tono emocionado, comentó a su madre: *yo sabía que esa muchacha iba a llegar lejos, tiene madera Camacaro...*

Diógenes Camacaro murió pensando que no había realizado sus sueños, pero se equivocó. Los había realizado por partes, por entregas. En el orgullo que sentía por ser reconocido como un experto en perforaciones y en salvar los pozos petroleros más difíciles. En el empeño en que sus hijos se hicieran profesionales. En el estilo de vida sin enfrentamientos ni provocaciones. En la capacidad para superar la minusvalía de la pre-modernidad que le precedía, despojándose del machismo y egolatría de quien ve el mundo como una hechura personal, propio de quien tiene que luchar estoicamente consigo mismo, en condiciones profundamente ancladas en la precariedad. En todo caso, ese afecto ambiguo y cambiante que sentía por su padre se tornó diáfano al llegar a la hacienda. El año que Celia Aurora pasó en La Tablonada sería el primero y último. Su padre la perdió meses después. Un duro golpe para quien puso todo su esfuerzo, sus ahorros de duro trabajo en las petroleras, todos sus sueños. Allí él era el amo y señor. Era Don Diógenes Camacaro, orgulloso de su propiedad. Le gustaba divisar desde la entrada de la casa, ubicada en la parte más alta de la hacienda, el paisaje que le llenaba de regocijo y satisfacción. Con frecuencia la llamaba a su lado y, poniendo una de sus manazas en su delgado cuello, le dirigía la mirada, indicando....*¿ves allá aquel árbol alto de corozo?, ahí debajo está la naciente de donde viene el agua a la casa...y luego, ¿ves allá el planito que termina en el bosque de cotoperis?, bueno, más allá están los potreros y, más allá, es puro boscaje lleno de venados...todo eso es mío....*Repentinamente cambiaba su expresión

alegre por un rostro sombrío, taciturno, que miraba al cielo increíblemente azul y despejado, como quien busca una respuesta, una salvación.

SEGUNDA PARTE

Capítulo IV

Un hallazgo afortunado

Se fueron una mañana del mes de julio. Lo recuerda porque antes de la partida había terminado la escuela primaria, después de aprobar satisfactoriamente todas las pruebas finales (composición escrita, matemáticas y ciencias naturales). Y todavía añoraba la última fiesta del día del árbol, fue la ocasión para ponerse su vestidito amarillo de corte A, que ella misma había diseñado y cortado en un patrón de papel de envolver y cosido a mano con la puntada mágica que le había enseñado su abuela, a escondidas de su mamá, sí, a escondidas como hacía casi todas las cosas que le gustaban: remojar en agua de jazmines su sabanita de cama, ordenar su escasa ropa de acuerdo tipo de prenda (vestidos, faldas, bermudas, blusas, ropa interior y hasta los pañales en desuso convertidos en toallas sanitarias), sus mezclas de azúcar y jabón azul para limpiezas de cutis. Se esmeraba en ordenar sus recortes de vestidos, de poemas y semblanzas que aparcerían los domingos en el periódico local, la colección de flores secas, de pañuelos y encajes. Escribir en sus diarios o repasar sus listas, y leer sin orden ni concierto las rarezas que le llevaba un amigo de su hermana, que por estar inscrito en un grupo de lectura por correspondencia, y conocedor de su afición por la

lectura, le prestaba libros que leía con mucho fundamento, aunque a veces con muy poca pasión, pues su bondadoso amigo gustaba de best seller, salvo la vez en que le llevó la primera edición de *Cien años de soledad*, que devoró con curiosidad desenfrenada, una y otra vez hasta entender ese mundo tan lejano y cercano al mismo tiempo

Para llegar a La Tablonada había que tomar la reciente carretera que unía dos de los estados más importantes del país por su creciente y dinámica actividad económica ganadera y petrolera. Era la famosa y temida Lara-Zulia, cuyas márgenes mostraban, en esa época del año, el impactante paisaje de frescos bucares, altos samanes y araguaneyes en flor que les daban la bienvenida. Celia Aurora disfrutaba su belleza acomodadita en la tolva de la pick up, al lado de sacos de alimentos en conservas, pipotes de melaza para las vacas, rollos de alambres de púas, bultos de maíz picado para las gallinas, sacos de sal en grano, latas de manteca, racimos de plátanos verdes, pacas de arroz y harina de maíz y las infaltables conservas de leche, coco y tapatapa que a su padre le encantaban. Todo un arsenal para estar abastecidos el mayor tiempo posible.

A mitad de camino, su padre hacía la parada imprescindible en el kiosco del señor Fidel, un personaje misterioso, agazapado y rencoso, a quien su madre no saludó ni miró en todo el tiempo que estuvieron allí. El hombre no se reía, pero cuando lo hacía, no dejaba

indiferentes a sus interlocutores porque lo que mostraba era una verdadera mazorca mal mordida. Sin embargo, los niños y ella esperaban ansiosos esa parada para comer unas empanaditas mínimas de caraoatas con queso blanco y de carne molida, que ofrecía con jugos de chirimoyas, mamones o agua de avena y coco. Recuerda a sus padres sentados en un inmenso tronco de samán, saboreando en silencio el rico manjar, evitando encontrar sus miradas, absortos en no se sabe qué pensamientos, creando a su alrededor una atmósfera inquietante, incómoda, enrarecida, cuyas señales impactaban el ánimo de Celia Aurora ante la certeza de que algo no andaba bien, pero sin lograr saber de qué se trataba.

Ese día, hasta los hermanos menores estuvieron callados y tranquilos. En algún momento pensó que venían mareados porque no les habían puesto el periódico doblado en el pecho. De manera que prefirió caminar por los alrededores bajo la tibieza del sol mañanero, observándose a sí misma en la larguísima figura que a contraluz dibujaba su sombra, presintiendo que ese año sabático sería propicio para volver a su mundo interior, aunque no iba a ser fácil, pues no sólo tendría que replantearse sus cuitas de adolescente, sino también las que indudablemente agobiaban a su madre y que no tenía intención de ignorar, menos ahora que tendría todo el tiempo del mundo para volver sobre sus andanzas espiatorias.

Años después, mientras escuchaba una canción de Fito Páez, se detuvo a meditar en una frase que le resultó reveladora *la sabiduría llega cuando ya no te sirve para nada...,no se puede evitar, todo lo que pasa nos conviene son las reglas del destino...* sin embargo, Celia Aurora pensó, desde su presente, que no podía compartir las amadas y desgarradas letras de uno de sus cantantes predilectos. A lo mejor, simplemente no llega nunca o lo hace camuflada y no te detienes a saborearla, porque si hay algo seguro es que cuando llegar franca y abiertamente, la aprovechas. Muchas veces a ella la sabiduría se le presentó desdibujada, borrosa, y se hizo sentir en cada escalofrío, en cada inconformidad, en cada interrogante, en cada desgarramiento y rabia ante el contrasentido, la estupidez, la estridencia en todas sus expresiones, la falsedad, la ceguera, la sordera, la terquedad. Era mismo escalofrío que recorrió su cuerpo aquella mañana en el claro de bosque en el que estaba el kiosco de Fidel, ante la sensación de inquietud y desazón que producen las premoniciones. Fue como si algo le alertara, para saber llevar y comprender los sucesos que estaban por venir, como en efecto sucedió. En ese momento, eran tres almas unidas por los remolinos de sus propios pensamientos. Los de ella, los de su madre y los de su padre. Y los tres se habían fijado el mismo propósito: reencontrarse consigo mismo, mirar sus interioridades, buscar respuestas a las preguntas no pronunciadas, pero que llevaban clavadas en sus miradas.

La vida cotidiana en la hacienda fue más divertida de lo que Celia Aurora había pensado. Como era de esperarse, se levantaba muy temprano al escuchar los mugidos de las vacas que ordeñaban cerca de la casa. Apenas lavaba su cara y corría a la vaquera donde la esperaba su padre para darle una taza de leche espumante y tibia, recién ordeñada. Se la iba tomando lentamente, subida en las barandas de la vaquera, desde donde observaba el trajín que se formaba ante la resistencia de los becerros que no se dejaban destetar, se pegaban a esas ubres entre el barullo que formaban los peones silbando y llamando a las vacas por su nombre con una cadencia que ella nunca logró imitar... *tranquila rubia, vamos blanquilla, vamos, por acá mora*, y así con todas, que si la linda, la lucera, la castaña, la mariposa, la mocha.... Antes de que la faena terminara, ya estaba en la casa de los peones, donde Eloisa, la cocinera, preparaba un sencillo pero potente desayuno que consistía en unas inmensas arepas de maíz pelado del tamaño del budare, sardinas en *salsa roja*, tapara de suero y picante de por medio y un café clarete, que era más bien un guarapo. Nunca dejó de sorprenderla que aun teniendo una mesita en la cocina y un mesón en el corredor, nunca lo usaron. Preferían sentarse en el piso de cemento pulido, con los pies estirados hacia delante, comiéndose esas migas con las manos, mientras escuchaban con atención el programa de radio mañanero que a diariamente transmitía la emisora de la ciudad, dirigido a la zona agrícola del estado para enviar mensajes de saludos,

peticiones y urgencias a los campesinos, desparramados por los lugares más alejados e inhóspitos de la región.

Todos quedaban paralizados durante la hora del programa, en espera de alguna noticia que les interesara. A esa escucha se sumaba ella, entre divertida y maravillada por el tenor de los mensajes que el locutor leía, con voz de pastor evangélico:

Atención, atención, se le informa al señor Atilano Bracho que su hijo Serveriano no podrá regresar hoy a la finca porque tuvo una emergencia por la extracción de una muela, cuando rebaje la hinchazón estará de vuelta....

Atención, atención, se le informa a la señora Eudocia Camacaro que su hija acaba de traer al mundo a una pequeña niña y que, tanto la madre como la criatura se encuentran en buenas condiciones; por ahora permanecen en una sala general del Hospital San Antonio de esta ciudad.

Atención, atención, se le informa a Don Ernesto Riera que le diga al capataz que no se consiguió el medicamento para la cura del potrillo, de manera que debe tomar las medidas necesarias.....Igualmente se le informa al mismo Don Ernesto que sólo se consiguieron tres rollos de alambre, aviso que remite Mano Chano...

Atención, atención, al señor Epifanio González, en La Tablonada, que su hijo Cheo FUE RECLUTADO por el ejército, que se apersone con ropa y documentos, antes de su traslado, que será inminente....

Mano Epifanio era uno de los peones más antiguos de la hacienda. Al escuchar la noticia, soltó el plato de comida y fue corriendo a informarle a Don Diógenes, quién en ese momento se estaba sentando a la mesa para el desayuno y, en medio de un temblor, con el terror dibujado en su rostro, le dijo:

-Me lo agarró la recluta Don Diógenes, a mi muchacho se lo llevan...

-¿no sabe a dónde lo trasladan?...

-sí, a la inminente...

-¿a dónde? y eso ¿qué es?...

-no sé, mi don, pero tengo que ir a ver del...

-pues yo lo llevo, cámbiese de ropa, mientras caliento la camioneta...Danieel, Danieel, cómo estamos de melaza, voy al pueblo...

Salieron rápidamente, todos mirándose entre sí ante la certeza de que no volverían a ver a Cheo en muchos años, pues no tenía cómo justificar excepción, ya que ni era sostén de familia ni tenía

impedimento físico. De manera que ese día, el desayuno terminó en medio de la incertidumbre sobre el destino que le esperaba al pobre Cheo, mientras la radio elevaba por el aire los cadenciosos acordes del ritmo orquídea, tan escuchado en esa época en las voces prodigiosas de Mario Suárez y Néstor Zavarce, cantantes populares y aclamados por melodiosas canciones como *Moliendo café*, *Tibisay* y *El pájaro chogüi*, la mayoría del legendario Hugo Blanco, dueño del ritmo, del arpa, el cuatro y los *palitos*.

Por eso el aparato de radio era tan importante en la hacienda. Era uno más en las reuniones de los peones durante las comidas y al atardecer. Recuerda con gracia un chiste que contaba su padre cuando apenas comenzó el uso de la radio. Los ancianos pensaban que las voces que salían del aparato se activaban al encenderlo y cuando ya caía la noche, se preocupaban y se apresuraban a apagarlo para *que ese señor pueda descansar....* Pero no era cosa de asombrarse porque lo tomaban como lo más natural del mundo, pues nunca se interrogaron sobre cómo era que esas voces podían transmitirse, ya que estaban seguros que salían del aparato, que la radio realmente hablaba. Era la convicción unida a la inocencia, como la valentía a la ignorancia.

Aun después de tantos años, Celia Aurora todavía recuerda con culpa, aquella ocasión en la que estando todavía en la ciudad, el

capataz le encomendó que le entregara las llaves de la camioneta a su padre, la cual él había usado para hacer las compras semanales. Daniel regresó a casa y las guardó en una copa dentro de la vitrina y le recordó a ella *ya sabes narizona, aquí dejo las llaves. Le avisas a mi tío que se las dejo aquí;* dijo señalando la copa, advertencia que olvidó por completo, absorta con sus listas y el costurero. Cuando su padre despertó de su siesta, le preguntó si le habían dejado las llaves. Ella le dijo que no. De manera que su padre empezó a radiar avisos hasta el caserío donde vivía. Y después de varias horas haciendo el llamado, se apareció en el comedor de la casa el pobre Daniel, exhausto, sudado de pies a cabeza, luego de pedalear por dos horas y media su vieja bicicleta. Y pasando directo sacó de la vitrina las llaves y se las entregó a su padre *aquí la tiene padrino...* todos se miraron entre sí y, ante la palidez de Celia Aurora, que ahora recordaba nítidamente el encargo que le habían hecho, todos se imaginaron que era a ella a quien habían le habían encomendado la entrega, pero el noble capataz no se atrevió a delatarla.

Cuando los hombres salían a sus labores, unos a reponer cercados, limpiar rastrojos y reparar los caminos, otros a apartar el ganado a los potreros, ella se dedicaba con los hijos de la cocinera, a recoger auyamas en el huerto de la casa y a darles comida a las gallinas, mientras Daniel le ensillaba un caballo muy manso que montaba para ir a la finca vecina donde vivía su madrina. Los visitaba unas dos veces por semana. Para ella era un reto llegar hasta allí sola, a sabiendas de que tenía que pasar por senderos solitarios y atravesar una quebrada siempre rebosante que alimentaba las acequias vecinas. Sin embargo, se imponía la visita porque le llamaba poderosamente la atención el estilo y ritmo de vida que se respiraba en el hogar de su tiamadrina. Era una sensación de ambigüedad, un no sé qué, pero al mismo tiempo, una certeza de que allí las cosas, a pesar del silencio de la casa, eran complicadas. La tiamadrina, la misma que cortaba los mechones y les arrancaba sus dientes de leche, hablaba muy poco y en voz muy baja. Tenía la costumbre de caminar en puntillas y entrar a la habitación matrimonial descalza para no hacer ruido. Las hijas, sus primas, sólo un poco mayores, nunca mostraron interés en hacer amistad con ella, en revelar intimidades, en contarse cosas propias de jovencitas. Eran unas viejas prematuras, que trabajaban todo el día llevando la carga de la cocina, el lavado de la ropa, la limpieza de la casa, con diligencia y prontitud, pero con un dejo de inconformidad que no pasaba inadvertido para Celia Aurora.

Un buen día se desveló el misterio. Llegó después del almuerzo en el momento cuando el padrino dormía su acostumbrada siesta. Por

casualidad, una de las muchachas salió de la habitación haciendo una señal de que debíamos bajar la voz, y le entregó a su hermana un puñado de canas, indicándole que era su turno. Las agarró con sumo cuidado, y tomando la pinza, entró a la habitación en puntillas. Ante la mirada interrogadora de Celia Aurora, la prima le comentó que era una obligación sacarle las canas a Don Domingo para que se quedara dormido. Pero si al despertar no le mostraban el manojito que habían sacado, las castigaba no dejándolas salir a la finca de su tío y mucho menos recibir vistas. Si a esto le sumaba el control que ejercía sobre sus vidas e imposición de deberes, sin ninguna diversión, y la obligación de mantener un silencio de monasterio trapense, para no perturbar sus horas de descanso que eran casi todo el día, empezó a considerar a su padrino poco menos que un aprendiz de tartufo. Pero se equivocaba.

Ese mismo día, el padrino le salvó la vida y no solamente en el sentido literal de la palabra. Se había quedado acompañando a una de sus primas en la cocina a preparar un cremoso arroz con leche, mientras la hermana menor ordeñaba las dos vacas que tenían paridas en ese momento. Entre cuento y cuento no advirtió el cielo encapotado que amenazaba con una de esas lluvias con viento tan frecuentes en la zona. En ese momento corre a buscar el caballo para llegar a la casa grande antes de que empezara a llover. Pero ya era tarde, el cielo estaba negro, el viento movía las copas de los árboles más altos, un remolino elevaba la tierra del camino, cubriéndolo todo de hojas y polvo. Aun así montó y emprendió el regreso. No llegaría

muy lejos, sin poder distinguir el camino de regreso, se sintió perdida. Cuando ya estaba a punto de soltar el llanto, apareció su padrino, envuelto en una inmensa capa negra, montado en su yegua alazana, y tomando las riendas de su caballo emprendieron el camino de regreso. Esa noche, su padrino envió a su conchabado a La Tablonera para que le avisara a Don Diógenes que pasaría la noche en su casa.

A la mañana siguiente, cuando despertó, extrañó los mugidos de las vacas, pero en cambio la sorprendió escuchar un agradable fondo musical que le recordó sus tardes con sor Flavia. Era el padrino sentado en su butaca, al lado de un viejo tocadiscos que sólo él usaba. Daba vueltas un disco pequeñito y dejaba escapar las notas más estremecedoras que no había escuchado hasta ese momento. Se trataba de *La canción de la tierra* de Gustav Mahler. Viendo cómo se concentraba en escuchar esas notas tan desgarradas, su padrino le dirigió la palabra, mirándola a la cara por primera vez en su vida:

-¿qué te parece, narizona?...

-no sé, me parece rara, arranca y se detiene o ¿es el disco que está malo?...

-jajaja, muchacha, el ritmo es así, debe ser por el temperamento del compositor, este señor fue un sufrido, no había terminado de pasar el duelo por sus hermanos, cuando vino la muerte de su hija mayor y creo que no tuvo un matrimonio muy bien avenido...

-y usted ¿cómo sabe todo eso?...

-ah, porque todo está aquí....y señaló un estante detrás de él...

-mira, aquí tengo lo que más me gusta, enciclopedias y biografías y allá arriba, lo que leí hace mucho tiempo allá en el Zulia, cuando no se me había metido en la cabeza venirme a hacer malos negocios aquí...

De pronto, su acostumbrado estado de ánimo, entre cascarrabia y mandón, cambió por completo. A pesar de que aún no había desayunado, cosa que por lo general lo ponía de mal humor cuando demoraban en servirle, se levantó con dificultad de la butaca y la condujo al estante. Comenzó a bajar uno a uno los libros y a leerle los autores...

-mira las famosas hermanas Brontë, Honoré de Balzac, Gustav Flaubert, D.H. Lawrence, Thomas Mann, Kafka...Stendhal...y tú, ¿sabes leer corrido ya?...

-claro, padrino, ya salí de primaria...

-uhhh, ¿los leerías?...

-¡claro, padrino! préstemelos...

-ajá, así como así no, si acaso uno por uno...

-bueno...como usted diga... ¿con cuál comienzo?...

-no sé, elige tú.... –Y, como guiada por un Cicerone invisible, tomó la obra de Emily Brontë, *Cumbres Borrascosas*, allí empezó su vida paralela.

Descubrió su pasión por la lectura. La transportaba y llegaba a sentir tan cerca los apasionados relatos, que no había terminado de vivir el amor imposible y atormentado de Catherine y Heathcliff, cuando empezaba a detestar al pérfido Rafael y su pacto diabólico, o las ambiciones de Charles, que no le dejaron valorar el gran espíritu de Eugenia, o la avaricia de su padre. Como si de un verdadero mundo paralelo se tratara, su inocente y desorientada lectura no evitaba que se deslumbrara y se pusiera al lado de esas mujeres tan apasionadas como valientes. Entonces emergía en medio de la imagen de Emma, buscando en sus adulterios el verdadero amor que la llevó al suicidio. O la refinada Lady Chatterley, inmersa en esa gran soledad que la lleva a buscar en el guardabosque su deseo de convertirse en madre. Años más tarde, Virginia Wolf se encargaría de reorientar y redescubrir otras imágenes, más cercanas, más reales, y que la colocarían en un nuevo predicamento, en un entrar y salir al mundo que cambiaba mucho más lentamente de lo que ella deseaba.

Mientras tanto, anhelaba proporcionarle sosiego a Julien Sorel y a Fabrizio. Quiso ir más allá y se encontró de frente con el autor. Allí comenzaron sus diálogos imaginarios que interrogaban a personas

inconformes y solitarias y, de pronto, se veía a sí misma cavilando sobre lo irónico que resultaba luchar por ejercer y disfrutar lo que individualmente nos es dado por naturaleza, pero reprimido por la sociedad. Esas contradicciones incomprensibles y odiosas que la aislaban y retrotraían a su ya inmemorial desarraigo. A lo mejor eso le pasaba al mismísimo Marie Henri Beyle, al punto de que sólo pudo expresar la búsqueda de la felicidad, la pasión, la fuerza, la espontaneidad, bajo la figura de Stendhal. Durante mucho tiempo vivió en su mundo paralelo que la transportó al realismo decimonónico europeo, sin perder de vista su propia soledad, enganchada a la ansiedad que la arrastraba como una noria, a la incomprensión del mundo cercano, en contradicción con el mundo diáfano, traslúcido y límpido de su imaginación.

Una tarde, cuando llegaba a casa de su padrino a llevar los últimos títulos que había leído, lo encontró al final de la huerta, parado en la entrada de un galpón cubierto con un gran plástico negro...

-bendición, padrino...

-Dios me la bendiga y me la favorezca

-aquí le traigo La cartuja de Parma....

-esa no la leí completa, ¿cuál te quieres llevar ahora?...

-voy a mirar....

-no, no, ven acá, tú no sabes qué hay aquí...

-no, ¿qué?...

-Mira..., y agarrándola por el brazo la condujo hasta el interior del galpón, quedando frente al automóvil más espectacular que había visto en su vida. Era un oldsmóvil rojo, brillante, imponente. Ante su mirada interrogadora, él le explicó que ese era su patrimonio más valioso, lo único que no estuvo dispuesto a vender o negociar cuando pasó por momentos difíciles, como en efecto había salido de sus vacas, pero de su carro no. Era lo único que se había salvado de sus acreedores quienes lo perseguían y atormentaban, y contra quienes lucharía hasta el final. Ante tal confesión, Celia Aurora se preguntaba quién era en realidad su padrino. En ese momento lo veía débil, tierno, indefenso. No compaginaba con la imagen de viejo gruñón, mandón y controlador que hasta ahora había proyectado y que sus primas se habían encargado de divulgar.

Andaba en esos pensamientos, cuando de pronto oyó un ruido ensordecedor y vio a su padrino montado al volante que, con una sonrisa de niño que acaba de recibir un juguete, la invitaba a subir al interior impecable, inmaculado y pulcro del automóvil. Salieron del galpón, ante la mirada atónita de sus primas y su madrina, quienes no daban crédito a lo que estaban viendo. No solamente que permitiera a ella entrar en el auto, sino que lo sacara del galpón donde había

estado desde hacía cinco años, después de una verdadera hazaña para su traslado hasta allí.

- ¿qué hace, padrino?...

-vamos a dar una vuelta...

-pero ¿sí está bueno el carro?...

-claro, todos los días lo caliente. Si algún día alguien escribe la historia de este pueblo tendrá que contar cómo llegó este carro hasta aquí...Imagínate. Contraté una cuadrilla de hombres que estaban trabajando en la construcción de la Lara-Zulia; nos pusimos a fabricar unos rieles de madera, nosotros mismos hicimos los cálculos. Después tuvimos que abrir un camino paralelo al camino principal para no entorpecer el paso. Ya llegando a la quebrada había que aplanar el terreno porque este carro es muy bajito...Los obreros me decían que estaba loco, pero yo les decía que más locos estaban ellos que me hacían caso, jajaja....

Y agarramos carretera. De pronto su rostro alegre cambió, recordó que no podría llegar más allá de la entrada de su finca y que por lo tanto, tendríamos que regresar.

-¡Qué lástima cabezona, y yo que estoy con ganas de llegar hasta Barquisimeto!, quien quita y le hagan el puente a la quebrada antes de que me muera...

De todas maneras, fue a Barquisimeto a un chequeo médico. Al regresar, le mandó a decir con su conchabado que fuera a la finca, le había traído algo de la capital. Salió corriendo para allá. Le dijo al muchacho que la esperara para que la acompañara y salió disparada, seguida de la mirada de extrañeza de su madre, quien no lograba entender esa repentina amistad con alguien, que hasta hacía nada era el coco con que amenazaban a los niños inapetentes.

Llegó alborozada, expectante, ansiosa de ver el regalo. Pero, de inmediato, desapareció su alborozo, al darse cuenta de que su padrino cumplía la sagrada siesta y despertarlo sería poco menos que sellar su sentencia de muerte. Pero sin impacientarse, esperó. Cuando ya se sentía el olor a café recién colado y sus primas comenzaban a rebanar el amasijo, un perfumado y suave pan dulce con semillas de anís que el padrino había traído de San Pablo, lugar famoso por este manjar y por ser el primer fabricante de *cuatros* del país, ubicado a orillas de la sinuosa carretera que conducía a Barquisimeto. El padrino se levantó rascándose la cabeza, lanzando maldiciones porque no veía los puñados de canas en señal de que sus hijas se las habían sacado para dormir. Frente a este impetuoso despertar, Celia Aurora le dijo adiós a su regalo. Pero no fue así.

Como volviendo a la realidad, mientras abría desmesuradamente la boca en medio de un gran bostezo, le hizo señales de que se acercara. Temerosa, avanzó hacia él, se inclinó hasta su oído y le susurró:

-tú serás quien me saque las canas de ahora en adelante...

-pero...

-ssshhhh, nada de nada, o no te doy lo que te traje...

-bueno, pero sabe que no me puedo quedar todos los días hasta que a usted le dé sueño....

-ssshhhh, comienza a practicar...y echándose en su hamaca le señaló...*mira*...y de pronto puso en sus manos una modesta edición *Hojas de hierba*, de Walt Whitman.

No había leído poesía, y a lo mejor en esos años no se hizo asidua lectora de este género, precisamente porque fue Whitman quien la acercó a ella. La revisó a vuelo de pájaro y se conmocionó con la abierta obscenidad, pero no se lo dijo a su padrino. Conociéndose, otra cosa hubiese sucedido de haberse tratado de Rimbaud o de Rilke. Con los años acrecentó en ella una empatía por el simbolismo y nunca la abandonó ese no sé qué, esa dualidad que le inspiraron siempre los decadentes. En ese momento se acordó de las dudas planteadas por las lecturas que venía haciendo, pero desafortunadamente su padrino le confesó...

-mira, yo tengo esos libros porque me los dio un gringo cuando se fue del país después de trabajar las petroleras, yo sólo los llegué a ojear...pero no te desencantes, si cada cabeza es un mundo, cada lectura es un modo de entenderlo.

La miró compasivo, como disculpándose por no ser el zoilo que ella esperaba. Con las canas de su padrino en la mano, se fue ojeando el libro y casi se tropieza con su prima que venía corriendo para quitarle el manojito...*¿qué pasa?...sssshhhh, es que con éstas lo dormimos mañana...* Siguió hasta su casa. Se dejó llevar por su manso caballo, pensativa, y no advirtió lo tarde que se le había hecho y que se iba a ganar una reprimenda de sus padres, pero éstos no se dieron cuenta de su llegada, pues ya acomodaban las sillas para recibir a los vecinos fanáticos del catch as catch can.

Más tarde, en su habitación, escuchando los aplausos y hurras a *El Santo*, *El Solitario* y los abucheos a *El Huracán* y *El Satánico*, se dispuso a anotar en su cuadernito de listas: *He descubierto la soledad y el silencio y me ha gustado*. Esa noche descubrió en la soledad de su cuartito un nuevo matiz de la belleza. Y cambió los fantasmas humanizados de su abuela por los suyos...ésos a quienes no había que invocar porque llegaban solos. Se instalaban en ella paralizando su presente, que luchaba por asentarse, por definirse, preguntándose por qué no se detenían en lo que eran, simples presentes. Pero no, en lugar de esfumarse, mutaban, se escabullían, retornaban en espirales, en remolinos, y una que otra vez en arco iris. Sus presentes siempre

han mirado a todos lados, sin lograr visualizar en el acto, la verdadera dimensión de la realidad que los circunda. Desde su interior más íntimo, mantiene al menos la sobrecogedora sensación de reposo y equilibrio que la protege, la resguarda, pero sobre todo, le evita el riesgo de caer en inminentes reacciones emotivas que, por lo general, le producen los grupos humanos. Seres insaciables, siempre insatisfechos; esa desmedida e insolente exposición pública, incapaz de diferenciar y sobre todo de valorar, que cualquier acto íntimo por muy grotesco que sea, triplica sus dimensiones en el espacio público, haciéndolo aún más deplorable. Quién sabe si estas mismas cavilaciones, en algún lugar y en algún pasado llevaron a G. Flaubert, obligado, a escribir:

El futuro nos tortura y el pasado nos encadena, he aquí por qué se nos escapa el presente.

Capítulo V

Memorias prestadas

Inés Camacaro miraba escrutadora a su hija, pensando que a lo mejor no había sido una buena idea irse a vivir en la hacienda. La veía absorta, como cuando regresaba de casa de la abuela... *esta muchacha está rara, se la pasa metida donde mi compadre, qué hará tanto allá...* Pero no se atrevió a preguntar.

Una noche, mientras su madre fumaba su cigarrillo, el único del día, Celia Aurora se le acercó para preguntarle cómo se hacía el mojito de huevos y papas que tanto le gustaba. Como única respuesta, le dijo que no sabía si había papas y que ya la cocina estaba recogida. Al escuchar tan extraña réplica, vino a caer en cuenta, por primera vez, en la conducta evasiva de su madre, en esa impostura, en ese esfuerzo por retener las emociones, actitud que sería recurrente a lo largo de los años y que, en cierto modo, condicionaría la relación que mantendrían hasta el final de los tiempos. Era Inés la viva imagen de la cultura de la negación profunda como herramienta para la vida, para encarar la insostenible cotidianidad o para debilitar el asomo de las interrogantes que pudieran hacerse sobre la vida misma. Esa negación que con el paso de las horas y los días, va pergeñando la vida, ese seguir viviendo el mundo de cada quien, apurando el almanaque para que se lo lleve el tiempo, que no deje nada al caer la

noche; cada día era único, un convaleciente crónico, un micro presente infectado de pasado y exento de futuro. Cierto es que éste pensamiento no fue posible elaborarlo en esos años de su adolescencia apresurada, pero supo entonces que allí empezó a tomar conciencia de que habían estado atrapadas por un sentimiento, mediado por el ruidoso e incómodo lenguaje del silencio.

En aquellos días algo enrarecía el ambiente. La acritud en la forma de preguntarle por qué pasaba tantas horas con su padrino, o por qué le hacían tanta falta las temporadas que pasaba con la mamabuela, con acento inquisitivo, quizás involuntario, dejaba al descubierto el clamor de los celos. En ese instante sobrevino un escalofrío diferente a aquéllos que recorrían su cuerpo desde niña. Ahora que rememora la escena, tuvo la certeza de que aquel escalofrío no era igual al que experimentaba cuando veía en el rostro de su abuela, la fragilidad la conformidad, ni era el mismo que la embargaba y oprimía su pecho frente a la inocencia más pura del remoto mundo de Josejuan. Ni aquel escalofrío que timbró todo su cuerpo de espanto al escuchar los planes de casamiento, madre y abuela, comentaban en la cocina. Menos aun, el que años después, la recorrería, ondulante y lento, al acercarse a la imagen de la espigada figura humana de brazos abiertos que mira pájaros, que llenaba el saloncito de su refugio austral con el impactante resplandor que irradia el movedizo color fucsia, mezclado con la luz del atardecer que se cuele por la persiana, imagen en movimiento que perpetuaba la bella obra de Tamayo. Ni mucho menos aquél que experimenta cada vez que

escucha el último movimiento de la Sinfonía Júpiter, resumen maravilloso de la madurez de Mozart.

No fue igual, es más, lo sintió por primera vez aquella noche de luna llena en La Tablonada y ahora, en su presente, barruntando y superponiendo varias capas de memoria, advirtió que sólo era comparable al que la invadió años después, la mañana del día en que su hija se iba al exterior a cursar estudios universitarios, cuando entró a su habitación y aún dormida, la abrazó con fuerza queriendo retroceder el tiempo para continuar tantas conversaciones inconclusas, tantas frases mal expresadas y peor entendidas. Ese remezón que conmina a cerrar ciclos, a equilibrar los excesos, a bajar decibeles a la estridencia, a no sentir culpa por no sentirla, aunque tengas culpas. A tomar aliento en el esfuerzo por alcanzar la sabiduría aunque sea por los bordes.

-Yo lo que hago con ellos es escuchar cuentos...

-y ¿de qué tanto pueden hablar personas tan diferentes?...

-de cosas que salen, de recuerdos, mi abuela tiene muy buena memoria...

-¿para qué recordar tanto?...

-pero ¿por qué olvidar todo?

-eso es martirizarse la vida

-pero ¿por qué? a veces más bien....

De pronto, como quien desata un conjuro, su madre empezó a contar conmovedores episodios de su vida. Los hechos que presenció, el trabajo forzado de su infancia. Más que evocación del recuerdo era como una forma de sepultarlos. Su voz sonaba áspera, destemplada, desapacible, como si no quisiera transmitir sentimientos o dejar al descubierto las huellas del sufrimiento. Sí, Inés vivía en el sufrimiento. Era su medio natural, pero curiosamente, Celia Aurora la veía instalada en él, dominándolo, dosificándolo, desgranándolo en cada una de sus reflexiones, que luego transmitía como lecciones de vida a sus hijos. Sí, Inés sufría, pero no se doblegaba al sufrimiento. Se fortalecía frente al sentimiento. Ese era su fuerte, su energía para seguir adelante. Pero era al mismo tiempo, su debilidad, tratar por todos los medios de no repetir la vida mirando hacia atrás, evitando

posarse sobre la bruma de un pasado incongruente, en el que se veía poniendo en riesgo su vida para garantizar su sobrevivencia.

Porque fue Inés, ella y sólo ella la ofrenda, la donación, la promesa. Año tras año pagando con el sacrificio de su propia vida. Esa que estuvo hecha de puro milagro y resistencia, la que entre 11 almas burló el destino y sobrevivió los 2 años de prueba. Un regalo divino que le concedió la vida, pero nunca pudo evitar la tentación de sentirla prestada. Una vida que resbalaba de sus manos, que tenía fecha de vencimiento y cuya vigencia había que renovar cada año, cada brumario, caminado sobre piedras calientes, metida en su túnica blanca, ya raída de tanto usarla, con la boca seca, mareada entre las ráfagas de incienso, mientras arrastraba su menudo cuerpo ante la imagen de la virgen para que, como fiel testigo, constatará la promesa cumplida.

*Por eso te saqué aquel jueves santo de la Iglesia San Juan, oyó decir a su madre, mientras daba vueltas al chicote entre sus dedos. De repente, el ruido de la planta eléctrica cesó, indicando que eran las nueve de la noche y había terminado *El observador Creole*, y que, por lo tanto, había que ir a la cama. Una mirada pétrea fue suficiente para dejar expresado que esa noche se tambaleaba el lenguaje que más conocía desde su niñez, el de las señas, los gestos, las miradas de reojo. Ese mundo gestual y lacerante que aprendió a leer y temer*

desde su más remota existencia. El reino de la paradoja, pues siendo la palabra la instancia más entrañable en la vida cotidiana, era evitada, y aun más lo era cualquier intimidad que la propiciara. Un silencio gaseoso que se manifestaba como un verdadero calvario para alguien que como ella, no ve en la palabra otro fin que diálogo íntimo y conexión profunda, más profunda que el amor, que la soledad y que la sombra.

Esa noche en la hacienda, al acostarse, vino a su memoria la imagen de su madre sacándola de la iglesia. Ahora veía nítidamente aquella imagen plúmbea que la siguió por años. Era una Semana Santa. Como todos los años, la abuela se instalaba en la casa para asistir a todas y cada una de las eucaristías y procesiones, desde el domingo de ramos hasta el sábado de gloria. Todavía le parece sentir el ardor en sus rodillas al terminar las estaciones del vía crucis que realizaban puntualmente las tardes de miércoles santo. Su abuela se arrodillaba a su lado, siguiendo el dolor de cerca, con tal devoción que podía asegurar que escuchaba el eco de los lamentos uno a uno: Jesús condenado a muerte, Jesús carga la cruz, Jesús cae por primera vez, Jesús encuentra a su santísima madre, Simón el Cirineo lo ayuda a llevar la cruz, la Verónica limpia el rostro de Jesús, Jesús cae por segunda vez, las mujeres de Jerusalén lloran por Jesús, Jesús cae por tercera vez, el cuerpo de Jesús es clavado en la cruz.

-Pero mamabuela, es muy temprano....,

-es que después no conseguimos puestos adelante...hoy es el día de más sufrimiento del santísimo, lo menos que podemos hacer es recordar ese martirio, él dio la vida por nosotros...anda, lávate la cara y ponte un vestidito medio luto y no te olvides del velo, mira que es pecado entrar sin velo a la iglesia...anda, toma una agüita y reza antes de salir el Yo Pecador para que no te entren malos pensamientos.

-¿hoy toca la expulsión de los mercaderes del templo?...

-no, eso fue ayer, el señor ya está agonizando....

Pasaron todo el día en la iglesia. A eso de las cinco de la tarde, entra Inés bien vestida y compuesta con su taller color granate que ella misma confeccionó y su apreciado collar de perlas. Dirigió sus pasos directamente al banco donde Celia Aurora, ya agotada y hambrienta, intenta sin éxito seguir la homilía. Se le acercó en silencio y, presionando su oreja disimuladamente, la llevó hasta la puerta de entrada. Una vez allí la soltó, indicándole, con un gesto de impotencia, el camino a la casa,...*váyase para la casa, allá hay oficios esperándola*...ese trato de usted ya indicaba el tono de autoridad reprimido, de manera que sin entender aquella actitud, se fue a su casa, conteniendo el llanto y preguntándose qué había hecho para provocar semejante reacción.

Aparta de mí ese cáliz, parecía decir Inés con su mirada brillante de puro miedo. Ahora, en este presente, desde las movedizas capas de memorias contenidas e inconclusas, lo percibió claramente. Como quien se desprende de un velo, finalmente lo descubrió. Sí, esa mirada, ese rictus permanente que endurecía las facciones, que imponía temor, era puro miedo, una errática manera de prodigar amor y protección. Era su forma de alejar el sufrimiento, desterrar las pasiones del sacrificio, quebrar el destino. Inés sabía de primera mano qué fácil era cebarse con el martirio. Inés Camacaro sabía que a ese paso su hija podía acostumbrarse a él. Fue esa su manera de prevenirla, de protegerla. Era como si quisiera devolver las páginas y reiniciar otra lectura en búsqueda de nuevos significados. Pero ya las primeras lecciones habían entrado y Celia Aurora siempre se las tomó en serio: examen de conciencia, dolor de corazón, propósito de enmienda... *siempre en ese orden*, le había dicho Inés, cuando todavía era muy niña.

La noche en la que Inés habló desde su corazón no se veían estrellas, estaba muy oscura; una noche para pensar como lo hizo muy quieta en la camita, escuchando el croar de las ranas en el patio, y lo decidió. Tenía que echar mano nuevamente de su periscopio y viajar al interior del mundo que le había sido ocultado para no revolver el pasado, que de todas maneras se negaba a desaparecer y, más bien, salía a flote fortalecido todos los días, en cada mirada de censura, en cada negación, en cada silencio.

A la mañana siguiente la buscó por toda la casa. Entró a la cocina y le extrañó no verla allí, pero el aroma del café recién colado y la olla sobre la cocina encendida desprendiendo un estimulante olor a cilantro, era indicio de que andaba cerca. De pronto, la vio en el pequeño salón contiguo abriendo una caja de donde sacaba la máquina de coser. Celia Aurora no pudo contener la emoción. Después de casi tres meses en la hacienda, sólo ahora la sacaba, y casualmente al día siguiente de aquel encuentro nocturno en el que se abrió una puerta desde un solo lado, pero suficiente para empezar a conocerla. Al fin vio la posibilidad de hacerse su vestido que tenía cortado en patrón desde hacía tres años.

-¡La máquina! ¡Qué bueno, va a coser aquí mamá...mamá...que si ¿va a empezar a coser...?

-no...

-¿y estas telas?

-déjalas ahí...

-pero, ¿son para faldas o para coticas?...

-que la dejes ahí, te digo...

-pero...

-¡qué muchacha porfiada!..., es un retazo para hacerle una cortinita al fogón de Eloisa para que no se le vean esas ollas tiznadas...

-yo quiero aprender a coseer...

-¿para qué?...

-porque me gusta...

Si bien no logró sacarle un sí, consideró un avance cuando le dijo que agarrara por una punta el retazo para cuadrar bien recto el corte en la mitad de la tela. *Ande mamá, enséñeme...* y rascándose la cabeza en señal de que iba a ser fácil librase de ella, le indicó...

-agarra un agujero y me la ensartas con hilo blanco...

-ya está...

-entonces haz unas puntadas invisibles...

-¿cómo las hago?

De nuevo el gesto contrariado, pero no se alteró y, sin poder disimular su impaciencia, la sentó a su lado. Celia se sintió feliz, importante, tomada en cuenta...*pon atención porque te lo voy a decir una sola vez...*

- aja...

-¿y usted siempre coció desde niña?...

-yo comencé ayudando a mamá a tejer hamacas, pero la costura la aprendí en el Zulia, aprendí haciéndole los vestidos a ustedes...

-¿y por qué no teje ahorita?...

-no muchacha, eso es muy bravo, eso era antes cuando no había más nada como buscarse la vida...

-pero ¿cómo era? dígame...

-empezando, la misma buscada del dispopo para la cabuya era un sacrificio. Para conseguir esa mata había que caminar horas a pleno sol, para conseguirla arriba en la montaña, y había que llevar unas lonas para traerla enrollada como un morral en la espalda, con mucho cuidado porque le quedaba a uno la piel ardiendo. En la casa, lo estirábamos con la mano y lo poníamos a secar al sol. Ya seco, se enrollaba. Ese rollo lo separaban en partes que hilaban en el huso hasta quedar ya como cabuya de tejer.

-¿cómo era el huso?

-ay hija, pero usted si pregunta..., eso venía siendo como un carrete de hierro. De un lado, venía una rueda donde se enrollaba la cabuya y de ahí salía al otro lado y caía en otra más pequeña, que era la que movíamos con una manigueta que tenía en un extremo.

-y ¿dónde compraban eso?...

-yo qué iba a saber, pero seguro o lo llevó el viajero o lo trajeron los compadres de papel del Zulia, que era a donde ellos iban fletando reses...

-El telar que yo tenía me lo hizo papá. Eran cuatro palos de unos 10 cm de espesor, dos verticales y dos horizontales, atravesados de arriba a abajo con la cabuya hasta quedar cubierto el cuadrado. Sentadas en banquitos muy bajitos comenzábamos de abajo hacia arriba a tejer, agarrando con una mano la cantidad que cupiera de cabuya. Se iba soltando el hilo llevando atrás el de adelante y se presionaba hacia el frente el de atrás, y se fijaba cada cruce con estaquitas muy delgadas, que se presionaban bien para que fijara el tejido. Una vez tejido el cuadrante, lo bajaban de los palos, lo extendían bien prensado en el piso y le insertaban, en el centro, lo que llamábamos el ombligo. Un cordón que era tejido aparte para darle hondura a la hamaca, porque si no, quedaba rígida como cama: y, después, se le pasaba por los bordes un hilado más grueso, de donde se agarraban las cabuyeras que terminaban de fijar el tejido y de dónde se enganchara el mecate que, finalmente, permitía colgarlas de las alcayatas. El trabajo podía duplicarse si se hacían de colores, pues había que teñir las cabuyas antes de llevarlas al cuadrante, y depositarlas por dos días en unas canoas que fabricaban los muchachos del caserío con las cortezas más fuertes que consiguieran en los alrededores.....

Celia Aurora estaba encantada, feliz, no había entendido ni la mitad de la explicación, pero era la primera vez que se veía sentada al lado de su madre, escuchando algún relato del pasado, sintiendo la misma emoción que causa encontrar una nueva amiga. De pronto, cuando ya estaba segura de que su madre aceptaría darle las primeras clases de corte y costura, oyeron unos ruidos en el patio y era su padre, tratando de saber qué le pasaba a la planta eléctrica. No pudo ser más inoportuno. Entró en la habitación con un gato tembloroso, gris y blanco, recién nacido...*miren, este bichito escuálido era el que provocaba ese bulla en la planta.* Inés aprovechó la distracción para escabullirse a la cocina con el pretexto de que ya Diógenes andaba por ahí y que tenía que servirle el desayuno. Ese día, pudo haber escrito en su lista dos verdades sin destino: comenzaría una nueva, intensa y clandestina relación de vida con los felinos y, como si fuera poco, se desvanecía antes de comenzar, un divertido y lucrativo oficio en el mundo de la moda que hubiese precedido a la mismísima Carolina Herrera.

No fue fácil volver a abordarla, sobre todo en esos días en que las miradas entre esposos no podían ser más reveladoras y lacerantes. Una tensión y un distanciamiento abrumador entre ellos. Nuevamente apareció el gesto duro, la mirada perdida, los labios apretados, el cuerpo tenso que ya conocía; la señal inefable de que Diógenes Camacaro estaba en dificultades. Se alejaba caminando por el sendero que conducía al pequeño bosque de frutales. Iba recogiendo terrones que desmenuzaba fuertemente y lanzaba lo más lejos que podía, como quien huye hacia delante para evitar lo inevitable.

Por su parte Inés evitaba no solamente las miradas sino toda comunicación con su esposo. Casualmente en esos días, Celia Aurora advirtió una presencia que rondaba las afueras de la hacienda y le llamó la atención una situación inquietante que hubiese preferido no haber presenciado. ¡No lo podía creer!, ese personaje que furtivamente se acercaba a su padre era el mismo que los atendió en el kiosco tres meses atrás, cuando venían en camino e hicieron la parada para comer. Sí, era el mismo hombre renco, misterioso, que miraba de lado y recibía de su padre dinero que se guardaba presurosamente en su bolsillo. No lo pudo descifrar en ese momento, pero no tardó en descubrir que eran remesas enviadas a otro hogar y que ese hombre repugnante recibía, como si además de empanadas vendiera parte de su sangre. No eran buenos tiempos, así los percibía Celia Aurora en medio de una gran impotencia. Quería saber, ayudar, conciliar. Pero en el interior de esos dos seres se removían enigmas indescifrables, encadenados a ese mundo de voces ahogadas y

sentimientos reprimidos. La presencia de ese hombre terminó por horadar la menguada salud de Inés. Así lo confirmaba la sorpresiva llegada de la abuela a la hacienda. Venía con la angustia reflejada en su cara, temiendo lo peor, *la vuelta de la debilidad*.

-Eso fue terrible muchacha, cuando a tu mamá le dio la debilidad...

-pero ¿qué fue eso de la debilidad?...

-ay, eso fue muy feo, tu mamá se agarraba de las paredes, no podía caminar, no tenía fuerzas ni para atenderlos a ustedes que estaban entre gateando, unos y aprendiendo a caminar otros. Tenía que amarrarse un paño en la frente porque sentía que se iba del mundo en medio del dolor...

-¿pero no la llevaron al doctor?

-buenos, los doctores decían que era anemia, porque había tenido ya dos pérdidas, pero no, eso era otra cosa. Cuando comenzaron a aparecer gusanos en la puerta de la casa y sentirse un olor a agua vieja de floreros, pasamos a pensar que era un mal que le habían puesto.

-¿un mal?, ¿mal de qué?

- ay mijita, esas cosas son muy enrevesadas para que las entiendas, pero en esos campos petroleros hay mucha envidia, y muchas malas mujeres buscando que las mantengan, por eso abundan esas espiritistas de las malas, porque sabes, las hay malas y buenas. A tu pobre mamá la atacó una de esas malas...

-y ¿qué hicieron entonces?

-la llevamos a otra, pero de las buenas para que le sacara el mal. De lo que más me acuerdo es de la cantidad de pichones que le matábamos en la nuca para luego cocinárselos y dárselos en sopa. Pero no mejoraba porque había que conseguir primero el entierro, el que le habían puesto. Al final, tuvieron que salir de allí, por eso tuvieron que irse y compraron esta hacienda.

-y ¿usted cree, mamabuela, que le volvieron a poner el mal?

-no sé muchacha, ella anda arqueando por las mañanas, ésa debe ser otra barriga...

-sabe mamabuela, ayer vi a ese señor raro que tiene el kiosco de empanadas en la carretera, rondando por la entrada, y creo que mi papá le dio plata...

No pudo seguir hablando, no había terminado de relatarle lo que había presenciado, cuando Lázara ya estaba encerrada en la habitación con su hija. Después de eso, no tuvo dudas, volvían los días aciagos que habían precipitado la vuelta al terruño, y todo parecía indicar que los intrusos, los que amenazaban la paz familiar, los que se ubicaban en la acera de enfrente en espera de de la más mínima fragilidad para ocupar espacios ajenos, les habían seguido los pasos; que lo que creían esfumado regresaba con mayor fuerza porque esta vez la intromisión de terceras partes, en la intimidad de la relación matrimonial, venía con un valor agregado, hermanastros que lejos de

alejarse, consolidaban el acecho en búsqueda de garantías de supervivencias, reconocimientos y legitimación.

Mientras tanto, la abuela comenzaba los cuidados. Volvieron las sopas de pichones, los mote de auyama, los jugos de remolacha, el hígado de res encebollado y los guarapos de canela y anís. Aun cuando la recuperación física fue rápida, la sombra de la desconfianza y la ansiedad seguía *in crescendo* a la par que el vientre que guardaba el quinto vástago, en medio de mudanzas e interpelaciones no satisfechas, ni mucho menos resueltas.

Resultó otra niña. Esta vez no se tomaron riesgos y fue a la maternidad. En la cuarentena, la abuela tuvo que lidiar más con las secuelas de la debilidad y la ansiedad de los celos y menos con el ritual del embellecimiento, no hacía falta, la niña no tenía desperdicio, ojos grandes verdes, brillantes y alegres, nariz perfilada, labios delineados que auguraban sensualidad.

-Mi mamá está muy débil, verdad, tengo miedo- le dijo Celia a su abuela, entre sollozos, mientras Inés dormía en su cama de hospital.

-Ella es muy fuerte. Lo supe desde que llegamos a Tierra Santa. Ella iba de dos años y, en plena sequía, los caños estaban secos, los chivos se morían. El agua había que buscarla a cuatro horas de camino para conseguir unos pozos de agua verde que no se podía

beber hasta tenerla varios días en la pimpina y, muchas veces, ella me acompañó, hasta que por fin comenzamos a construir el aljibe, cuando llegó el compadre Damasio Contreras y se puso, él solo, a echar pico y pala...

-pero ¿por qué llegaron ahí si no había agua?

-si fuera por eso, nadie hubiese llegado allí, en ninguna parte había. Nosotros veníamos de Los Algodones, de donde es tu papabuelo. Era un grupito de compadres de papel que se iban saliendo, buscando mundo, unos ya cansados de los viajes fletados por esos caminos de recuas tan solitarios y peligrosos, y con unos cobritos ahorrados podían comprar unas cabras preñadas, otros huyendo de las plagas y hasta de las deudas con la justicia; otros, como tu abuelo, que aunque siguió viajando tuvo la oportunidad de un pedazo de tierra y la cercó. Mira, se está despertando...

-y ahora ¿qué va a pasar, mamabuela?

-cómo que ¿qué va a pasar?...nada, no va a pasar nada, solamente seguir viviendo...

Y era cierto, siguieron viviendo. Volvieron a la ciudad. Celia Aurora más consternada que nunca porque estaba más grandecita, había agudizado su capacidad de observación, ya no preguntaba tanto porque ella misma se daba las respuestas. Observaba a su padre, que esta vez se inclinó como nunca a la atención de la recién nacida,

cosa rara; pero también dejó ver con menos reservas la angustia que le causaba la inminente quiebra económica, y prodigarle a Inés la paz cada vez más amenazada por las dudas y la desconfianza. Fue por esos días cuando le llevó una medalla grande de la virgen del Carmen, que ella recibió y guardó sin mucha emoción porque al verla estuvo segura de dónde provenía. Esa medalla evidenciaba que los contactos con el Zulia estaban vigentes, pues era allí a donde llegaba ese oro pesado que se podía adquirir a costos más bajos, traído desde las Islas Canarias por unas señoras gigantes, que ella recordaba muy vagamente, pero lo suficiente para rememorar esas imágenes de aquellas mujeres que su abuela llamaba turcas, pero que tuvieron que ser canarias. Vendían con el lamento por delante su mercancía: *cómprame señora, cómprame, me deja el barco señora y no he vendido nada*. Siempre se preguntó dónde estaría ese barco y cómo diablos había que llegar a él. Las recuerda caminando con unos bultos enormes entre espalda y costado. Entraban sudando mares, vestidas con amplias faldas estampadas, calzadas con sandalias y adornadas con grandes argollas de oro, a los porches de las casas y empezaban a desplegar en el piso alfombras ricamente dibujadas, manteles de bellos bordados que decían eran portugueses, sábanas y paños, finas telas de costura. Y cuando ya tenían la atención de la dueña de la casa, sacaban del corpiño unas bolsas de terciopelo que abrían como acordeón y mostraban las piezas de oro que tanto gustaban a las señoras.

Ese día Inés reconoció la procedencia de la medalla. Celia Aurora observaba a su madre cada vez con el ceño más fruncido, atendiendo la casa, la comida, sin amigas, sin diversión, con la cabeza inclinada sobre la máquina de coser junto a la ventana de la habitación matrimonial, que daba al patio techado y al piso de mosaico, desde donde vigilaba al muchachero, jugando al avión o a la pelota, y al mismo tiempo echaba un ojo a la cuna donde la nena reclamaba, llorando a gritos, que la sacaran. Llanto que los paralizaba a todos ante la probabilidad de que se quedara privada, como siempre pasaba. Y es que si algo se le quedó grabado en la mente a Celia Aurora, fue la corredera que se formaba en la casa con esas mujeres que no sabían qué hacer cuando la muchacha se quedaba privada, y eso pasaba a cada rato. Entonces la mamá la sacaba de la cuna, se *privó, se privó, se privó...* y salía corriendo al solar para que agarrara aire y, detrás de ella, la abuela santiguándose y encomendándola al santísimo y, más atrás, la tía Minena con un vaso de agua que terminaba por bañarlas a todas por las patadas que daba la niña. Mientras tanto, el resto de los muchachos permanecía paralizado en un rincón del patio, tapándose los oídos a la espera de que pasara el susto. Renovada la calma, Inés volvía sobre los uniformes de la escuela y la muchachita había ganado la partida, logrando que la sacaran de la cuna y mostrando una cara de felicidad, cuando la hermana mayor la mecía en la hamaca; mientras tanto ella quedaba aturdida, con un temblor en el cuerpo, con la eterna sensación de que era parte de un teatro donde no tenía ningún papel asignado, pero formaba parte del elenco. Ella también seguía viviendo.

Capítulo VI

Espejo

Diógenes Camacaro miró al cielo, atrapando en su memoria el azul intenso, mientras subían a la gandola el último lote de vaquillas. Sabía que era el final de una ilusión. En su pensamiento emergía la certeza de que ese cargamento no sería reembolsado. Ya se habían ido los toretes y las vacas paridas, y él había zanjado con ellas una de las muchas deudas pendientes, pero quedaban más. Era el final, de pronto su mundo se había desplomado.

Celia Aurora estuvo allí, al lado de su padre. Vio sus ojos aguarapados. No lloraba, pero sabía lo que pasaba en su interior. No hubo necesidad de preguntas. Se quedó allí, agarrada a la mano áspera y temblorosa, sintiendo el olor de fumador, imaginando lo que pasaba por su mente, invadida por una sensación de vacío infinito. Ese día, mientras recorría con su mirada la alta figura que se plantaba rígida e impotente en el fango de la vaquera, llegó al convencimiento de que en su corta vida había conocido las innumerables formas del escalofrío, y ahora estaba conociendo la del dolor. No sería la única vez, pero ésta quedó sembrada en su pecho, punzante, ramificándose sin prisa por todo su cuerpo, mientras veían alejarse por el camino

principal, aquel rostro que, asomado a la ventana del copiloto, se despedía sonriendo y mostrando un imperdonable colmillo de oro. Fue ese rostro la imagen recurrente del dolor durante muchos años en la vida de Celia Aurora. Por su lado, Diógenes Camacaro abandonó para siempre sus ambiciones empresariales.

A partir de ese día, una nueva amenaza ponía en vigilia la vida cotidiana. Si antes atormentaba la posible vuelta de *la debilidad*, ahora eran los días en los que vivieron *del diario*. En aquella época, y para la mentalidad de sus padres, después de tenerlo todo, de ser dueño señor de casa, potreros, acéquias y semovientes, vivir del diario era humillante, indigno, triste. Diógenes Camacaro se había convertido en intermediario en el comercio de quesos de los productores que anteriormente habían sido sus pares, algo todavía más humillante en esa sociedad rural, con ínfulas aristocráticas, teniendo que volver a un trabajo inseguro, mal remunerado y agotador. Una vez que el banco ejecutó el embargo de la casa de la ciudad, comenzaron las mudanzas. No pasaban más de un año en una vivienda cuando había que mudarse a otra, cada vez más deteriorada, más pequeña y peor situada. Fue un tiempo de sobresaltos e incertidumbres. Por años recordó las noches en que su madre, cuando creía dormidos a todos los muchachos, se iba a la cocina a revisar qué quedaba en la despensa, sin poder disimular la angustia que le causaba irse a la cama sin tener en la casa nada para el desayuno. O las maromas que tenía que hacer para no acostarlos sin cenar, los días en que el hombre de la casa no llegó con *el diario*, pues se le pudo atascar la

camioneta en un barrial, o no recibir el pago a tiempo. Eso, sin contar repentinas huídas, disfrazadas de viajes de placer, que recuerda haber sucedido por lo menos en dos ocasiones, cuando los despertaban bien temprano. Los mayores vistiendo apresuradamente a los pequeños, metiendo en bolsos lo necesario, y los sentaban, todavía medio dormidos, en los carros que viajaban a Barquisimeto. Llegaban pálidos y mareados después de sortear las temidas curvas de San Pablo, acalorados por los periódicos debajo de sus camisitas sudadas, hambrientos y sorprendidos de verse sin ton ni son en esos hoteles baratos que olían a humedad. Nunca supo el motivo de esos viajes, o quizás sí, sólo que hay verdades que llegan cuando ya no interesan.

En el tiempo *del diario*, el estado emocional de Celia Aurora no pudo ser más frágil e inestable. El empeño de convencer a su madre de que la ayudara a hacerse su vestido *de tirantes*, le llevaba a perseguirla por toda la casa y siempre la conseguía con el corazón en la boca, como quien espera un acontecimiento fatal. Sobresaltaba cuando se le acercaba y esa angustia anidaba en Celia Aurora en forma de ansiedad, desamparo, un vacío infinito. Las frecuentes mudanzas tambaleaban su débil anclaje, haciendo recurrente la sensación de desarraigo. Cada nueva casa era más impersonal que la anterior. Buscaba por los rincones un espacio para sus pertenencias que representaban su sentido de vida. No recuerda juguetes, pero sí sus cajitas con libretas, sus listas, sus patrones y diseños de vestidos, hechos con bolsas de papel marrón del abasto,

el tejido y las agujas, el velo de blonda blanca que le regaló su abuela el día de su Primera Comunión, un camafeo enviado por la tíamadrina para la misma ocasión, una boina azul que le quedó después de un desfile de la escuela, una caja de creyones, una crema para el cuerpo que ella misma preparaba con lociones, aceites y perfumes, que de cuando en cuando sustraía de la canastilla de los bebés en un descuido de su madre, el jabón azul con azúcar para sus limpiezas de cutis, raspadura de pintura azul turquesa de las paredes, que ella recogía en pequeños frascos y que un buen día descubrió que podía usarse como sombra de ojos, los libros que le regaló su padrino, que adquirirían un olor muy especial, al colocarles a modo de separador de textos las hojas de limón y flores de jazmines que dejaba secar con paciencia tibetana y a cuyas relecturas acudía cuando el cielo se le ponía muy bajito y quería, en medio de la nada, entregarse a una ilusión.

Mientras tanto, volvía cada mañana a la realidad. La decidida voluntad de Inés de no dejar que sus hijos se dieran cuenta de la situación no se hizo esperar. Eso sí tuvo Inés Camacaro, la adversidad nunca la llevó a la incuria. De repente, comenzaron a aparecer al caer la noche, docenas de ollas en la puerta de la casa, que los vecinos ponían en hileras para recogerlas en ese mismo orden, a la mañana siguiente con el el mondongo que se montaba desde la noche anterior. La hechura de ese plato no podía ser más espeluznante. A eso de las seis de la tarde llamaba a la puerta el muchacho de los mandados del carnicero de la esquina, llevando en su espalda una

inmensa cabeza de cochino que Inés cocinaba toda la noche. En otras ocasiones, llegaba con una cabeza de chivo, lo que ponía en guardia a los varones para ver quién se quedaba con el caparazón al día siguiente, una vez que el cocido se había llevado ojos, sesos y lengua que quedaban en la sopa, y con el que jugaban todo el día al fantasma o al sustón. Bien temprano, procedía a aliñar con culantro, comino y el infaltable onoto, aquella mezclota que, según parece quedaba muy sabrosa porque la vendía toda. Además de la muy apreciada chanfaina, espeso cocido de asadura de chivo, el corazón, hígado y bofe guisado, y acompañado con las arepas que le mandaban a amasar por encargo y las empanadas de carne que preparaba todas las tardes, para que los varones las vendieran en la esquina de la calle.

No olvida Celia Aurora un rico invento que se le ocurrió un día cuando le sobró carne y, para no dejarla, la usó como relleno de una masa de plátano, hecha con los que habían quedado del almuerzo. A partir de ese día no podía dejar de preparar ese plato para las cenas, así como el arroz con leche acompañado de pan piñita, que se comía todavía caliente. Y es que para Inés, la única manera de sentir que estaban bien, era tener comida caliente. Esa era su verdadera convicción, su equilibrio emocional, su forma de dispensar protección y seguridad.

Cuando por fin llegó a la secundaria, después de su sabático en la hacienda, recuerda que Miriam Makeba causaba furor con el Pata Pata. Lejos de lo que había imaginado, después de haber luchado y convencido a sus padres para cursar el bachillerato, no había terminado de ingresar, cuando ya volvía a tener ese desencanto, esa sensación de vacío y de pérdida que la persiguió casi toda la primaria. Había pasado sólo un año de haber salido de la escuela, pero ya sus compañeras no sólo se habían adelantado al segundo año, sino que las vio diferentes. Habían *dado la vuelta*, lucían peinados llamativos, se maquillaban y hasta sus gestos y formas de mirar y caminar habían cambiado: eran expresamente seductoras. Se notaba que ya no recibían semanalmente la visita del padre Calamaro, ministro consejero de la escuela, y por lo visto, no pensaban volverse a confesar, y ya no tendrían nunca más que devanarse los sesos para responder a la pregunta de rigor: *has tenido malos pensamientos en estos días, hija? O, ¿has caído en la tentación de insinuar tu femineidad?* La sombra del pecado no las arropaba suficientemente o habían logrado la fortaleza para enfrentarlo. Derrochaban alegría, regocijo, sensualidad. Estaban deslumbrantes, en medio de un mundo nuevo compartido con varones. Habían aprendido a llamar la atención de los muchachos, mientras que ella se sentía igual, más tímida que nunca, invisible a las miradas masculinas. Se veía con sus piernas flacas, su escaso cabello recogido, sin maquillaje, sin el poder y la seguridad que les daba a sus antiguas compañeras llevar corpiños insinuantes, mientras ella todavía usaba fondos completos porque su madre consideraba que apenas

tenía limoncitos que no ameritaban el uso del sostén. Sin embargo, hizo todo lo posible por adaptarse a esta nueva realidad. Tenía que demostrar que sí estaba segura y capacitada para realizar estudios secundarios, sobre todo después de escuchar una conversación de sus padres en torno a su futuro, que la dejó tanto o más impactada que aquella vez en que se enteró del plan de matrimonio que la madre y la abuela comentaban en la cocina.

Fue un día al caer la tarde cuando después de mucho pensarlo, reincidente, buscó sus patronos y decidida se dirigió a la habitación de su madre con la intención de hacer un nuevo intento para que la enseñara a hacerse ese vestido vaporoso que tanto deseaba. Era casi una obsesión, una idea persistente, hacer que su madre la incorporara a la costura, pero lejos de eso, lo que vino a lograr fue convertirse en espectadora de la intimidad del hogar, en la convidada de piedra de un rastreo itinerante que la llevó a descubrir recuerdos guardados en gavetas revueltas llenas de fotografías borrosas, dobladas o partidas en mitades, desprendimientos de ombligos secos, manitas de azabache, escapularios manchados, escarpines impares, dentaduras postizas, piezas de oro rotas; pero también el olor de lo guardado, las pasiones ocultas, los pequeños rituales depurativos, abluciones tanto del alma como del cuerpo. Se colocaba en el lugar perfecto y testigo de excepción en el cruce de miradas fugaces. Ese mirar de cerca el lado sensible y frágil que a veces nos empeñamos en ocultar, sin darnos cuenta de que seríamos mucho más humano exponerlo en esa

vitrina universal que es la felicidad y donde cada quien busca su acomodo como puede y con suerte, como quiere.

Sí, la felicidad, ambigua y escurridiza que hoy, cercana la noche, arrellanada en su sillón con el alivio corporal que proporciona la respiración conciente, a sus cincuenta años y dejándose llevar por el ondulante ritmo de Every Breath You Take, ya casi al final de su carmenere, se empeña en definir, dándole vueltas y acomodados. Pero en el fondo lo que subyace es la percepción de que al final, la felicidad es un territorio tan personal, tan íntimo, tan débil, y no queda más que mostrarlo como fortaleza, como nuestra legítima arma de sobrevivencia. Aquel día ya remoto, en el umbral de la habitación de sus padres, escuchó sus voces lastimeras:

-yo creo, Inés, que Celia Aurora no va a hacer nada en ese liceo, son estudios muy largos, nosotros estamos apretados, apenas nos alcanza para ir sacando a la hija mayor y, pues, con dos se pone la cosa difícil

-entonces ¿qué se hace?, ella está muy entusiasmada con el liceo, dice que quiere llegar a la universidad

-y ¿tú crees que la largurucha podrá con la universidad?

-y ¿por qué no?, acaso que la va a cargar encima, pues...

-mira, no te pongas chistosa que esto es serio; es mejor que haga un curso, algo corto, que la ponga a trabajar en seis meses, de ésos que

llaman secretariado comercial. Allá aprenden taquigrafía, eso es muy importante. Ahora las taquígrafas están ganando bien, y para lo que ella necesita está bomba. Las mujeres no necesitan carreras largas, eso es para los hombres que tienen que sostener una familia...

-pero ella está muy niña para eso, no tiene ni catorce años, esos cursos son para gente más vieja

-bueno, pero también hay carreras por correspondencia, en el periódico salen, incluso, la hay desde el extranjero, de por allá de Argentina estaba viendo algunos en estos días, de comercio y otras de contabilidad...ya te digo, la mujer...

Las piernas le temblaban, sabía que tenía que reunir fuerzas y enfrentar la situación porque si no, sería demasiado tarde. Sin pensarlo dos veces, entró a la habitación. El patrón de costura que llevaba en las manos temblaba.

-yo quiero sacar el bachillerato.

-y ¿después? -preguntó su padre-

-con eso no consigues trabajo, ¿tú sabes lo lejos que estás de llegar a la universidad?

En ese momento no tuvo respuesta porque, la verdad sea dicha, no tenía idea dónde había una universidad y qué tantas probabilidades

tendría de llegar a ella. Perseverante, o *azarienta* como diría su madre, insistió, a pesar de estar parada frente a la mirada interrogadora y, a la vez, desconcertada de su padre, quien, al verla plantarse retadoramente frente a él, y a medida que pasaban los minutos, iba cayendo en cuenta de que lo de él era puro miedo, pura inseguridad de no saber cómo proveerle a su hija las certezas que le exigía, porque él tampoco sabía en qué pararía ese largo camino y si iba a estar en condiciones de proveerle una carrera universitaria, sobre todo en ese momento cuando sólo tenía, como único patrimonio, *el diario* de ese día.

-pero yo quiero ir, sé que lo voy a sacar, cueste lo que cueste. En verdad costó; su bachillerato fue intermitente. Terminado el segundo año, su padre, cansado de seguir como intermediario en el mercado de los quesos, logró engancharse de nuevo en las petroleras y hacia allá se fueron por segunda vez.

Acurrucada en el último puesto del autobús que los llevaba al campo petrolero, Celia Aurora recibía la fresca brisa mañanera en su rostro, absorta en el zapatico roto que junto a una cruz de palma seca se bamboleaba colgando del espejo retrovisor. Ensimismada en aedos indescifrables que le llegaban como un rumor epifánico, iba reuniendo imágenes que prodigarán una memoria de vida y la preparara para lo nuevo, para lo desconocido. Pero tenía que esforzarse, sentía que su pecho se apretaba ante el convencimiento de más que un hogar, una vida, dejaba espejos rotos, imágenes incompletas, o peor aún, se quedaba sin espejos, sin un referente consistente que la ubicara un mundo suyo, tan definido y diáfano que pudiera leerse en una frase.

De pronto se le dibujó en su rostro frío y tenso la sonrisa de la ironía. Ella, esa suerte de epígono errático que con tanto entusiasmo se internó en las profundidades del arquetipo familiar, se alejaba desnuda y con una sensación insoportable de desamparo y de vacío. Sintiéndose sin fuerzas para reconstruir su mundo adarme, para recapturar ese golem tan suyo, tan íntimo, que le animaba a poner palabras en sus listas de dibujaran una vida sin fisuras, sin carencias, sin preguntas. Tanta ansiedad, tanta incertidumbre, tanto desasosiego, la hacían perder el sentido de la realidad. No sabía si se lo estaba imaginando o en verdad el chofer del autobús había aumentado la velocidad. Lo cierto era que avanzaban aceleradamente por la temible Lara-Zulia, entre martillantes chachachás y guarachas que salían de una radio mal sintonizada. Se agarraba a la baranda de la ventana, miraba el paisaje sin detenerse en nada, entre arcadas y

escalofríos, reteniendo las ganas de vomitar y arrepentida de no haber querido que le pusieran en el pecho el periódico doblado, con un gesto altivo que precedía a la advertencia *ya no soy una niña, no lo necesito...* Pero era mentira, necesitaba volver a su pasado, volverse a refugiar entre las celosías y los poyos de sus ventanas de infancia, en el viejo escaparate perfumado de alcanfor, en el último rincón del solar sombreado por el frondoso árbol de tamarindo.

Y ahí estaba la pregunta recurrente, *qué hago aquí...* Se le nubló el pensamiento y se entregó a las imágenes que llegaban sin llamarlas, en slide, como una película donde algunos personajes se veían nítidamente por sólo segundos, otros aparecían nimbados, unos en cámara lenta desdibujados por otros que pasaban como un rayo. Así fueron apareciendo el gesto tenso de su abuelo despellejando chivos al socaire, su figura encorvada alejándose con su viejo odre a llenarlo en el aljibe, los mechones de sus tías chiquitas, las cruces del cementerio de tapia en que habían convertido el aposento matrimonial, la bellísima sonrisa de Josejuan, las arrugadas manos de su abuela retirando el cuajo de la leche y, más allá, agarrando sin quemarse la olla del fogón improvisado en el patio, el rostro de su madre en pleno proceso de parto, las miradas de asombro de sus maestras que no terminaban de verla como una rareza, las crinejas que se tejía la niña Juana, aquella sublime Juana de Arco de la escucha silenciosa, en quien su abuela depositaba toda su fe en búsqueda de sanación; la mirada perdida de su padre en aquellos largos silencios, sumido en el abismo entregado a desesperados

pensamientos, los gestos de Pedro Luís blandiendo la carta de ruptura de compromiso en la cara de su madre, el terror dibujado en la mirada de aquella señora incestuosa cuyo pecado descubriera en aquella visita con sus cofrades, las rabieta del padrino, quien pasó de ser un atrabiliario a convertirse en su mentor que le brindó espacios para reinventarse nuevas vidas y de quien llegó a enternecerle en su empeño de ser moderno en medio de la aridez de ese mundo silente.

De pronto tuvo la sensación de que todo eso pertenecía a un pasado remoto, a un país extraño, pero al mismo tiempo se maravillaba de los candongos de la memoria. Es astuta y traviesa y nos lleva hasta donde quiere. Poco a poco, tanto pasado, tanto hecho vivido y cumplido, se convertía en presente incómodo. No obstante, a pesar de la ansiedad recurrente, el deseo de ver la aurora seguía allí, incumplido, a pesar las señales que ya anunciaban el final en su trayecto. Mientras tanto el autobús avanzaba.

No injerir alimentos. No pegar chicle en los acientos. No quitarse los zapatos. No botar vasura. No echarse pedos dentro de la unidad. Del trato recibido, el trato dado, la jerencia.

Mientras leía el cartel que el chofer había hecho colocar en el vidrio delantero, se preguntaba si a todos sus acompañantes les vendría a

la mente lo mismo que a ella, o siendo menos probable, si llegaron a leerlo. Claro que no lo leían. Iban absortos, indiferentes. Se dejaban llevar, eran personas que apenas respiraban. De nuevo sintió la eterna inconformidad. ¡Oh!, eso fue lo que le escondió por tantos años al padre Calamaro, su inconformidad, pero ya no importaba, de todas maneras ya sabía cuáles serían las graves palabras que saldrían del alitoso susurro detrás del confesionario. Tanta quietud no era ni remotamente el signo de lo que conocería al llegar a su destino.

TERCERA PARTE

Capítulo VII

La guinda

Miró su reloj de pulsera y, alarmada, vio que eran las 10 y 30 de la noche. No lo podía creer. ¿Tanto tiempo había pasado? Se levantó del antiguo y querido sillón orejero y se dirigió a la cocina. No recordaba haberla encendido, pero la lámpara estilo Tiffany que años antes le había hecho un amigo de la familia, era la única seña de presencia humana en el apartamento que estuvo cerrado un año durante su residencia en Santiago de Chile. Antes de llegar a la nevera, tropezó con sus dos maletas marrones y elegantes que se habían convertido en su única compañía en los últimos años. Cuando las adquirió en Roma, sabía que eran muy costosas, pero buscando una buena excusa para gastarse el equivalente en una semana de hotel, con sus respectivas comidas, se dijo a sí misma que valían la pena, que lo barato sale caro y que al fin y al cabo, si ya estar de aeropuerto en aeropuerto, viajando en clase turista, era bastante deprimente, había que alegrar su viaje con algo bello y de calidad. Algún día, pensó, se daría el gusto de viajar en primera clase. Por ahora, se reconfortaba mirando sus lindas maletas.

Cuando abrió la nevera, se puso las manos en la cabeza. Estaba, parafraseando a su madre, como la Plaza Venezuela: sólo agua y luz. Evidentemente la señora Leticia se había olvidado de llevarle lo necesario para su llegada como habían quedado por teléfono, pero en cambio le agradeció en silencio que le hubiese retirado las sábanas de los muebles y quitado el polvo, una de las pocas manías y obsesiones que le quedaban de su época de ama de casa abnegada. No soportaba el polvo, no sólo por la alergia, sino porque ejercía en ella una sensación de inestabilidad, un malestar interior, un cambio de humor y de ánimo que la paralizaba. Sentarse a una mesa llena de polvo significaba la anulación del pensamiento. En fin, abrió el grifo y apuró un sorbo de agua, pensando que estuvo muy bien haber descorchado un carmenere de la pequeña selección que su hijo le había preparado. Dejando salir un cansado suspiro, caminó hacia el ventanal de la sala y al descorrer la cortina se llevó su segunda sorpresa.

Con los brazos cruzados y estirados hacia los hombros contempló el paisaje nocturno, tratando de entender lo que tenía ante sus ojos. Lo que antes era una cadena de montañas en diferentes verdes, con picos nevados y terrazas cultivadas, seguía siendo una ristra pero de edificios de ladrillo y ventanales ahumados panorámicos, el nuevo y lujoso estilo arquitectónico de la ciudad. Se sintió ultrajada, le habían robado su vista y era irreversible. Soltando un postrero aliento se fue a la habitación a ponerse el pijama. Hizo sus acostumbrados ejercicios de piernas para aliviar el dolor, ya instalado en su vida para siempre y

se dispuso a ver la tele para llamar al sueño. Era infalible, resultaba su mejor somnífero. Las imágenes que salían del televisor poco a poco se fueron desvaneciendo y, como llevada en brazos de una fuerza agitada y violenta, sintió que la elevaban y mecían en medio de una danza lapita. No supo si estaba soñando o bajo el efecto del vino, lo cierto era que se encontraba en medio de un torbellino, entrando aturdida por un resquicio de la memoria, rémora que la colocaba obstinada y pertinaz en el pasado. Tuvo la sensación de que había regresado de dos viajes en paralelo, como si el tiempo hubiese girado por su propia cuenta y riesgo. En una conspiración sin precedentes, se vio de nuevo allí, en el mismo autobús que avanzaba raudo y veloz por la carretera, esquivando baches y hondonadas, consecuencias del permanente trasiego de camiones de cargas y la desidia de los burgomaestres de turno. No sabía dónde estaba, ni tenía la menor idea de cuándo llegaría. Quería bajarse ya de ese autobús. Le carcomía una especie de urgencia como la del tripulante del holandés errante que ansiaba pisar puerto para aprovechar una de las pocas ocasiones en que el destino le permitía desembarcar.

Cuando estaba a punto de perder la conciencia, atisbó luces en la distancia, por la ventana se colaba un olor desconocido, un vapor espeso y alucinógeno. Eran los gases que emanaban decenas de balancines que rítmica y pausadamente, le daban la bienvenida a un nuevo mundo, al territorio fundacional, a esa versión tropical, lacustre, consumista, alucinante y contradictoria de comunismo primitivo que tanto la desconcertaría y al que nunca pudo acomodarse. De pronto, su memoria, aquella que la protegía y reimplantaba de nuevo en la cordura tan frágil y escurridiza de ese mundo de ingentes rarezas, en un acto piadoso y compasivo, la trasladó a un rincón casi olvidado, como para reanimarle antes de llegar a ese nuevo mundo que ya asomaba en el horizonte. Se dejó llevar hasta La Tablonera, a una noche en que la planta no se puso a funcionar por falta de combustible. Estaban allí, sentados en la hierba al frente de la casa, reunidos en círculo, y, en el centro, Diógenes Camacaro contaba las aventuras de la Ñirria, un sujeto locuaz y extravagante, experto en ganarse la vida sin trabajar.

Contaba Don Diógenes que el Ñirria llegaba a los comederos de arrieros, vestido con un camisón de liencillo, atado a la cintura con un bejuco, e imponiendo respeto con una chivita canosa, semejante a la barba del Cristo de Elqui, que acariciaba constantemente. En el costal cargaba una bacinilla de peltre a la que nunca le dio el uso para el cual fue fabricada, pues era el recipiente utilizado para su

estratagema. Lo primero que hacía al entrar, era contar chistes para ganarse la confianza de las cocineras. Todos se desportillaban de la risa cuando contaba el del individuo que quería cambiarse el nombre:

Llega este elemento a la Prefectura y le dice al Jefe Civil:

- *saludes Jefe, mire vengo a solicitar sus servicios porque quiero cambiarme el nombre.*
- *pero, ¿por qué?...¿cómo se llama usted, amigo?*
- *me llamo Abundio Molina*
- *Ah caramba, amigo, verdad que sí; y dígame ¿cómo se quiere llamar?*
- *Bundio Molina...*
- *pero bueno, amigo, pero si quedamos en las mismas, qué le pasa a usted con las aes*
- *ah, que esa letra es muy maluca, mire, con ella se dice hambre, andrajoso, amoral, antipático, anémico, aguafiestas, a este paso termina uno ahorcao...*

Las risas no se hacían esperar, y el público se impacientaba por escuchar las historias del estrafalario personaje:

-¿Qué tiene para comer, mi doña?

-chicharrones de cochino, arroz pintao, quinchonchos refritos, arepa pelá...

-deme de todo y póngalo aquí

-pero bueno, hombre, ¿no ve que eso es una bacinilla?, no sea tan marrano

-y ¿qué tiene de malo?, ¿cuánto le debo?

-1 peso y tres reales

-ay, mi doña, esos son muchos cobres; mire, yo mejor le devuelvo la comida porque no tengo tanto real

-pero ¿cómo se le ocurre a usted que le voy a recibir eso?, ¡está loco!, váyase de aquí....

Entonces, entre la algarabía, seguía Don Diógenes:

Ah, eso no es nada, este individuo era tan mentiroso que nos contaba que en su época de cazador, un día se consiguió de frente con un tigre. Salió corriendo perseguido por el animal, hasta que se encontró un chorro de agua que bajaba hasta un pozo. Sin pensarlo dos veces trepó por ese chorro para arriba y cuál sería su asombro cuando ve que el tigre hizo lo mismo. En eso sacó su navaja y cortó el chorro de agua. Ese tigre salió escalabrado al fondo del pozo...como pudo saltó a la copa de un árbol a esperar que el animal se fuera. Cuando bajó se dio cuenta de que había dejado la taparita del agua entre las ramas, pero entre el susto y el cansancio, decidió dejarla allí. Pero, eso no es nada, el hombre era tan fantasioso que remata diciendo que a los años, volvió al lugar y le atacó una sed tremenda, y como no había llevado agua, se acordó de la taparita y comenzó a buscarla, pues allí estaba donde la

había dejado. Entonces, con la certera puntaría de la que se ufanaba, dice que lanzó una piedra con una honda y le abrió un boquete a la tapara que lanzó un chorro de agua que él espero con su boca bien abierta...¡que riñones los de este señor!...

Papá, papá, cuente el de la hamaca...ahh, sí, bueno, eso fue que una vez lo agarró la noche en el camino y como pudo llegó a una casita por allá. Le pidió posada a una señora y ella le dice, -bueno, señor, pero lo que tengo es una hamaca que tiene unos huequitos regados. Si la remienda, se la busco. Bueno, como no,- se puso a remendar, pero qué les parece-dice la Nirria- al rato llegó la señora con una taza de café, tome señor, cómo amaneció...jajaja, eso y que eran unos huequitos, y amanecí sentado remendando....

Y el de la esposa-saltó Daniel detrás de Don Diógenes-

Ese es otro, picardía de la Nirria. Dice que él tuvo una esposa. Cuando ya tenían cincuenta años de casados, una nieta le regaló uno de esos que llaman beibidol. Bueno, justo cuando la señora se lo está probando, entra al cuarto y se le queda mirando, rascándose la cabeza, y dice, pero bueno y esto qué es, cincuenta años con esta mujer y ahora es que me vengo a enterar, de que es gambeta....

El eco de la risa del grupo le llegaba como agua fresca que bañaba su rostro en medio del agobiente calor que escocía su espalda, quien sabe si como anuncio de que la nueva vida no sería tan abrumadora

Al atardecer, después de un arreglo con el conductor del autobús para que los llevara hasta la casa, llegaron al campo petrolero, localizado en la costa este del gran lago. Se trataba de un conjunto residencial intermedio, entre el asignado a la llamada nómina alta y los correspondientes a la nómina de obreros y recién contratados. Eran casas ubicadas en pequeñas manzanas, pareadas. Construcciones modestas, más bien bajitas, de techos de asbesto, estructura de metal, pisos de cemento pulido, muy poca cerámica, pero sí mucha mampostería sobre todo en la cocina y armarios en las habitaciones. Ventanas de vidrio y metal permanentemente cerradas, luciendo adosados los tan comunes y ruidosos equipos de aire acondicionado, seña y signo del paisaje urbano lacustre, tropical y petrolero. El campo tenía muy cuidadas sus áreas verdes circundantes. Una vez instalados en la casa, comenzaron a percibir la diferencia. La primera impresión no pudo ser más aterradora. El agua que salía del grifo era muy caliente, espesa y babosa, mucho más desagradable que la salobre, terrosa y cortante a la que se había acostumbrado, aunque también muy desagradable porque venía de corrientes turbias de la cuenca nor-occidental del país. Pasaría mucho tiempo para que descubriera el agua dulce y ligera de los ríos montañosos de los valles altos andinos. En el baño de la nueva casa descubrieron la presencia de, por lo menos, una docena de ranas verde claro de varios tamaños, bordeando una gigantesca pipa de las utilizadas para transportar aceites y otros combustibles. No existía ni una sola sala de baño en todo el campo que no tuviera esos pipotes llenos de agua, era la única forma de bañarse con agua templada o relativamente fresca. Desde ese día, y después de ver cómo amanecían alrededor

del tanque una hilera de bolitas blancas envueltas en una especie de gasa, juró que no se bañaría en ese baño. Y hubiese cumplido su promesa, de no haber sido por la bravía amenaza de Inés, de no confeccionarle al fin su vestido para sus quince años, que cumpliría en meses venideros, si no dejaba de bañarse en la habitación.

De manera que, después de varias semanas cargando baldes de agua, mal bañándose en su habitación, parada en una ponchera de plástico que su madre utilizaba para remojar en kerosene los uniformes manchados de petróleo que traía su padre de las gabarras, con todo el esfuerzo del mundo, logró superar el miedo. Se convenció de que las ranas eran inofensivas. Les llegó a tomar cariño, sobre todo a las recién nacidas, y a conversar con ellas cuando saltaban a las rejas de las ventanas, desde donde la observaban con sus ojos saltones, mientras se bañaba hasta tres veces al día porque no soportaba el calor, ya para su madre era un verdadero sacrificio poner a funcionar el aire acondicionado que, según ella, la entumecía, y fue el origen del eterno dolor de espalda que no la abandonó nunca.

Pronto se convenció de que en ese nuevo mundo ella seguiría siendo una rareza. Pero esta vez no estaba sola, pues su familia completa fue vista como anormal en medio de esa cultura promiscua e invasiva que, bajo el pretexto de la solidaridad y el apoyo vecinal, terminaban penetrando hasta el último rincón de la casa y del alma,

empeñados en hacerte uno de ellos. Eran individualidades mimetizadas, confundidas con su entorno y no descansarían hasta no verte convertido en uno más, integrado y activista viviente de esa cápsula, de esa burbuja en la que se reinventaba la sociabilidad de la grey. En esa cultura no era muy difícil establecer relaciones con la vecindad. Todo lo contrario, llegaban todos sin invitación, a ofrecer, a regalar, a proteger y a conducir tu vida, si te dejabas.

Inés siempre supo escurrirle el bulto a esas situaciones. Nunca cayó en la trampa del compinche ni en la supuesta hermandad entre paisanos. Toda su vida supo llevar cordialmente a sus vecinos sin concesiones, sin exponer su intimidad, aunque sí cayó en la tentación de dejarse *echar una manita*. Esto lo demostró desde la primera semana de haber llegado cuando se apareció la vecina con una bandeja de mandocas, muy buenas, con la determinación de asesorar a la recién llegada en la decoración de la sala de la casa. Cuando los muchachos habían hecho desaparecer las mandocas, la maracucha, como quedó bautizada para siempre, tomó a Inés por el brazo y se la llevó a su casa para iniciarla en el más insólito estilo decorativo que había visto en su vida.

Allí comenzó la transformación del entorno hogareño. De pronto se vieron atrapados en un torbellino de colores y estampados que los mantenían mareados todo el día. Las cuatro paredes de todos los

salones de recibo de esas casas, estaban cubiertas por estrafalarias cortinas del techo al piso. Por otro lado, ningún objeto utilitario debía quedar al descubierto. Nunca imaginó Celia Aurora la cantidad de forros posibles de inventar; muñecas con largas crinejas amarillas para la licuadora; para el teléfono imitando cualquier extravagante figura, desde arlequines acostados hasta sombreros vikingos, la cesta de los huevos en forma de gallina, las tapas de los potes del café y harinas, las perillas de las puertas, ventanas y tapas de interruptores, las bases de las lámparas, la cesta del pan, la tapa de la lavadora. Ni hablar de las piezas para los baños, los guarda papel, los marcos de los espejos, las tapas de los tanques de las pocetas, las alfombras de pies. Todo a juego y de acuerdo con la temporada, desde carnavales hasta navidad-el verdadero clímax- pasando por el día de San Valentín y el Día de las Madres. La nueva vecina daba información detallada sobre los lugares a dónde había que acudir para adquirir tan particulares ornamentos. De manera que no habían terminado de acostumbrarse a pasar entre el cortinaje, dando manotazos para adivinar dónde habían quedado las puertas, cuando vieron un quita y pon de forros en los usos más comunes y cotidianos, desde abrir la nevera y el horno, hasta los constantes tropiezos cada vez que se usaba un aparato o utensilio por muy frecuente que fuese. Y como para rizar el rizo, llevarse por delante una lluvia de forros, alfombras y cojines, que Inés muy pronto comenzó a confeccionar, en una casa de siete muchachos corriendo y saltando, lo que se convertía en un círculo masoquista, empeñada inútilmente en que permanecieran en su lugar, ya que los angelitos nunca los ponían en su sitio, sino donde les daba la gana, es decir, en las camas, en el jardín, en el techo de la

casa, empapados por las lluvias o rotos en los cercados. En medio de semejante desbarajuste, la casa de los Camacaro nunca llegó a emular tal paranoia por el tejido, el bordado en punto de cruz, el fieltro y el macramé.

Pero el verdadero desmadre eran los garajes. El uso que tenían las cocheras podía semejarse a un depósito de ruindad. Todo, absolutamente todo lo que se dañaba terminaba en una pila de lavadoras, neveras, televisores, ventiladores, lámparas, repisas, atriles, biombos, peluches, jarrones, butacas, mesas y sillas inservibles. Era el culto a la memoria del patrimonio perdido. Por otra parte, la familia Camacaro tuvo muy claro que nunca llegaría a ser una de la grey, si no adquiriría el mayor signo de prestigio y ostentación, la camioneta ranchera. Era una cosa por demás interesante, es decir, la competencia dentro de la uniformidad. No había manera de construir identidad sin mostrar. La cuestión era presumir de lo semejante, no de lo diferente. El pique estaba en adelantarse a cambiar el modelo, en tenerla más brillante o en llenarle la maletera y la parrillera con más frecuencia y abundancia. No había mayor satisfacción sino que vieran entrar al campo, las camionetas repletas del mercado que se hacía todas las semanas en el mismo comisariato, donde se adquirían los mismos productos de las mismas marcas y de los mismos tipos: racimos de plátanos verdes, toneladas de queso blanco para rallar y para asar, cajas de latas de atún y sardinas, sacos y hasta guacales de *recaos de olla*, tarros gigantes de mayonesa y salsa de tomate, pastas y arroces que siempre se

pegaban, unas polvorosas rellenas de guayaba, casi por caducar, *el fli (fly)*, como llamaban a todo spray repelente de zancudos y mosquitos, producto de primera necesidad si pretendías estar en el jardín a cualquier hora del día y de la noche, y los mismos aromas de las cremas, jabones, afeites y lociones. El periplo semanal no terminaba sin pasar por el kiosco a buscar la Venezuela Gráfica para las señoras, la Bohemia para los señores y Páginas para las señoritas. Poco a poco, Celia Aurora fue dándose cuenta de que no sobreviviría en ese medio sin amistades y, para lograrlo, tenía que intentar integrarse a él y emular algún tipo de comportamiento que le diera cierto grado de pertenencia.

Las jovencitas en edad de merecer salían a pasear en sus camionetas por el interior del campo. ¡Era muy mal visto caminar!, horror, no se debía caminar, era el signo y la seña de la más absoluta estrechez, la inopia, la raya. Por supuesto, ella sí tuvo que pasar por semejante humillación, pues su nunca llegaron a tener su camioneta ranchera. Se veía obligada a ir al liceo caminando, cuestión que era insólita, desproporcionada e inconcebible, no sólo para sus vecinos, sino para ella misma, al ver cómo sus zapatos de goma se hundían en el asfalto de la carretera sin vías peatonales, que debía atravesar cuatro veces al día bajo 35 y hasta 40 grados de temperatura. Cada vez que estaba de regreso al campo tenía la sensación de que volvía del destierro.

El destierro, pues ahora que lo pensaba era así: dentro del campo todo, fuera de él nada. Allí estaba no solamente el confort, también la identidad, la pertenencia, la unión, la hermandad, la seguridad, la protección. Pero nada de eso gratis, había que ser uno de ellos y mostrarlo. Era como renovar una visa de residencia cada día, cada semana, cada año. A ella le tocaba renovarla con sus nuevas y extravagantes amigas: las hermanas Quintana Rondón, rivales y competitivas como nunca antes ni después conoció Celia Aurora a nadie más en su vida. Fueron ellas su cicerón designado, quienes le indicaron que debía adherirse bajo juramento a uno de los dos grupos más poderosos del campo: el club de Sandro o el de Raphael. Ambos cantantes eran super famosos y populares en la zona, pero, insospechadamente, se había extendido la leyenda de que tomar partido por Raphael era inn, y estar con Sandro era out. Había que reconocer que la lucha era feroz, ambos bandos se mostraban fuertes y dinámicos. Entre las hermanas Quintana Rondón se libraba, en el momento de su llegada, un enfrentamiento encarnizado por esta rivalidad y, de inmediato, Celia Aurora estuvo en la mira de estas enloquecidas competencias. Tenían que atraerla y hacer que se integrara a uno de los más crueles y sañudos grupos que jamás se había imaginado. Y ella, en el medio de las tres hermanas. La mayor tiraba hacia Sandro, la menor hacia Raphael y la de en medio iba calculando los resultados para al final dar la estocada de la victoria.

Las competencias se realizaban todos los fines de semana en algunas de las casas del campo, pero casi siempre donde las hermanitas

Quintana Rondón. La primera vez se quedó boquiabierto. No podía creer cómo se dedicaba tanto tiempo y energía a una causa. Los tributos se turnaban entre los dos cantantes, y los viernes en la noche comenzaban los preparativos de la decoración, las bebidas, juegos y competencias de canto y baile. Realmente digno de admiración. Pasaban la semana recolectando entre los miembros de los batallones los últimos discos, fotografías, entrevistas y giras de los artistas. Con esos recortes primorosamente pegados en grandes corchos decorados con fieltro y escarcha, adornaban las paredes de los *porches* que daban la bienvenida, además de ser una manera para mostrar lo actualizadas que estaban en torno a las intimidades y movimientos de los cantantes. Se inventaban cocteles en honor a los artistas, los afresados en tributo a Rafhael y los cítricos para Sandro. Durante la semana ensayaban los movimientos más característicos de ambos para las competencias de imitación. En éste renglón, casi siempre ganaba Sandro, quizás porque resultaba más estimulante imitar la sensualidad en los movimientos faciales, sobre todo los ojos y los labios, así como movimientos de cadera que se hacían más insinuantes con sus pantalones de cuero, muy pegados, y sus camisas negras abiertas, que los complicados movimientos amanerados del otro, que exigían más concentración y dotes histriónicas. Las canciones eran dobladas porque resultaba terriblemente difícil cantar *Penas* o *Yo soy aquel*, sin desafinar.

La primera fiesta a la que asistió Celia Aurora fue al mes de haber llegado al campo. No la habían podido celebrar por alguna razón que

no terminaban de contarle, hasta que finalmente se enteró de un hecho que, inusitadamente, le dio a sus días una nota de alegría y esperanza. Detrás de tanto preparativo y euforia se ocultaba un deseo compartido, una pasión desbordada, una ilusión desenfrenada: tener como invitado a Gustavo Alfonso Sanabria Martínez.

Capítulo VIII

Renacimiento

Una tarde, mientras Celia Aurora ayudaba a la menor de las Quintana Rondón a colgar bombas y serpentinas, ésta le contó que la verdadera pasión oculta tras todo ese delirio escénico, era llamar la atención del *mango* de toda la comunidad, no sólo de ese campo sino de los tres existentes en la zona. Se trataba del apuestísimo Gustavo Alfonso Sanabria Martínez, quien tenía su residencia en el campo de manera intermitente, pues estudiaba en la capital del Estado, pero quién según los rumores que se corrían, había decidido terminar sus estudios de bachillerato en la costa este, ya que las libertades que se había tomado estudiando a distancia, le habían costado un considerable retraso. De manera que esta noticia llenó de regocijo a las chicas que con renovados bríos volvían al ruedo.

Se trataba entonces de luchar por su presencia en la fiesta, invitación que casi nunca aceptaba, quien sabe si por huirle a la persecución de la que era objeto de una manera descarada, y hasta descarnada, sobre todo para el ego masculino, siempre con la idea de que son ellos los llamados a cortejar y conquistar y no al revés. De manera que había que intrigar y llamar la atención del objeto de seducción. Y fue cuando Celia Aurora se llevó la gran sorpresa de su vida. A todas esas, ya el galán había tenido noticias de su llegada al campo, y, para

su asombro y, por qué no decirlo, cierta satisfacción, se enteró de que sus comentarios habían generado revuelo entre las eternas rivales. Gustavo Alfonso habría dejado caer que *la nueva* lo había dejado impactado por *lo bien formada* que estaba. Por supuesto, aquello la colocó en la mira de todo el mundo, el centro de la comidilla. De repente, comenzaron a desfilar por su calle todas las camionetas rancheras del campo, que sin ningún disimulo, trataban de confirmar el rumor. No había pasado una semana del comentario y ya era la chica más famosa, criticada y difamada de la comunidad. Se inventaron leyendas negras sobre su origen y el de su familia, pero, al mismo tiempo, tuvieron que tragarse el disgusto porque la necesitaban. De manera que entre el amor y el odio, la doble cara, con la hipocresía mejor llevada y conocida por ella hasta ese momento, fue la invitada imprescindible de la fiesta, pues era el gancho para llamar la atención de Gustavo Alfonso.

Por supuesto, aquel rumor le quitó el sueño. Por primera vez se observó a sí misma, reconociéndose desde la mirada de la sexualidad. Comenzó a mirarse en los espejos y a tratar de confirmar los rumores sobre su belleza. No lo podía creer, se decía a si misma, que en todo caso sería como el dicho del tuerto en el país de los ciegos. Nunca antes en el seno familiar le habían dicho que era bella, jamás se asumió como tal y que, de repente, el *pavo* más bello del campo, el más deseado, el más perseguido, revelara que la nueva vecina le quitaba el hipo, era inaudito. Jamás pensó alguien la mirara

con deseo, no se imaginaba que pudiera remover las fibras de la atracción y la sensualidad de alguien tan codiciado.

A partir de ese momento su vida cambió. No podía concentrarse en nada. Abandonó las listas, los patrones, los diseños, hasta retrasaba sus lecturas. Andaba en las nubes con Inés detrás de ella repitiéndole sus obligaciones, que no eran pocas porque, estando su madre de nuevo en cuarentena, por octava vez, debía hacerse cargo de la vianda que su padre llevaba al trabajo. Cuando su madre salía de la habitación, se escurría hacia adentro buscando el espejo del escaparate. Quería verse de cuerpo entero. Por primera vez se observó desnuda tratando de descubrir dónde estaba la belleza. Poco a poco fue develando unos senos firmes, redondos, que se erguían aún más con el roce de sus pezones. Con la boca abierta sondeó una espalda esbelta que dejaba ver una hendidura que bajaba hasta unos definidos y levantados glúteos, tan injustamente ocultados entre los faldones. Con una amplia sonrisa vino a reparar en sus piernas, largas y torneadas. Acarició su piel, la sintió suave y tersa, preguntándose en qué momento la observó Gustavo Alfonso para ver todo lo que ella apenas estaba reconociendo en ese momento. Al sentir los pasos de Inés, se vestía rápidamente, pero antes de salir de la habitación dio un repaso a su rostro. Qué vio él, qué había registrado Gustavo Alfonso en una mirada fugaz y que ella había ignorado por casi 15 años. Ese pensamiento la desconcertaba tanto, que se ha vuelto recurrente con los años. En cierta ocasión, conversando con una amiga de la madurez, sobre lo despiadadas que podía ser las mujeres con sus

congéneres, le decía que nunca se dejara llevar por las insondables opiniones femeninas en torno a los ideales de belleza; quienes sí lo tenían clarito eran los hombres: ellos daban en el blanco, miraban lo más bello de una mujer. Ellos y sólo ellos podían ver el árbol y no el bosque. Con certera puntería ponían su mirada en lo más lindo de una mujer.

Ella siguió allí, mirándose una y otra vez. Corría las cortinas y se acercaba al espejo. Allí estaban unos ojos muy brillantes, entre verdes y marrones, una cejas escasas, pero bien delineadas, unos labios definidos, carnosos, una piel tersa y fresca. Con gestos insinuantes frente al espejo se dijo a sí misma que a lo mejor no era una belleza descomunal aunque en conjunto irradiaba sensualidad, un no sé qué que enamoraba. Aún así decidió no hacerse muchas ilusiones porque ya una sus *amigas* le había advertido que se cuidara, porque a más de una la había dejado plantada, que era un Don Juan sin escrúpulos, que no cayera en la primera, que se hiciera la dura, que no mostrara lo babeada que pudiera estar. Y ella, como quien recibe instrucciones para salvarse del peligro inminente, decía a todo que sí con movimientos de cabeza, pero deseando que el rumor fuese cierto, que el susodicho la cortejara y le dijera cuánto le gustaba. Y en esas andaba, cuando escuchaba la voz de su madre que le pedía que saliera ya de la habitación para que fuera a la cocina a voltear los plátanos que estaban en el horno. Tan sumergida estaba en sus pensamientos, que ni siquiera sintió el ardor de la quemada que se

hizo en su brazo, cicatriz que vino a reparar el mismísimo día de la fiesta en la que conocería a Gustavo Alfonso.

Qué me pongo. El día anterior a la fiesta rebuscó hasta el último rincón de su armario y, derrotada, terminó sentada en el borde de la cama, presa de un amasijo de emociones hasta ahora desconocidas. Qué le pasaba. Cómo es que de pronto era tan determinante el modo de vestir, dar una imagen atrayente, subyugante. De repente el mundo, su mundo, dio vueltas y comienzan a gustarle y sentir emociones hasta ahora ignoradas y menospreciadas. ¡Cómo es que entonces había vivido hasta ahora!, Era una sobreviviente que debía hacer frente y manejarse ante todas esas emociones de las que empezaba a tomar conciencia. **Miedo** a lo desconocido, a no saber comportarse, **rabia** por dejarse llevar por los rumores y que el mundo exterior la descentrara e influyera en su ánimo, **culpa** por dejar en evidencia su debilidad, **ansiedad** por terminar de una vez con ese ciclo que se abría sin pudor, **vergüenza** por hacerse ilusiones con tan pocas certezas.

Sin pensarlo dos veces fue al rincón donde guardaba las cajas de recuerdos. Con premura empezó a repasar sus listas en un intento

desesperado por cerciorarse de quién era en verdad y dónde estaba su yo más íntimo, más auténtico. Poco a poco, inició un camino de regreso, pero no hacia el pasado, sino hacia adentro, tratando de encontrar la respuesta en su lado más puro, más genuino, más absoluto... La interrogante de saber quién era en realidad, la apremió como una urgencia, como quien está a punto de reinventarse una vida nueva, pero tomando ciertas precauciones, como si quisiera dejar constancia de fidelidad y lealtad a lo conocido, por si los nuevos focos de atracción le arrebatában el único mundo conocido o terminarían de borrar lo que hubiese quedado suelto, inconsistente, pendiente por llevar a su lista. Como el católico, quién antes de cambiar su fe bautiza a su hijo, no vaya a ser que después la nueva fe no resulte tan inteligible y diáfana como la que ya conocía. Finalmente, agotada por el ejercicio de confirmación de su esencialidad y que con el tiempo convirtió en ritual de vida, volvió a la realidad. Le hubiese gustado llevar a la fiesta ese vestido mil veces diseñado y reinventado que le proponía, recurrentemente, a su madre y que ésta escurría con eternas excusas, no sólo de falta de tiempo, sino alegando que ese modelo era muy complicado y raro, que ni siquiera aparecía en los figurines, que se le verían los huesos, que su cuello era muy largo y que parecería una gallina piroca, cuestión que asumió como un defecto durante años, hasta que empezó a ver en las revistas a modelos huesudas con cuellos de gallinas pirocas, que se consagraban como el paradigma de la belleza.

Se decidió por un pantalón acampanado, a la cadera, con estampados rojos y negros que acompañó con una camiseta negra, cuello tortuga y manga larga que, para su sorpresa, resultó un atuendo de última moda que su hermana mayor le había traído en su última visita a la casa familiar. Como no tenía cinturones, se atravesó una bufanda de hilo que ella misma había tejido y que su madre le había insistido en que se la quitara porque se veía rara, pero se empeñó en llevarla, a pesar de la mirada de reprobación de toda la familia.

Vestida, se plantó frente al espejo para ver cómo se las arreglaba con su cabello, al que jamás en su vida le había dado importancia. Se hizo una cola alta, pero no se mantenía en su puesto. Se sacó una media cola, pero como tenía escaso pelo se deslizaba. Se trajo hacia la frente unos flequillos a modo de pollina, aunque de pronto, le daba aires de boba. Se recogió todo el pelo hacia atrás en un pequeño moño cambur, como los que se hacían las amigas de su madre, pero adelante se le erizaba una pelambre, fina y corta, que tercamente se negaba a integrarse al resto. Al final, se peinó de medio lado. Le gustó el aspecto que adquirió como de mujer interesante, hasta que salió de la habitación y se encontró de frente con sus dos hilarantes hermanos adolescentes, doblados de la risa como si hubiesen visto un esperpento que a sus ojos representaba esa extravagancia que tenía que les miraba de frente. Desconsolada se hundió en su cama. En un segundo, el poco maquillaje que se había puesto, apenas un polvillo rosa en sus pómulos y el consabido polvo turquesa en los ojos, se esfumó en medio de unas lágrimas que empezaron a brotar de

manera incontenible, y sin que viniera a cuento, porque ya conocía a sus hermanos y sabía que era una burla más del comportamiento adolescente, como aquella vez que salió a la calle con unos lentes de sol que le había prestado una prima y se dedicaron a seguirla imitando exageradamente su manera de caminar.

Regresó a sus memorias, pero esta vez bañada en un llanto desconocido hasta ese momento y que la retrotrajo al sinsentido, al desconcierto, tantas veces ahogado en preguntas cuyas respuestas quedaban atrapadas entre sus dos mundos, el de ella y el de los demás, el de adentro y el de afuera, el de la claridad interior y el de la confusión del exterior. De pronto, en medio de una respiración consciente, imaginó que un resquicio se abría entre cada inhalación y exhalación, por la que se introducía una luz que delineaba las imágenes de un mundo diferente, más nítido pero al revés, donde sus habitantes perdían lógica, naturalidad. Aparecían suspendidos. Era como si hubiese adoptado la posición del pez desde donde percibía, en toda su dimensión, la doblez, la ambigüedad, el otro, práctico y necesario, y el yo, básico e íntimo.

Era un mundo nuevo y prístino, a la vez, en el que se instaló, quizás para siempre, una lógica invertida, afirmada en la contraseña y posada unas veces en la paridad y otras en el antagonismo: en el uno y en el otro, frente y espalda, soledad y compañía, silencio y ruido,

belleza y fealdad: Entre la pequeñez y la grandeza como hermanas menores de lo finito y lo infinito. Desde esa posición de rigurosa matsyasana, la relatividad de las cosas lo abarcaba todo, imaginando que mientras más viejo, más joven puedes llegar a ser, toda vez que el primero mira siempre hacia atrás inspirándose y el otro, hacia delante, desgastándose. El pobre que puede llegar a sentirse el rico, al convertirse en celoso guardián de un patrimonio que, para mantenerlo, no usufructa con libertad. O, la pequeñez de los grandes espacios cuando se busca siempre el mismo rincón desde donde nos sentimos cómodos y protegidos.

Quién sabe si esa ansiedad infinita e inabarcable -que constantemente la llevaba a entrar y salir de esas pequeñas sociedades ambulantes, prefiguradas, manipuladas, fijadas estáticamente en paisajes como aquellos que pintaba en la primaria, esos dibujos en blanco que caían en sus manos y que ella feliz les ponía los colores que más le gustaban, pero siempre sintiendo el peso en su hombro del maestro de turno, advirtiéndole *no te salgas de la línea, ya sabes, cuida los bordes*- era la más primigenia forma de lo que en su adultez terminaría siendo el objeto de sus debates internos: el forcejeo del ser humano frente a la moral, siempre al borde del desdoblamiento y las dificultades para construir una ética personal. Sin saberlo, presentía una vida adulta en conflicto entre una estética parnasiana y otra, más íntima, dispersa y rebelde rodeada de cronopios.

Fue en esos años de refundación, de transición entre la adolescencia y la adultez, cuando tuvo plena conciencia de que en su interior, en lo más íntimo de su ser había anidado el germen de la incredulidad, pero no de esa que produce el desconocimiento, la ignorancia, de esa desconfianza natural que pergeñaba las vivencias en medio de la premodernidad y que la rodeó desde niña. Era de otra naturaleza. Esa impaciente incredulidad, esa falta de fe, se convirtió en su propia enemiga contra la cual libró no pocas batallas. No era fácil, ni cómodo, ni agradable, ni políticamente correcto, ni educado, a esa edad, en esos tiempos mentales, fragmentados y antediluvianos, vivir en los bordes. Quizás lo hubiese llevado mejor de haber conocido lo que ocultaba el otro lado de la pared: la poesía.

Años después, sumergida en desasociados intermitentes que nunca la abandonaron, constató una y otra vez que sí había razones para la duda, para la desconfianza, para estar alerta: descubrió la falsedad, pero no sólo eso, sino lo frecuente, común y abundante que podía llegar a ser. Descubrió, además, que cotidianamente se expresaba bajo la postura de la comodidad, del no compromiso, de medir y calcular antes de hablar y que, por lo general, la gente ni siquiera por amistad, no se entrega al otro sin condiciones, sin intereses particulares, sin medir consecuencias. De allí en adelante, acrecentó su desconfianza en las personas y en las instituciones. Se veía en medio de un universo de palabras huecas, vacías, cascarones que

invertían su universo de conceptos, que la impelían a multiplicar sus listas, que ya parecían desgastarla en la flor de la vida, listas que la envejecían prematuramente de tanta perennidad, de tanta presencia, de tanta inmovilidad.

Aunque era prematuro, en esos años de íntima refundación, comenzó a intuir primero y a constatar después, que aquello que se manifestaba como la gran ansiedad, la permanente interrogante, no era sino intentos fallidos de adecuarse a ese mundo observado y registrado en sus listas, que se asemejaba en mucho a esos paisajes inmóviles del cuaderno de dibujos, el cual pintaba con esmero, pero con la curiosidad permanente de saber qué formas adquiriría si no respetaba los bordes. Se preguntaba, entonces, si eso era la felicidad para las personas que conocía y con las que no lograba relacionarse plena y espontáneamente, muchos menos insertarse en esas vidas fijadas en paisajes pintados por y para ellos, o por algún antepasado, que obligaba a reproducirlo idéntico, sin aparentes temores ni riesgos. Siempre le pareció que eran vidas proyectadas, programadas, expuestas, mostradas, aunque con mucha cautela, porque mantener los límites aseguraba la conexión, no solamente con su Dios y Creador, sino con sus semejantes que a la postre, rezumaban complicidad, complacencia, adyacencia.

A partir de aquella noche en la que iría a la fiesta, algo efímero, perfecto y permanente a la vez, la colocó desafiante ante esa exposición de la vida. Se instaló en ella una sensación de malestar y de incredulidad que la impelía a observar y escuchar más allá de los rostros y las voces, buscando verdad en las miradas, sinceridad en el gesto, empatía y complicidad en el diálogo. De pronto, el mundo de los demás le parecía tan fantástico como falso, acomodaticio. Ojos que no miraban, ocultaban e interrogaban y la interrogaban. Todos los días de su vida se preguntó y sigue preguntándose cómo entrar, cómo dar el paso a la complicidad, cómo ser uno de “ellos”. Pero tal pensamiento no la liberó ni la ha liberado de la duda, de la rabia, de la inconformidad...aquella lejana noche, como tantas otras, quedo exhausta, sola ante el mundo, desnuda para ella y vestida para los demás.

Tenía que levantarse, los toques que sus vecinas hacían en su ventana eran cada vez más apremiantes. Iba a llegar tarde a la fiesta, su primera fiesta. Lentamente alcanzó la puerta del baño, giró el grifo, conteniendo el impulso de mirarse en el espejo. Le aterrizzaba la cara que tendría de tanto llorar. Qué más daba, si toda esa arrebatada reflexión no le servía ni para mirarse al espejo. Entonces, no había valido la pena. De manera que así, con su cara bien lavada, nunca mejor dicho; y su pelo cayendo como quisiera, se dispuso a ir a esa fiesta.

Al salir de la habitación se encontró con su madre, quien le formuló una pregunta que muy pocas veces le hizo en su vida:

-¿qué te pasa? ¿por qué tienes esa cara? Celia Aurora se encogió de hombros y desvió la mirada:

-nada, no me pasa nada

-pero es que parece que has llorado, ¿cómo que nada?

-ya le dije que nada, déjelo así

Pero lejos de convencerla, Inés se plantó dispuesta a no dejarla salir, si no le decía lo que pasaba, y acto seguido la condujo por el codo hacia un rincón de la habitación:

-usted me va a decir qué tiene, si no, no sale de esta casa y ya ni siquiera va, porque ya casi es la hora en que debía regresar, son la 9 de la noche.

-Es que estaba pensando cosas...

-cómo que pensando cosas, usted no tiene ni edad ni motivos para ponerse a pensar cosas... a ver, ¿en qué pensaba?

A pesar de que ya conocía la manera de pensar de su madre, Celia Aurora no terminaba de entender por qué a las mujeres de su entorno les aterrizzaba que una adolescente “pensara”. Para ellas, nada bueno tenía que pasar por esas mentes “loquitas”. Algo pecaminoso tenía que ser, alguna oscura y abyecta fantasía tenía que tramar. De pronto, lanzó una respuesta que salió del alma:

-lloraba porque quiero mi vestido, quiero que me haga ese vestido.

Nada más inesperado. El rostro de Inés dibujó el desconcierto. Su expresión indicaba que fue en ese momento, cuando vino a concientizar la insistente persecución de la que venía siendo objeto desde por lo menos ocho años atrás. Poco a poco, el entrecejo fruncido fue relajándose, dejando expuesta la línea vertical que temprana e injustamente se había instalado en su rostro. Era como si pasaran por su imaginación momentos fugaces, memorias fragmentadas, dispersas y, repentinamente, no sabía qué responder.

Las palabras se le quedaban atragantadas, como si vinieran a cuento aquellas frases ancestrales, como un eco suspendido en el aire luchando por desvanecerse: azarieeeenta, porfiada, entrépita, alcamunera....ansiosa.... Pero no las repitió. Con evidente esfuerzo moduló una voz casi imperceptible y le preguntó: *¿cómo es que al fin quieres ese vestido?* Pero no pudo esperar su respuesta. En ese momento sintió la humedad en su pecho, ya era hora de amamantar a la preciosa niña que se convertiría en la última para siempre, la toñeca, el cierre de la fábrica.

Llegó tarde a la fiesta. Cuando entró, algunas miradas se dirigieron hacia ella. No supo si era admiración o escándalo. Seguramente era lo segundo, al ver lo desentonado y descuidado que resultaba su aspecto, empezando por su atuendo. Era la única vestida de pantalón. Todas las demás llevaban vestidos minifalda de cuello barco, largas mangas bombachas y transparentes. Se veían muy coquetas, en verdad, y en alegres colores. Y ella, en negro, con los ojos enrojecidos, sin laca en el pelo, sin coquetos ganchillos, sin espectaculares lazos sujetando elevadas colas de caballo, sin cintillos de terciopelo y lentejuelas, sin rubor en las mejillas, sin brillo en las uñas, sin llamativos collares de canutillos multicolores, sin otro olor

que el de su jabón. Así que con premura se dirigió al rincón más apartado de un salón casi en penumbra, coincidiendo con el título de la canción que sonaba en el tocadiscos, y donde sus amigas bailaban muy pegadas a sus parejas. Ellas, tomándolos por el cuello, y ellos, abrazándolas por la cintura. Bajo la tenue luz avanzó en búsqueda de anonimato, ansiando invisibilidad.

Pero no pasó mucho tiempo aislada. De repente, del grupo que bailaba en el centro del salón, se abrió paso Gustavo Alfonso y se le acercó. Al principio, las piernas le temblaban. Le impresionó su físico, enfundado en una llamativa camisa roja pasión, arremangada hasta los codos, con dos o tres botones abiertos, mostrando pectorales desarrollados y abundante bello, pantalón de pana color caramelo, haciendo juego con zapatos de piel lustrados con esmero, de corte alto y acordonados. Un inmejorable aspecto que hacía gala de un perfecto afeitado, una bella dentadura, una abierta y encantadora sonrisa, sin olvidar la frondosa y cuidada cabellera azabache. La leyenda urbana resultó cierta. No podía negar esa cálida sonrisa, su intensa mirada que parecía abarcarla toda, explorándola, pero sin generar desconfianza, aunque tuvo que reconocer que le hubiera llegado hasta el fondo del alma al instante, de haberse cerrado unos dos botones más, y de no haber elegido esas impertinentes y chocantes medias blancas.

Pero el encantamiento fue fugaz. El primer gesto de Gustavo Alfonso fue intentar poner en sus manos un cigarrillo encendido y una cerveza. No supo cómo reaccionar, pues el gesto no fue impositivo, más bien lo hizo con naturalidad, asumiendo que si estaba allí, era porque conocía las reglas del juego. Pero consiguió la forma de rechazarlo, sin evidenciar estupefacción. No quiso dar la impresión ni de novata, ni de insegura, mucho menos de mojigata. De manera que se esforzó por demostrar seguridad, aunque por dentro se moría de miedo.

-no, gracias, no bebo ni fumo, no acostumbro

-¿no?, entonces ¿cómo te diviertes?

-conversando....

-pero crees de verdad que aquí se puede conversar, mejor bailemos, o ¿tampoco bailas?....

-sí, claro, pero será mejor esperar otra canción, ¿te parece?

-y tú ¿de dónde vienes? estás poniendo muchas pegadas, ¿qué edad tienes? por qué quieres conversar y de qué? Aquí la gente no viene a eso, te vas a aburrir cosita rica...

-pues no creo porque ya estamos conversando, ¿no?

Pero no respondió, la tomó por la mano que empezaba a sudar, la llevó hasta el centro del salón y la atrajo hacia él. Sintió su presencia

muy, muy cerca. Olió su perfume, palpó su musculatura y en eso estaba cuando le habló muy suavemente al oído., *estás muy rígida, suéltate un poco mujer.* Pero, extrañamente, esa solicitud no le desagradó. Se relajó, se dejó llevar hasta el final de la canción, tan entregada que no se dio cuenta de que ahora sonaba *Black is Black* y que ya empezaban a soltarse. Curiosamente, a pesar de que era la primera vez que bailaba en su vida, siguió el ritmo y ya, sin reparos, lo miraba directamente a la cara, le estaba gustando, le agradaba, aunque en su cabeza daban vueltas las instrucciones de su amiga: *que no se dé cuenta de que te gusta...*, no tenía sentido negarlo, le había gustado muchísimo, pero curiosamente, no tanto por lo que las demás chicas se morían, sino por la confianza que le generaba. Era como si lo conociera de siempre. Y él parecía atenderla y protegerla más que cortejarla.

Pero dieron las 10, se había retrasado y tenía que salir corriendo a su casa. Y aunque hubiese tenido todo el tiempo del mundo, igual se hubiese esfumado porque no se sintió capaz de ir más allá esa noche.

Se tumbó, feliz, en su camita. Cuál no sería su sorpresa cuando al levantarse a ponerse el pijama, vio en el piso un papelito doblado que seguramente habían lanzado por la ventana. Afortunadamente, en esa época ella compartía habitación con hermanitas menores, a quienes esas curiosidades no las tentaban. Al abrirlo, vio una letra hierática, muy fina, de molde, muy estilizada, no como la de ella, muy corrida y junta, *hoy es el primer día de tu futuro...y más adelante, aunque estuvieras toda cubierta, lo vi todo....* El corazón se le salía, no sabía qué hacer con ese papelito, al final lo dobló y se lo guardó en su seno.

Lejos quedó la noche anterior en la que su mente dio vueltas entre memorias inesperadas y propósitos de enmienda. Aunque sabía que debía madrugar a preparar la vianda que su padre llevaría al campo de perforación, se negó a dormir. Esta vez no la asaltarían imágenes recurrentes de su infancia, la vista sobre la calima saliendo a misa de gallo con su abuela, agarrándose el velo de blonda blanca para que no se lo llevara el viento y evitando mirar hacia los lados porque estaba segura que en alguna esquina estaría Pedro Luis observándola, acechándola; o poniendo en agua de jazmines su sabanita y funda de almohada, subiendo con su abuela a la colina sagrada, el parnaso donde habitaba esa diosa menor que aliviaba todos los males y de la cual sólo sabía que se llamaba la Niña Juana, o, subida en el escenario de la escuela ensayando el baile de La Marisela para un acto del día de las madres. Mucho menos se dejaría

llevar por el temor que la invadió por meses al irse a la cama, cuando cayó en sus manos ese librito, aparentemente inofensivo que relataba la historia de un buen hombre que vivía en un ambiente hostil, tan lejano al de ella, pero a la vez tan familiar, que se transformaba en un ser espantoso. Se imaginaba que a ella le pasaría lo mismo que a ese tal Gregorio Samsa, y un día cualquiera amanecería convertida quien sabe en qué bicho raro.

Al día siguiente la despertó el olor a panqueques con canela, indicio de que su hermana mayor había llegado de vacaciones universitarias. Al incorporarse, la acometió el temor de su que madre le recriminase haber dormido hasta las 8 de la mañana, pero luego le alivió recordar que ese día su padre cambiaba al turno de la tarde. Sorpresivamente, Inés se veía tranquila, sosegada, y al verla entrar a la cocina, le puso en sus manos una hoja en blanco y le dijo: *busca un lápiz para que me dibujes ese vestido...*No lo podía creer, pero se esmeró en hacerlo. Le resultaba difícil, carecía de dotes para el dibujo. Entonces, le explicó:

-mejor le digo

-no, dibújalo

-bueno, no, mire, es así. El cuello vine desde atrás en una pieza redondeada que sale hacia adelante se encuentran al frente en dos puntas unidas con un botón grande, de ahí baja el vestido en corte A, baja recto hasta la rodilla que se acampana un poquito; pero se hace

con dos paños que se encontraran adelante con un corte en el medio, con una tela que tenga líneas que se unan ¿me entiende?

-será al sesgo, entonces

-pues no sé, pero ya va, mire; la parte de atrás llega hasta arriba con cierre, pero como ya le dije es un corte recto sin mangas, las cisas viene curvadas hacia adentro, como fajas de seis centímetros, yo las he medido....

-no entendí nada, mejor busquemos algo en los figurines...

Fue imposible, nunca llegó a tener ese vestido. Faltando una semana para cumplir sus quince años, su hermana, quien todavía estaba de vacaciones estudiantiles, le escuchó sus cuitas con el vestido, y ella le dijo que había asistido a la fiesta de una amiga y visto un modelito que le gustaría. Con gran facilidad se lo dibujó a su madre quien lo entendió rápidamente: *no se hable más, éste es el que te voy a hacer, es menos complicado que el otro...*

En realidad, el vestido no salió como lo había dibujado su hermana. La falda corta y recta, se había convertido en un faldón ruchado y largo hasta el tobillo; la tela ya no era a rayas en marrón y amarillo, sino estampada de margaritas blancas sobre un fondo rojo y, del modelo anterior, sólo quedaba la parte de arriba en blanco, de escote cuadrado, unas mangas bombachas, como esas que le darían fama

años después a Carolina Herrera, y el cinturón de terciopelo rojo anudado en la parte trasera con un cordón negro. Se lo puso la noche de su cumpleaños para recibir a sus pocas amigas que prometieron visitarla. Pero cuando se enteró por la menor de las Quintana de que Gustavo Alfonso se asomaría por los alrededores, se lo cambió por una faldita que ella misma había tejido en hilo y una blusita de algodón que le pidió prestada a su hermana.

Ese día no lo vio, pero él sí la vio a ella. La espió desde un matorral que estaba frente a su casa y desde donde se había puesto de acuerdo con la menor de las hermanitas Quintana Rondón para enviarle otro papelito. Este decía: *serás mi compañera de clase, vamos a ver qué pasa, GA*. Fue su único, pero gran regalo de cumpleaños. Esa noche no pudo dormir. Se sintió la elegida. No lo podía creer, pero le daba un miedo terrible, qué pasaría...no pudo dejar de solazarse ante la idea de sentirse enamorada.

Al día siguiente se levantó muy temprano, quería dejar listas las tareas de limpieza de la casa para dedicarse a su arreglo personal para ir el liceo. Tenía que estar allí a la 1 de la tarde y era presa de una doble expectación. Por un lado, era su primer día de clases en el inicio de su tercer año de bachillerato y, por otro, saber que Gustavo Alfonso sería su compañero, la llenaba de emociones encontradas, entre la ilusión del inicio de una relación amorosa, esta vez deseada, y el miedo ante lo

desconocido. A las 12 del medio día salió de su casa en compañía de Lili, la menor de las hermanitas Quintana Rondón, bien bañadita, con el pelo recogido con una cola de caballo, fresca y ligera al no llevar el uniforme por ser el primer día, llevando en la mano un cuaderno doble raya y un lápiz sin punta, no llevaba sacapuntas, pues en su casa nunca se conseguían, ni los borradores, ni los lápices, y menos aún, los peines y los corta uñas. Era realmente asombrosa la rutina diaria de quienes pretendían ir al colegio o al liceo. La pesquisa que había que montar por toda la casa para encontrarlos. Pero la frescura se evaporó nada más salir del campo petrolero y tomar la vía al liceo. No pudo evitar el estupor que le causó el paisaje entre rural y urbano que, desde ese día, se convertiría en ruta obligatoria de ida y vuelta. Las tres cuadras de la calle “comercio” eran un caos de quincallas árabes y bazares chinos, ubicados al borde de una avenida sin aceras, ni alumbrado; a medida que iban desapareciendo, comenzaban a vislumbrarse los balancines que indicaban el final del sector poblado y asfaltado, ya casi llegando al edificio de bloques prefabricados y estructuras de hierro que ocupa el liceo.

Pero si la calle “comercio” era un tinglado, el interior del liceo no lo era menos. Después de sortear baches y charcos de agua estancada y residuos de aguas negras, que se escapaban de pozos sépticos colapsados, accedieron a las instalaciones con la ropa y los pies salpicados de barro. Cuando vio sus sandalias blancas que guardó para estrenar ese día, estuvo a punto de llorar, no tanto por el estado

en que habían quedado, sino por la vergüenza que pasaría cuando la viera Gustavo Alfonso.

Lo buscó con la mirada por encima de los grupos de jóvenes bulliciosos que se aglomeraban, en las puertas de las aulas, en una búsqueda infructuosa de información. Nadie sabía qué aulas le correspondían ni los horarios y mucho menos los nombres de los profesores asignados. De manera que se dedicó a dar una vuelta por los pasillos y cuando ya estaba pensando que no había llegado, lo vio sentado en un pupitre, al final de un aula vacía con las piernas extendidas sobre otro pupitre. Cuando la vio, le envió la sonrisa más maravillosa que ser humano alguno le hubiese dedicado en su vida, y de inmediato supo, sin palabra de por medio, que sucumbiría al encanto. Le fascinó la imagen desenvuelta que le daba la camisa blanca arremangada, el blue jean y el perfecto afeitado.

Le hizo una señal con el dedo índice invertido para que se acercara. Cuando estuvo a su lado, la invitó a sentarse, lo que hizo tratando de esconder los pies, pero ya tarde, pues Gustavo Alfonso reía a carcajada limpia: *has pagado el noviciado, ya aprenderás a lanzarte en paracaídas....*; no le causó mayor gracia la salida, pero pronto se dio cuenta que lo de él era el eufemismo como discurso, que no tendría escapatoria. Resultó ser un alegre alburero, incansable. A todo le sacaba el segundo sentido, las chanzas se multiplicaban, si no era

una adivinanza, era un refrán, cuando no un chiste, pero siempre saliéndose por la tangente: *tranquila, ya te acostumbrarás, éste es el mundo donde nadie hace su trabajo en el lugar y hora que corresponde, hasta los sepultureros se llevan el trabajo para su casa.* Cuando pasaba alguien cerca, le buscaba parecido con otra persona; pero extrañamente esta actitud juguetona no la agobiaba, no llegaba al irrespeto o era que estaba tan embobada que no le molestaba, le gustaba que la hiciera reír. Nada más la notaba seria, lanzaba sus adivinanzas:

-¿cuál es el colmo de un tuerto?.....

-no sé...,

-pero piensa a ver...,

-no, ni idea

- pues llamarse Casimiro...

-bobo...

Entonces lo adoraba, nunca pensó en que llegaría a enamorarse así, suavemente, le parecía que lo conocía de años. Y él la entendía, la sacaba de su mutismo, de sus angustias, le mostraba el lado tierno de la vida...*lo que pasa es que vives angustiada, relájate, piensa que el mundo sigue sin nosotros, eres bella, sabías...*

Los piropos nunca se los creía, pero le encantaban. Gustavo Alfonso no cortejaba de manera tradicional, más bien se la quedaba mirando intensamente y le prometía que, cuando fuera su novio, besaría cada espacio su cuerpo desde el primer hasta el último día, y que comenzaría por lo más bello que tenía. Ese mismo día a la salida del la acompañó y en un descampado solitario la atrajo hacia él y besó suave y largamente sus ojos, luego la frente, las manos y, cuando ya ella presentía que iba a sus labios, se los palpaba rozando el borde con sus dedos, mientras, en susurro, le decía: *cuando llegue aquí será para enseñarte en una sola lección.*

Su piel se erizó toda y le preguntó hasta dónde creía él que había llegado; entonces, muy suavemente, olía su cuello, su pelo y respondía muy bajito: *a la puerta de la gloria...* y se quedaba ahí, quieto, mudo, pensativo... *¿has escuchado esa canción que está pegada en la radio que dice que para entrar al cielo no es preciso morir?*, pues lo estoy comprobando. Se volvía hacia ella, mirándola con tal intensidad que hubiese jurado que le entregaba su vida para que dispusiese de ella.

En las siguientes semanas la ilusión de encontrarse con GA en el liceo la movilizaba entre dos mundos, el de su casa cada vez más incomprensible y bizarro, y el que se imaginaba al lado de su GA como gustaba llamarlo. Aunque este tampoco era diáfano. Ya siendo

novios había advertido los silencios y la mirada puesta en ninguna parte que paralizaba su rostro. Era la inconformidad, esa vieja compañera de vida, incómoda y pertinaz.

-dejo el bachillerato- le había dicho una tarde mientras salían del liceo-

-por qué- le preguntó sorprendida y alarmada-

-aquí no estoy avanzando, este campo me ahoga, esta gente me rebasa; ya lo hablé con mis padres, ellos se niegan a seguir manteniéndome si no estudio-

-entonces qué harás?

-me voy a Mérida, a un instituto tecnológico, me llevo mejor con los equipos que con las relaciones humanas, dime, te irías conmigo a darle chance a la vida de que nos conozca, de que se entere existimos?. Celia Aurora, no has pensado nunca que somos una invisibilidad viviente?

Bajo la sombra del inmenso árbol de mangos que los protegía del sol inclemente, Celia Aurora tuvo que admitir que a él le pasaba lo mismo que a ella. Presentía que Gustavo Alfonso no era un ser de ese mundo, descubrió que era su alter ego. Sería por eso que lo sentía tan cálido y cercano. La conmovía su dulzura, le sorprendían sus habilidades para

el dibujo, las matemáticas, los cálculos, pero algo lo paralizaba. Pasaría mucho tiempo para entender la carencia vital que también a él lo desmovilizaba tanto como a ella. Ahora que lo rememoraba en este presente cargado de imágenes recurrentes, experimentó con inusitada cercanía, sensaciones que, en aquellos días, la mirada enamorada no ponía palabras a esas emociones. A lo mejor ambos experimentaban un vacío profundo pero convulsionado a la vez, como toda vivencia incorforme; ambos estaban en un mundo y en una época inacabada, atrapados en la frontera, en la transición, entre lo peor de la que moría y lo mejor de la que comenzaba...pero qué pasó, por qué no lo vieron a tiempo. Eran los años setenta, una década para vivirla, dejando de ser quienes eran, para reinventarse sin miedos, sin inseguridades o regresar al pasado perpetuando la pasividad de aquel presente del que no podían apropiarse. Lo mejor que pudo hacer aquel día al llegar a su casa fue buscar su lista y apuntar en mayúsculas *ME LLENA LA TERNURA QUE PERCIBO CUANDO HUELES MI PIEL*. A partir de allí, esa frase quedó grabada como la viva representación de la paradoja, de lo cerca que estuvo de vivir en el mundo que había idealizado, pero que al mismo tiempo le mostraba sus debilidades y carencias para entrar en él y apropiárselo, hacerlo tan suyo como las imágenes premonitorias que se lo habían anunciado. Pero triunfó el miedo, el registro más patético y perseverante de su memoria familiar. No podía ser de otra manera, aun consciente de que la única forma de superarlo era apelando a rebeldía, a la confianza en si misma, el deseo de conocer la felicidad volvía una y otra vez a desplomarse al encontrarse frontalmente con el muro inmemorial de la conformidad, esa idea de felicidad tan escurridiza e insondable que ya daba por inalcanzable,

como la inmensa mentira sobre la que se sostiene la gran verdad, la vida real.

Se quedó allí, con la mirada puesta en la espalda que se alejaba bajo la canícula. Gustavo Adolfo no se había despedido expresamente, no hizo falta, la lectura mutua que habían cruzado sus miradas dejó al descubierto una inmensa tristeza, un vacío punzante, la escalada febril de la incorformidad. Mientras la figura de GA bordeaba cabisbajo el sendero de pinos que cercaban el campo, su corazón empezó a latir aceleradamente; quiso llamarlo y pedirle que regresara, que lo intentaran, pero su voz sucumbió a la ansiedad inmemorial, antediluviana que insistía en irrumpir en su vida, quebrantar una y otra vez sus ansias de liberación, de dejarse llevar y vivir a plenitud, pero no, no lo hizo, eligió como tantas otras veces el exilio emocional. Aquella imagen le quedó sembrada como el signo de la tristeza tan profunda como el dolor que anidó en su corazón durante años.

CAPITULO IX

Tributo

Finalmente se quedó dormida. A pesar del esfuerzo que ameritó hilvanar tantas memorias fragmentadas y reencontradas, despertó fresca y animada. Corrió a mirar por su ventana el único paisaje que le quedó visible. Aspiró el olor a panqueques que se colaba por la ventana del vecino y, sintiendo un hambre atroz, se metió en la tina para darse un largo baño, pensando dónde se podría comer un sustancioso desayuno.

Salió a la calle. Había olvidado cómo le gustaba el paisaje humano que mostraba su ciudad los sábados en la mañana. Se veía a sí misma y remontaba a su pasado reciente, observando a las señoras salir del mercadito cercano a su apartamento con bolsas que mostraban un follaje de cilantro, perjil, albahaca, menta, yerbabuena, perfumadas hierbas que la remontaban a su pasado familiar; a profesionales trotando o en bicicleta, a jóvenes amas de casa visitando viveros en plan de renovar sus plantas, otras llegando raudas a la casa del gallego a reparar piezas de cocina, a la ferretería buscando algún artilugio que resolviera sus problemas de espacio y que, ya al atardecer, se dejaban caer por los centros comerciales en búsqueda de discos, libros, y llevando a los niños al cine. Eran mujeres sin rostros y, cuando hizo el esfuerzo por distinguirlos, se

encontró con que llevaban el de ella. Sí, ella la mujer sensible, la mujer niña, el ama de casa perfecta, la mujer que no dejaría de volver la mirada, de indagar sobre su pasado, de atar cabos sueltos a modo de cura, de sanación, de prevención. Una vez en la calle no pudo frenar el impulso por regresar a su apartamento, buscar emocionada sus baúles cerrados y ocultos en un rincón del guardarropa. Con la respiración entrecortada, sintiendo los latidos de su corazón, tomó su amado cofre de madera, lo volcó sobre la cama y comenzó a sacar fotos, recuerdos de sus hijos, medallas. Y cuando ya estaba decepcionada por no encontrar ningún vestigio de su infancia, apareció ante sus ojos un paquetito atado con un cordón rojo. Eran letras de canciones casi ilegibles, trazos embijados de caligrafía infantil, que no lograba recordar cuando habían sido escritos. Hizo un esfuerzo, quería saber qué circunstancias la llevaron a transcribir esas letras. Asociando diferentes caligrafías, fue las ubicando en el tiempo poco a poco, y de pronto le fue llegando la imagen de su madre sentada frente a su máquina de coser, al lado de una mesita donde sonaba un radio de pilas que trasmitía en horas de la tarde canciones de Los Cinco Latinos. Entonces recordó la admiración de su madre por Estela Raval, a tal punto que emulaba su estilo, se confeccionaba modelos que lucía la artista, cantaba en susurros sus canciones que de tanto escucharlas quedaron en su memoria.

Rememoró esas largas, interminables y soporíferas tardes que dedicó a transcribir esas canciones, cuando sus listas se paralizaban y atropellaban en medio de tanta inmovilidad, enviando a un reposo

forzado aprendizajes, ilusiones, toda una colección de emociones y afectos postergados. De pronto le llegó iluminada y radiante su propia imagen sentada en el borde de su exigua cama, dejando a un lado sus notas y buscando el costurero que había confeccionado con la caja de los zapatos que le regalara a su hermana en uno de sus cumpleaños. Puntada tras puntada el vestido iba tomando forma. Fue su abuela quien le enseñó esa puntada invisible y la animó a confeccionarse ella misma su vestido. Pero cómo era?, por qué no puedo recordarlo!!! De pronto comenzó a escuchar muy cerca de sus oídos la inconfundible respiración de su abuela. Cerró los ojos y ahí estaba, en perfecta posición del gato, esperando con paciencia ancestral encender la brasa del fogón instalado en el patio de tierra. Podía percibir su perfume a jabón de la tierra, la fragancia de su ropa almidonada, de su loción capilar, sólo ella y sólo ella podía permanecer fresca y liviana en medio de ese calor abrasador. No la miraba pero le sonreía, le enviaba el más puro de los mensajes: *tenemos que ser conformes, para qué tanto afán, nadie se muere en la víspera...*

Estuvo en duermevela varias horas, ya anocheciendo recuperó su ritmo cardíaco, se dirigió al baño, lavó su rostro, se recogió el pelo en una cola, se enfundó en un holgado pijama y fue a sentarse frente a su computadora, impelida por una fuerza que la empujaba a volver sobre sus memorias, esta vez para recuperar episodios de una vida que cobraba sentido en Arial 14. Fue entonces cuando hilvanó aquel pensamiento que apenas unos días atrás llegó sin llamarlo aquella mañana de mayo, mientras caminaba por una de las apacibles y arboladas calles de La Reina. El vuelo repentino de una bandada de palomas le trajo una sensación, casi olvidada, de regocijo y placidez. Hacía mucho tiempo que no sentía su espíritu tranquilo, sereno. Y al recorrer el sendero cubierto por esa alfombra amarillenta y ocre de hojas de empinados álamos, frescas araucarias y sauces llorones, tuvo clara conciencia de que había dejado de actualizar y revisar su lista. Ese pensamiento le dibujó una sonrisa nueva, profunda, sutil, indefinida. Fue en ese instante cuando descubrió las verdaderas razones por las que elaboraba esas listas desde niña.

En esta última temporada en Santiago de Chile, Celia Aurora no se había sentido impelida a retomarla; de cierta manera, hasta se había olvidado de ellas, y fue en ese instante, cuando lo tuvo claro: los momentos en que afanosamente se dedicó a llevar pensamientos, frases o preguntas a sus listas estaban relacionados con esos estados de inquietud y desazón que solían acompañarla, desde las memorias tempranas de su vida. En esta ocasión, se instaló en su mente una interrogante inédita, novedosa, sorpresiva: ¿cuándo y por qué

comenzó a llevar ese elaborado y protegido registro de pensamientos, unas veces ocultos, otras, insinuados, muy poco confrontados, y expuesto a la conversación? Nunca se trató de un diario deliberado, pero analizada desde el presente, pudo ser en el pasado una especie de cajita de deseos o de una vida imaginada. Caminaba imbuida en sus pensamientos, sin advertir el final de la avenida. El frío viento austral que anesthesiaba su rostro y erizaba su cuerpo, la obligó a regresar a paso rápido. Quería llegar cuanto antes a su casa, en un intento de mantener nítidas las imágenes que venían a su mente, como una cascada de agua fresca deslizándose por el despeñadero. Eran sus recuerdos, cifrados y codificados en claves secretas, que daban por terminado su impuesto reposo y habían decidido irrumpir sin preaviso. Ya no podía detenerlos ni detenerse. Lo primero que pensó fue en la impresión que produce una mirada rápida y casual a la lista, que al principio, parece un memorándum de recordatorios y, más allá, de recordatorios de recordatorios, que hacen inevitable invocar la desmemoria de aquellos lejanos pobladores de Macondo cuando, avanzada la peste del olvido, hacían más complejas las señas que preservaban los nombres y las cosas en la memoria: leche, cama, estufa; leche de la vaca, vaca, animal que da leche, leche para tomar, tomar para alimentarnos, alimentarnos para sobrevivir. Ahora que lo pensaba, ¿cuándo y dónde había nacido esa necesidad acuciante, recurrente, perturbadora de registrar momentos no vividos y al mismo tiempo tan vitales?

¿Para qué andarse con rodeos? en el fondo de su conciencia yacía la idea de un deseo de centralidad profunda, que se perpetuaba en esas listas de vida, de postergación de una cotidianidad idealizada, pero deseada, no compaginaba con la real, la que le había tocado vivir. Un incesante atajo del tiempo que le apañaba el presente, y lo conducía y perfilaba hacia acciones concretas, neutralizando cualquier amenaza de dislocar esos plazos internos prometedores de un futuro perfecto.

A partir de ese momento, en el preciso instante en que daba vueltas a la llave del gran portón ciego de su edificio, se reveló ante ella un hecho inusual, insólito. ¡La lista se desdoblaba!, desarrollaba autonomía, que a lo mejor siempre la tuvo, pero fue ese día cuando tomó conciencia de ello. Desde esa mañana de mayo, después de cincuenta años, la lista comenzaba a reproducirse de esa manera tan autocrítica que le restaba encanto. Sí, tal vez, pero al mismo tiempo la dotaba de luminosidad. Era como si ese tesoro, ese patrimonio íntimo que resguardó durante toda su vida, trasmutara y, de pronto la encaraba, la retaba. Celia Aurora se vio ante su propia memoria acechante, cobrando una nueva vida. Reclamaba para sí una explicación, como si se levantara de un profundo sueño o regresara de un largo viaje y reclamara atención. Un otro yo que venía a pedir cuentas y a desenmascarar razones, se reprodujo en otra lista pero esta vez, con una mirada crítica e interrogadora que se instaló en su mente y en su corazón, con la sola intención de requerir acciones. No más aplazamientos, no más deseos, ni más vidas imaginadas en otros, tampoco más observaciones y seguimientos de vidas ajenas.

¿Por qué irrumpía en la etapa madura de su vida ese llamado de atención para poner al descubierto las diferentes formas adoptadas por esa lista? ¿Qué nuevo vacío se extendía sobre su ser en esta etapa de su vida tan cercana a la vejez?; justo ahora cuando ya quería decanar, liberarse de su memoria y entregarse a lo que depara el día o de la nostalgia de lo que nunca fue.

Aquella mañana, al entrar en el saloncito-estudio que había rentado para su residencia de año sabático en Santiago de Chile, recordó sus listas de infancia. Rememorando olores a humo, estiércol y alcanfor, volvían imágenes del pasado, lejanas pasiones infantiles que daban cuenta de una vida idealizada, deseos y preferencias, de sensaciones conocidas y paradójicamente no experimentadas o, al menos, no comunes en su vida cotidiana: sabores, aromas, juegos, conversaciones, que eran, literalmente, recordatorios para dejar registrado lo que más deseaba, con la certeza de que al hacerlo, ese deseo no se difuminaría, no se lo llevaría el tiempo. La rara sensación que la invadió aquella mañana austral no era de estricta ansiedad, parecía más bien como si algo o alguien la llamara desde un tiempo lejano, como el eco de un grito silencioso que la invitaba a mirar el pasado, a posarse sobre él, a reapropiárselo con la misma mirada de aquellos días, pero con la claridad de la luz de la adultez en reposo.

Las listas que llevaba de niña y adolescente no siempre expresaban sus deseos inmediatos. Acostumbraba a anotar en columnas paralelas lo que no le gustaba, aquellas sutiles y persistentes incomodidades, recordatorios de emociones o experiencias no vividas a plenitud, del deseo no alcanzado o negado; vivencias que aún siendo posibles en otro contexto o en otra cultura, en aquella época y en aquel lugar, entraban en el predio de lo prohibido. En consecuencia, eran pequeños diarios de futuros próximos, de planes secretos. En el fondo, esas listas siempre fueron el registro de asuntos pendientes, de lo que no debía olvidar, pero sobre todo, una forma de vivir lo allí

registrado, de sentir una realización anticipada. Más allá de la niñez, en medio de una arrobada e íntima adolescencia, justo cuando inició su gusto por la literatura, diseñaba acrósticos, idealizaciones alimentadas de narraciones románticas. A partir de allí, esa especie de tareas pendientes, se transformaron en registros de esperanzas y ensoñaciones, en la idealización del amor sobre relaciones imaginarias, pero tan vivas que se le antojaban dotadas de realidad. En conjunto, eran el preámbulo de una escritura, de una novela mental. Fue esa la época en que pensó ser escritora, otra asignatura pendiente que nunca desarrolló, quizás porque tenía la sospecha de que la escritura pone al desnudo el alma o porque aún no había conocido narraciones cargadas de fuero interno como la de Rosa Montero o Amélie Nothomb.

Dejándose caer en el viejo sofá, mientras esperaba que la rosa mosqueta enrojeciera el agua caliente de la taza, una tímida sonrisa que encendía su rostro, al evocar cómo se le atropellaba y convulsionaba la imaginación en sus primeros años de adolescencia!!!. Si veía a un joven, a partir de su fisonomía y sin haber cruzado palabra, se inventaba un posible idilio que terminaba en una vida paralela, pues participaba en ella asumiendo actitudes y sentimientos que, por el carácter áspero e inexpresivo del seno familiar, no era posible expresar. Se reinventaba a sí misma, manteniendo conversaciones imaginarias que permanecían suspendidas bajo un llamado de atención que llevaba a su lista; entonces escribía: *acordase de la ternura*, y, más adelante, emulando

a aquellos personajes garciamarquianos aun desconocidos por ella, pero que seguramente anidaban en su interior: *que no se me olvide acordarme de que me gusta la ternura*, y como por una casualidad que no era tal, sino el resultado de una asociación pasada, aparecía inmediatamente: *acordarme que me gusta el olor del corral de mi abuela*, menciones que no eran otra cosa que actualizaciones de los registros que venía arrastrando de las épocas anteriores, de pasados llenos de presente, observados continuamente, y que para ella eran lo mismo que haberlos vivido.

En la madurez, las anotaciones ya asomaban acciones y metas por alcanzar, pero seguían envueltas en esa atmósfera de vida imaginada, que nunca la abandonó y estuvo presente durante toda su existencia, aunque se manifestara de manera diferente. Asuntos pendientes atesorados que adquirieron en la plenitud de su edad madura, un sentido de inmediatez que, al no cumplirse se reciclaban y reubicaban en el mismo sentido que las muñecas rusas: fue la época en que sus Matryoshkas le ordenaron la vida, de hecho se dedicó a coleccionarlas. A partir de allí esa lista se alimentaba de temas en espera del interlocutor apropiado, conversaciones que comenzaron a guardarse en su mente como una protección, como una cura en salud frente a la cultura del absurdo que cada vez más se instalaba y adueñaba de su contexto inmediato; el signo y la seña de su contemporaneidad. Entonces en un acto desesperado y agonizante anotaba *acordarme en qué país vivo*, esta vez sin la esperanza de que llegara el momento y el lugar para las conversaciones que

añoraba, que extrañaba, y que jamás interesaban a las personas con quien compartía alguna amistad o relación laboral. Y eso fue lo que marcó la gran ruptura epistemológica en su lista y visualizó repentinamente aquella mañana de mayo, como un reclamo y una rebelión: la certeza de que esta vez no se trataba de una lista de lo que se prometía cumplir, sino aquello que no iba a cambiar.

Y ahora en este presente nublado, un llamado del pasado la arrastra a su propia refundación. Mientras se deja caer sobre la cama, con la relajación inducida por la rosa mosqueta, con la mirada fija en el techo de su habitación, sintió el peso de la inmensidad. Esa sensación tantas veces experimentada y que creía lejana. La inmensidad que se cierne y nos mira desde arriba. Esa gran nube que aprieta el corazón con la misma lentitud con la cual se difumina, y a la que siempre se negó, en lo más profundo de su ser, a llamarla frustración, una de sus muchas palabras prohibidas y autocensuradas.

Disipada la tristeza, veía la nube pasar y volver lentamente a su movimiento armónico, sólo comparable a la metáfora que Jean Francois Lyotard aplica al pensamiento. Y es que, en cierto sentido, la incomodidad, el malestar, nunca la abandonaron, renaciendo y reafirmando en el comportamiento de esas *masas perversas*, como con toda seguridad sin duda, las observó en detalle un intelecto

superior, como el de Fromm, pero que a ella le parecían, inconscientemente, perversas por antonomasia.

La seguridad de que nunca seremos capaces de cambiar el mundo exterior la devolvió a aquella infancia en donde era inútil esperar ternura en un ambiente tan árido y adusto como el paisaje que lo rodeaba. Aquel día de mayo, refugiada en su saloncito-estudio, todavía invadido por el aroma del té, al levantar la persiana romana que dejaba ver la cordillera, tan parecida a la suya a pesar de la distancia, Celia Aurora sintió como nunca la necesidad de regresar al pasado como una salvación, una urgencia, un acto inaplazable. Sólo así ordenaría las cosas y, lo más importante, dejaría en libertad esa lista que la detenía y empujaba al mismo tiempo a vivir el presente. Esa loca que Rosa Montero dejó escapar y que anidó en su interior, ahora reclamaba salir, reinventada, fresca y ligera como un vestido de verano.

Quería sentir el alivio de entregarlo todo, de refundar su vida. Se imaginó que así tuvo que sentirse el capitán Whalley el día en que entregó el *Fair Mai*. Y, aunque ella no tenía barcos que ceder, sí tenía que cerrar esos ciclos vitales, sin resentimientos ni agonías prematuras. Estaba cansada, cansada, cansada. Entonces lo decidió, menos mal que llevaba consigo su lap top. No podía dejar escapar esas imágenes que revoloteaban, a su alrededor, queriendo ya

descender y posarse sobre un lecho verde, mullido, oloroso y cálido, en búsqueda de libertad y autonomía.